

4
Vale por RP 500
para gastos de la
Alleganza a Mexico.

Caracas: 24 de Feb 1957

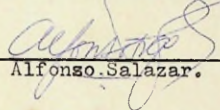
Rosendo

(Por Bs 500)

He recibido del compañero Raúl Leoni la cantidad de quinientos bolívares (Bs 500) para gastos de la Secretaría de Organización.

Caracas, 21 de febrero de 1958

Por el Secretario de Organización Nacional


Alfonso Salazar.

(Por B.º 1.000)

1

Recibo del e. Sec. de Fincas
Vce. la suma de Un mil bolí-
vares (Bs. 1.000) para gastos pro-
paganda y otros rubricados
R. Donato Galea.

(del e. Paul Loomi)

Juan Y. Virelli
7
Sec. Jur.

27-2-88

DOMINGO ALBERTO RANGEL

**ANTEPROYECTO DE
TESIS POLITICA
DE
ACCION DEMOCRATICA**



- Caracas 1958 -

ANTEPROYECTO DE TESIS POLITICA DE ACCION DEMOCRATICA

La tesis política que ahora publicamos es un anteproyecto, suerte de contribución al esclarecimiento de los problemas teóricos que vienen asaltando, desde hace tiempo, a Acción Democrática. Fue redactada en la cárcel de San Juan de los Morros cuando la discusión interna acerca de los tópicos doctrinarios hizo visible la conveniencia de presentar por escrito las conclusiones a que llegaron varios grupos de trabajo. Posteriormente en el exilio, utilizando datos más precisos sobre la realidad económica del país y los documentos de la gran revolución de los pueblos semicoloniales, se mejoraron algunos de sus conceptos y se acogieron ciertas fórmulas que ya han entrado en el patrimonio de los partidos revolucionarios.

Una tesis política adaptada a las circunstancias actuales de Venezuela, es una necesidad histórica. El país ha sufrido una tremenda transformación y el Partido tiene ante sí unas tareas sin precedentes por su complejidad y su trascendencia. Trabajar con instrumentos que ya no reflejan esa realidad lleva a dos peligros que es necesario evitar. El primero es el del empirismo, raíz de desviaciones oportunistas. La experiencia comprueba que cuando los Partidos revolucionarios dejan de revisar sus tesis para adaptarlas a las cambiantes condiciones de la lucha pierden su perspectiva y llegan incluso a capitular. El otro peligro radica en que una prédica que no concuerde con los problemas del país ni reconozca las aspiraciones de las masas, dejaría a nuestro Partido privado de la sustancia popular que ha sido su combustible y su brújula. Viviríamos al margen de la historia, ya acorralada definitivamente la posibilidad de modificar la estructura económica y social del país.

El autor de este anteproyecto, simple material de discusión, es el compañero Domingo Alberto Rangel quien en sus investigaciones contó con la ayuda de otros compañeros recluidos también en la cárcel de San Juan de los Morros y posteriormente echados, como él, al exilio por la dictadura. Esperamos que este anteproyecto contribuya a encauzar el debate sobre la renovación ideológica del Partido, ahora más necesaria que nunca.

1

I. > Declaraciones previas o intro-
ducción

AD es ya un hecho irrevocable en la vida política venezolana. Nuestro Partido ha superado la prueba de la más enconada persecución sin romper sus apretadas filas ni menguar su vocación de combate. El martirologio ha sido nuestro más legítimo trofeo. En torno a la sangre de los compañeros caídos el partido ha solemnizado, con voz de promesa inquebrantable, su decisión de llevar la cruzada por la democracia a su triunfal desenlace. Este recto comportamiento de abanderados ejemplares ha crecido el partido y la nación venezolana. Somos algo más, incluso, que una fuerza cohesionada. Somos, por mandato de la historia, la insobornable esperanza de todo un pueblo. El porvenir de la democracia venezolana depende de los éxitos que AD consiga en su batalla contra el retroceso. Las posibilidades de instaurar en nuestro país un régimen de respeto a los fueros del hombre y de progreso económico y social, están ligadas indisolublemente a la culminación puntual de nuestras tareas como vanguardia de la resistencia. Estas afirmaciones saben, seguramente, a trasnochado sectarismo de monstruosas proporciones en estos momentos de estrecha compenetración nacional contra la dictadura. Pero nadie puede borrar los hechos que están en la escueta realidad de las co-

2

sas. AD ha liderizado la resistencia contra la barbarie desde la mañana misma en que las bayonetas consumaron su alevoso atentado contra la democracia venezolana. Los cuadros del partido han reclamado, como insoslayable deber suyo, los puestos de más comprometida abnegación. Y la entereza de nuestra conducta ha sido el combustible que ha alimentado, contra todos los desmayos, la llama potente del descontento popular. No pretendamos convertir estos méritos, simple cumplimiento de elementales obligaciones, en credencial para abrirnos la puerta del privilegio. Creemos más bien que todo el sacrificio desplegado por nuestra recia militancia será mañana fuente de nuevos compromisos. Sólo reclamaremos, cuando aflore la hora de reconstruir a Venezuela, el honor de estar entre los adelantados de esa magna campaña. Porque hemos estado íntimamente identificados con los anhelos de las masas en estos años turbios de dolor, comprendemos que de nosotros se espera el esfuerzo futuro que habrá de devolverle a Venezuela, su dignidad ahora envilecida y su prosperidad escamoteada.

Un partido sobre cuyo porvenir recaen tan claras responsabilidades tiene que precisar, con afanoso escrúpulo, su filiación doctrinaria y sus derroteros políticos. La más somera indeterminación en su filosofía política o la más pequeña laguna en su plataforma económica y social conducirán, por la dialéctica de los hechos, a catastróficas consecuencias para la causa popular. En el pasado venezolano, cuya voz tiene lecciones de valor permanente, muchos movimientos fracasaron porque no supieron precisar el alcance de sus compromisos. Entre vacías palabras nes a la violencia se perdió el rumbo histórico y las masas, esperanzadas constataron decepciones para su ingenua aspiración de justicia. Concientes como somos del rol que jugaremos en la reconstrucción democrática de Venezuela y compenetrados como estamos de la necesidad de proveer al pueblo venezolano de precisos caminos para su acción futura, creemos que ha llegado el momento para nosotros, inaplazable,

3

de concretar en una pieza orgánica las ideas que constituyen el credo ideológico del partido y las directrices prácticas que nos guiarán en la acción cuando arribe el llamado de las responsabilidades. Esperamos que cada venezolano podrá saber, leyendo este documento, cuáles son exactamente las ideas centrales del partido y hacia dónde orientaremos el país cuando empuñemos el timón de la obra gubernativa. Nadie tendrá derecho a confundirnos. Con un ubicación precisa y un propósito, el país no podrá temer traiciones disimuladas en falsas palabras y nosotros podremos darle a la obra que emprendamos el vigor, la presas animadas de ambiciones históricas.

Somos un partido moderno. Nuestra advenimiento a la vida política no fué la obra providencial de un caudillo ni el resultado de un cónclave de demagogos ambiciosos. Cuando apuntó el PDN, antecesor de Acción Democrática en la lucha por la democracia venezolana, las masas venezolanas pedían un partido político que supiera encausar las aspiraciones por las cuales se había bregado, intensamente, en las escaramuzas tempestuosas de 1936. Intuía el pueblo venezolano que faltaba al movimiento popular una Organización de bases claras y de estrategia consciente, para sortear con éxito la pelea histórica contra la reacción.

Por mandato del pueblo surgió el PDN y su primera tarea, cumplida en las catacumbas de la clandestinidad, fué la de formular el programa de lucha para sincerarse con el pueblo y abrir surcos en la acción que comenzaba. Sabíamos que la agitación sin banderas y el combate sin objetivos son aventuras peligrosas. Una doctrina bien formulada es la mejor armadura para ligar a los hombres en las largas cruzadas por la liberación nacional. Teníamos la conciencia de nuestra misión. Un sentido intuitivo de la realidad nacional nos permitió adivinar que habíamos nacido para grandes jornadas y que sólo, podíamos justificar nuestra primogenitura histórica ofreciendo, con minuciosa exactitud, esa doctrina política. La experiencia demostró cuán acertada fué la previsión que

sas. AD ha liderizado la resistencia contra la barbarie desde la mañana misma en que las bayonetas consumaron su alevoso atentado contra la democracia venezolana. Los cuadros del partido han reclamado, como insoslayable deber suyo, los puestos de más comprometida abnegación. Y la entereza de nuestra conducta ha sido el combustible que ha alimentado, contra todos los desmayos, la llama potente del descontento popular. No pretendamos convertir estos méritos, simple cumplimiento de elementales obligaciones, en credencial para abrirnos la puerta del privilegio. Creemos más bien que todo el sacrificio desplegado por nuestra recia militancia será mañana fuente de nuevos compromisos. Sólo reclamaremos, cuando atlore la hora de reconstruir a Venezuela, el honor de estar entre los adelantados de esa magna campaña. Porque hemos estado íntimamente identificados con los anhelos de las masas en estos años turbios de dolor, comprendemos que de nosotros se espera el esfuerzo futuro que habrá de devolverle a Venezuela, su dignidad ahora envilecida y su prosperidad escamoteada.

Un partido sobre cuyo porvenir recaen tan claras responsabilidades tiene que precisar, con afanoso escrúpulo, su filiación doctrinaria y sus derroteros políticos. La más somera indeterminación en su filosofía política o la más pequeña laguna en su plataforma económica y social conducirán, por la dialéctica de los hechos, a catastróficas consecuencias para la causa popular. En el pasado venezolano, cuya voz tiene lecciones de valor permanente, muchos movimientos fracasaron porque no supieron precisar el alcance de sus compromisos. Entre vacías palabras nes a la violencia se perdió el rumbo histórico y las masas, esperanzadas constataron decepciones para su ingenua aspiración de justicia. Concientes como somos del rol que jugaremos en la reconstrucción democrática de Venezuela y compenetrados como estamos de la necesidad de proveer al pueblo venezolano de precisos caminos para su acción futura, creemos que ha llegado el momento para nosotros, inaplazable,

de concretar en una pieza orgánica las ideas que constituyen el credo ideológico del partido y las directrices prácticas que nos guiarán en la acción cuando arribe el llamado de las responsabilidades. Esperamos que cada venezolano podrá saber, leyendo este documento, cuáles son exactamente las ideas centrales del partido y hacia dónde orientaremos el país cuando empuemos el timón de la obra gubernativa. Nadie tendrá derecho a confundirnos. Con un ubicación precisa y un propósito, el país no podrá temer traiciones disimuladas en falsas palabras y nosotros podremos darle a la obra que emprendamos el vigor, la presas animadas de ambiciones históricas.

Somos un partido moderno. Nuestra advenimiento a la vida política no fué la obra providencial de un caudillo ni el resultado de un conclave de demagogos ambiciosos. Cuando apuntó el PDN, antecesor de Acción Democrática en la lucha por la democracia venezolana, las masas venezolanas pedían un partido político que supiera encausar las aspiraciones por las cuales se había bregado, intensamente, en las escaramuzas tempraneras de 1936. Intuía el pueblo venezolano que faltaba al movimiento popular una Organización de bases claras y de estrategia consciente, para sortear con éxito la pelea histórica contra la reacción.

Por mandato del pueblo surgió el PDN y su primera tarea, cumplida en las catacumbas de la clandestinidad, fué la de formular el programa de lucha para sincerarse con el pueblo y abrir surcos en la acción que comenzaba. Sébiamos que la agitación sin banderas y el combate sin objetivos son aventuras peligrosas. Una doctrina bien formulada es la mejor argamasa para ligar a los hombres en las largas cruzadas por la liberación nacional. Teníamos la conciencia de nuestra misión. Un sentido intuitivo de la realidad nacional nos permitió adivinar que habíamos nacido para grandes jornadas y que sólo, podíamos justificar nuestra primogenitura histórica ofreciendo, con minuciosa exactitud, esa doctrina política. La experiencia demostró cuan acertada fué la previsión que

4

nos lanzó a esclarecer desde el primer momento nuestra fe doctrinaria. A despecho de la represión con que las fuerzas reaccionarias quisieron cancelar la naciente inquietud popular, el PDN supo dar alientos creadores a las masas con la simple divulgación de su programa. Si nos hubiéramos lanzado a una pelea sin la plataforma ideológica necesaria, habría resultado imposible contagiar a toda la nación el fervor y la esperanza. El ascenso democrático que obligó a la oligarquía atrincherada en el gobierno a conceder libertades públicas y reconocerle beligerancia a las fuerzas democráticas fue el incontestable fruto de una doctrina puesta en marcha por una organización responsable; la prueba suprema quedaba salvada. Se había demostrado que por el lento camino de la difusión doctrinaria resultaba posible construir movimientos políticos de más densidad y perseverancia que por la tradicional vía venezolana de la revuelta sin cauce. Y el partido que nació en hora incierta de nuestra vida democrática para afrontar los apremios de una clandestinidad, estuvo pronto abocado a responsabilidades insignes. Rotos los diques que la represión por la presencia de las masas en una sucesión presidencial que no pudo celebrarse en la intimidad del régimen, había de llevar adelante la empresa de popularizar la doctrina. A esa necesidad respondió la aparición de Acción Democrática en cuyas filas más amplias desembocó la primitiva legión de los cruzados del PDN. Entre tanto la vida venezolana comenzaba también a transformarse por el impacto de diversos factores que siguen influyendo en nuestro devenir colectivo. Torrentes de dinero extranjero llovían sobre la tierra venezolana, atraídos por el cebo promisor de las ganancias, millares de venezolanos abandonaban su patriarcal vida en los poblachones de provincia para abrazar la aventura de las grandes ciudades. La urgencia de afrontar los ingentes problemas que planteaba ese país en ascenso concentró las energías del partido en la tarea de la propaganda diaria. Frente a cada cuestión que despuntaba, surgía la interpretación que juzgábamos adecuada den-

5

tro de los lineamientos de la primitiva doctrina que nos confirió fisonomía de partido. Con escasos años de vida fuimos llamados a cumplir faenas de movimiento maduro y sólo podíamos desempeñar tal desplazamiento apelando a milagros de improvisación. La historia de un movimiento. Y si hemos espigado aquí que ensayamos la oposición cívica y su remate en la jornada del 18 de octubre de 1945, pertenece a los recuerdos vivos de cada venezolano y no precisa que en estas páginas de examen y sinceridad la exponamos con pormenorizado rigor. No es tampoco el objeto de una tesis política ofrecer la síntesis de la historia de un movimiento. Y si hemos espigado aquí en el preterito es para justificar el hecho para muchos sorprendente de que AD siga dependiendo a estas alturas, con tantos sucesos históricos que han transformado a Venezuela, de las tesis iniciales del PDN concebidas para un país que apenas balbucía sus primeras palabras en el recinto de la vida política.

En realidad, el partido ha refrescado y ampliado su doctrina. Con sano olfato político hemos ido respondiendo a cada nueva modalidad de la vida nacional con una respuesta, específica. Pero el ese método ha sido eficaz para nutrir la acción del partido en la trayectoria de los años en que se ha hecho el meridiano de las libertades democráticas, resulta ahora discutible frente a una realidad cada día más difícil. La dictadura ha retrocedido a Venezuela, hasta días ya lejanos de rapidez y apuro. En país transformado, o mejor, deformado, se el que aparece a la vista de quien quiera analizarlo. Frente a esa situación no es posible ya seguir improvisando. Necesitamos, al contrario, como quien erige casa nueva sobre desgastados cimientos, emprender una total revisión de nuestra filosofía política. Ideas que ayer eran justas ya no encajan en la malla de los hechos recientes, objetivos ansiados ya no están en las perspectivas actuales. Las tareas de la revolución se han hecho más hondas y más exigentes. Y para desarrollirlas hay que plasmar una nueva declaración doctrinaria. Hoy día, es cierto que la represión tocó los límites de la

6

bestialidad más informe, pero las fuerzas revolucionarias tienen una densidad arrolladora. Cuando el PDN anunciara como fuerza organizadora, las corrientes rotas de un alto poder adquisitivo en el exterior. Pero movimiento que contaba con grandes posibilidades pero que carecía de efectivos humanos. Muchedumbres de obreros se arremolinan en pujantes centros industriales matizando de frescura y esperanza el panorama social del país. El campesino liquidó sus últimos vestigios de apego a la servidumbre feudal y es ahora núcleo vivo en acecho de reivindicaciones ancestrales. Las clases cultas de las ciudades sienten más claro su deber de alentar la jornada del pueblo. Como en las leyes de la física, también en la política la represión más honda va seguida de una revolución radical. El prestigio del partido es ahora más grande que lo haya sido nunca en sus ya maduros años de pelea. Las dudas y angustias que pudo albergar el pueblo venezolano acerca de nuestras posibilidades revolucionarias ya fueron disipadas en la fragua de la clandestinidad con ribetes constantes de heroísmo. Estas condiciones se combinan todas para imponernos la pausa que engendre la doctrina cabalmente adaptada a la presente realidad del país y a las tareas que el futuro inmediato impondrá a la revolución victoriosa. La declaración que formulamos debe ser, desde luego, rigurosamente precisa. Estamos alcanzando la madurez plena y no es un temor injustificado el que nos conduzca a sospechar que sobre nosotros, con ánimo de apartarnos del camino justo, caerá la morsa institucionista cuando asumamos integral responsabilidad de dirigir el país. Influencias externas se cebarán sobre nosotros para invitarnos a la componenda y a la pausa. Hay además una experiencia histórica que quiza va a salirnos al encuentro en cuanto trasmontemos el ocaso dictatorial. Es conocida la circunstancia de que los movimientos políticos de masas, sometidos por largo tiempo al heroísmo de una resistencia sin cuartel, necesitan definiciones precisas de sus rumbos para acrecentar su función creadora cuando despun-

7

ten en los planos de la victoria. Para darle al pueblo plena seguridad de que sabremos garantizar su futuro, así como estamos rescatando su presente, el partido formula su credo una vez más. El esfuerzo de ahora tendrá su recompensa, para el pueblo que nos anima y secunda, en una Venezuela limpia de injusticias y redimida de atrasos. El programa inequívoco y la doctrina clara nos permitirán vencer mañana los halagos interesados del enemigo histórico o la voz del cansancio. Si nos ha salvado, contra los zarpazos del terror, la honda fe en el pueblo mañana nos salvarán las pautas doctrinarias que sean la medida y la brújula de nuestras tareas. Conscientes como estamos de la urgencia, teórica y práctica, de indagar sendas para el futuro, no hemos vacilado en hacer un alto en la brega contra la dictadura para entregarnos a sondear las viejas raíces doctrinarias y a contemplar, desde atalayas de serenidad, el panorama de Venezuela y las aspiraciones de su pueblo. Sabemos que un partido con vocación para redimir pueblos no puede limitarse a mirar el presente sin adivinar los síntomas del porvenir pues perdería su función de pionero.

A

Somos un partido de izquierda revolucionaria. Esta es una declaración de sólido efectismo o de estudiada vanidad. Nos ubicamos hacia la izquierda porque somos representantes, en Venezuela, de ese movimiento de inconformidad y de protesta que viene sacudiendo al mundo desde que la Revolución Francesa abrió las compuertas de la vida política a las masas populares. Nuestro credo ideológico tiene sus raíces más hondas en el pensamiento de los escritores y políticos que consagraron sus talentos y sus vidas, en Europa y América, a socavar la ancestral estructura de la injusticia social. Esos hombres nos dieron la guía para interpretar la realidad venezolana y nos comunicaron la sensibilidad indispensable para cumplir misiones de vanguardia en la lucha por la liberación de los oprimidos. Reclamamos como legítimos antecesores nuestros a aquellos venezolanos que incorporando a la realidad del país las más avanzadas fórmulas que en sus tiempos ofrecía la doctrina po-

Defini-
Cienos

8

lítica batallaron sin descanso contra el estancamiento y la iniquidad. La generación de los Libertadores, dando concretas formas de hecho vivo, al ideal humanitario de los filósofos franceses y la generación que encendió el relámpago de la Guerra Federal, nos han transmitido su rebeldía y su sensibilidad como legado creador. Pero el derrotero ideológico preciso, adaptado a las modalidades que ha introducido el siglo XX en la vida de los pueblos, nos viene de esa marea de revoluciones y pugnas con que las masas han manifestado, en nuestra época su decisión de moldear con su voluntad la historia del planeta. Estamos viviendo, en un siglo esencialmente revolucionario. Ni las más viejas monarquías han escapado al contagio febril que lanza las masas a la acción. Ni los más sólidos Estados han resistido el barrage de las transformaciones. Esa ola de inquietud salpicó a Venezuela al hundirse las barreras feudales conque Juan Vicente Gómez nos aisló del exterior. La inquietud que trajo al contacto con el resto del planeta prendió entre los desposeídos y postpuestos, entre los perseguidos y sacrificados que formaban la legión sobre cuyas espaldas asentaba su imperio el régimen medioeval del que fué culminación la dictadura gomecista. Del encuentro entre la doctrina revolucionaria de tinte moderno procedente del exterior y el despertar de las masas venezolanas surgió justamente nuestro partido. Nuestra presencia en la arena nacional corregía, por esa circunstancia, lo que fue falla y debilidad del movimiento popular venezolano en el transcurso de nuestra historia. Venezuela tuvo pensadores audaces pero aislados del pueblo. Y tuvo también, como torrentes despañados sus movimientos de masas. Ese divorcio entre el pueblo y las ideas fue durante casi un siglo el mayor factor retrasante en el ascenso político del país. Nuestra actuación revela cómo se dilata el poderío de las masas cuando tienen rumbos ideológicos difanos condensados en una organización responsable. El gran avance social de Venezuela en los 15 años que siguieron a la desaparición de la dictadura fue en gran parte, la obra de nuestra prédica aleccionadora. Porque acua-

9

dillamos las masas y despertamos su capacidad de lucha fue el país conquistando victorias en el campo de la lucha social. Del empozamiento feudal, Venezuela saltó a la inquietud contemporánea en el escaso período de dos lustros. Si no hubiera existido un partido como AD, con doctrina moderna y radical, el empuje de masas no habría tenido la constancia y orientación que demanda la pelea contra el atraso secular. No hemos ocultado nunca que nuestro objetivo supremo es la transformación completa de la estructura económica y social de Venezuela. Nuestra siembra de preocupaciones ha buscado el fortalecimiento de la conciencia popular para prepararla a asumir sus responsabilidades en la hora de la acción decisiva.

Pero no somos maníacos de la violencia, que siembran sistemáticamente el estallido. Ser revolucionario no significa jugar todos los días a la insurrección. Creemos que el quebrantamiento violento del orden político y social sólo es conveniente cuando el movimiento de masas ha cobrado suficiente altura y las fuerzas atrincheradas tras el parapeto del Estado están adecuadamente podridas. La acción del 18 de octubre de 1945, en la cual nuestro partido jugó un rol decisivo, ilustra mejor que todas las declaraciones nuestra concepción de la estrategia revolucionaria. Para ese momento, el pueblo venezolano había adquirido elevada densidad política y reclamaba, con creciente impaciencia, la modificación completa del arcaico orden político heredado, sin beneficio de inventario, de la dictadura gomecista. Todos los signos indicaban que Venezuela había llegado a una ruptura ya declarada con el sistema de vida política que le venía imponiendo los caudillos personalistas. El régimen dió señales, por otro lado, de ignorar crasamente el imperativo del tiempo y se abrió un abismo que sólo podría llenarlo la violencia popular. Nuestra actitud de respaldar el movimiento armado de la juventud militar obedecía a la convicción de que no estábamos alentando un cuartelazo más, sino, al contrario, abriendo surcos para el ascenso de las masas. La historia de los años que han seguido a ese suceso

revolucionario confirmó las previsiones del partido. Las cadenas que frenaban la expansión del movimiento popular quedaron arruinadas. Millones de venezolanos adquirieron conciencia política. Grandes transformaciones, de definido sello revolucionario, empezaron a desarrollarse. La dictadura ha logrado aniquilar esas conquistas pero el espíritu del pueblo tiene hoy más coraje, claridad y ambición que cuando ascendía por la lenta pendiente de los cambios evolutivos. Y nuestro propósito de liberar a Venezuela es más definido y firme que nunca.

La revolución del 18 de octubre de 1945, juzgada en la perspectiva de casi una década, ofrece ya netos perfiles de hecho positivo. Ni la propaganda más inteligente, ni los cambios más juiciosos hubieran sacudido tan hondamente a Venezuela y acelerado su progreso económico y social como lo consiguieron tres años de marea revolucionaria. La coraza espiritual de la resistencia se forjó en el entusiasmo por la causa popular, en la devoción hacia nuestro partido que logramos infundir en vastas capas de la población venezolana durante los años en que detentamos el poder. Porque sintieron los beneficios de la acción revolucionaria en el plano tan tangible de su vida material y porque palparon un país en marcha, las masas han consentido en acompañarnos, con fervor inagotable, en la etapa de cerrada persecución. El abismo entre la nación y sus opresores se ha profundizado. Más terca es ahora la intransigencia de un régimen que no sólo restaura el feudalismo sino que se empeña en darnos nivel de colonia. Y más impaciente es la beligerancia popular. Ser revolucionario no descarta, asimismo, la posibilidad de conquistar el poder por los cauces pacíficos del voto. La experiencia contemporánea —especialmente en el caso de algunos países que sufrieron bajo la garra colonial— indica que no es descabellado aspirar al derrocamiento de la opresión mediante acciones evolutivas. La insurrección es un camino que se abre cuando no hay más alternativas. Pero si dentro de una situación determinada resulta viable, con razonables perspectivas de éxito, el ejerci-

cio del sufragio para alcanzar el derecho a gobernar sería absurdo aferrarse a tácticas de rebelión armada. El uso sistemático de la fuerza es ajeno a los partidos de masas. Lo practican, al contrario, aquellas organizaciones aventureras que sueñan con el asalto para cubrir con la violencia su falta de respaldo popular. Si en Venezuela se abriese la opción limpia a las urnas, AD no mezquinaría su concurso porque somos un partido con aptitudes históricas y no una simple secta de emboscados. Al asumir esta postura doctrinaria, no estamos innovando en los antecedentes mundiales o continentales para ganar lauros de originalidad. Durante muchos años, en Europa y en América, las colectividades revolucionarias han sabido convivir en la esfera de sistemas puramente liberales, buscando alcanzar la adhesión de las masas y el logro del Poder mediante los persuasivos instrumentos de la discusión pública, de la lucha parlamentaria y de los certámenes electorales. Nosotros no podemos ser una excepción.

B. Somos un partido nacional. Cierta que profesamos ideas cuyo origen finca en el pensamiento y en la experiencia de otros pueblos que alcanzaron mayores progresos en su lucha por la libertad y la justicia. Pero seríamos necios ideólogos, sin lastre de responsabilidad, si no hubiéramos temizado esas experiencias para adecuarlas a la realidad venezolana. No creemos que el caso de Venezuela se resuelva con la importación mecánica de brillantes ideologías pescadas en los vastos repertorios de la revolución mundial. Aunque vivimos en un planeta intercomunicado donde la vibración de las luchas rebasa las fronteras y contagia todas las latitudes, cada pueblo conserva sus problemas específicos, su fisiología peculiar y sus intrasferibles aspiraciones, a las cuales hay que sublimar el andamiaje teórico universal. La filosofía política suministra las ideas básicas, el cuadro de conjunto y la ubicación que debe asumirse en la lucha que se libra entre opresores y oprimidos. Pero es la realidad la que imparte el derrotero concreto. Sistemas que son excelentes para pueblos de avanzada economía industrial tienen que modificar sus postulados

cuando confrontan el caso de naciones como Venezuela, anclada en pleno atraso feudal. Nosotros hemos procedido a analizar la realidad venezolana con la guía doctrinaria elaborada por pensadores universales pero sin aceptar literal, servilmente sus conclusiones. De allí que hayamos creado un partido nacional, que no está subordinado a ninguna central extranjera de cuyas instrucciones debemos depender como oficiosos servidores. Tenemos, además, la convicción de que la revolución no se exporta como mercancía susceptible de tráfico ideológico. Cada pueblo tiene sus particulares medios de desplegar su acción política y someterse a tutelajes exteriores es comprometer el éxito de la lucha y falsificar su contenido. Estas declaraciones no significan, empero, que no tengamos sentido de la solidaridad internacional con las fuerzas que bajo distintos cielos, luchan por objetivos de justicia y redención. La Patria ya no puede concebirse como un organismo cerrado enteramente. Por encima de las fronteras se alzan influencias y se cruzan intereses que crean una moncomunidad, a veces disimulada y a ratos abierta, entre fuerzas políticas de signo similar. Hemos visto como entre los reaccionarios de todos los países existe una hermandad que no sólo asegura el canje de simpatías sino concretísimas ayudas de tipo material. Frente a esa realidad, los hombres de izquierda democrática necesitamos acercar nuestras energías y congregar nuestras preocupaciones. Particularmente en América Latina es patética la necesidad de un intercambio entre las fuerzas democráticas. Estamos presenciando una feroz ofensiva imperialista que amenaza destruir, con el rodillo de las dictaduras militares, toda la estructura democrática del Continente Americano. Las clases reaccionarias se constituyen en santa cruzada contra la libertad. En el otro extremo, la izquierda que tiene su cuartel general en Moscú maneja con hilos exigentes a todas sus gentes desparpamadas por el mundo. Sólo los hombres de la izquierda democrática permanecemos encerrados en la tradicional soledad de cada patria como si las angustias del vecino fueran sucesos que ocurrieran en el más

remoto de los planetas. Sin que lleguemos a subordinarnos a ningún centro, propiciamos una política de entendimiento y activa solidaridad con las fuerzas democrática de América que luchan por la liberación de sus pueblos.

Somos un partido democrático. Consideramos que el respeto a los fueros del hombre es uno de los soportes esenciales de toda actividad o colectividad civilizada y, en el orden histórico, la conquista más insignificante que hayan logrado los pueblos en su secular lucha contra la opresión. El pensamiento, la más alta actividad del hombre, necesita el ambiente de la libertad para alumbrar sus creaciones. Un pensamiento regimentado en el laboratorio de la vigilancia policial, pierde su función pionera. La ciencia y el arte, instrumentos de superación colectiva, son resultantes de la libertad. La Educación de las masas reclama también libertad para que todos los temas sean discutidos con irrestricta franqueza. Pero al lado de la libertad hay que situar como piedra angular de toda comunidad civilizada, el principio de la soberanía popular. Ese principio es quizás el que mas transformaciones ha producido en el mundo desde que la Revolución Francesa lo impuso con el heroísmo de sus soldados y el estruendo de sus victorias. Toda la inquietud de las masas —su presencia en la arena de la historia— deriva del derecho que ellas alcanzan a repir con el instrumento del voto el rumbo de las colectividades. Desde que el principio de la soberanía popular se insertó en los textos jurídicos, la política dejó de ser ocupación de privilegiados para devenir en diaria preocupación de las masas. Desde entonces un ascenso continuo se opera en todos los pueblos. El ritmo más dinámico de las transformaciones que han modificado hondamente la faz de la humanidad en el lapso de un siglo —es el trascurso de ese empuje de multitudes en cuyas manos se labran los destinos colectivos. Consideramos que toda revolución o cambio que no mantenga la estructura democrática de los derechos ciudadanos significan un estancamiento histórico. La época de las revoluciones burguesas inaugurada en

14

Francia y ya cerrada definitivamente, nos dejó el mensaje de las libertades humanas y no engrandecíamos el acervo del hombre ni negamos esas libertades. El sistema político y social hacia el cual encaminará sus esperanzas la humanidad, será el que logre combinar los derechos humanos con una igualdad económica donde desaparezcan la miseria, la inseguridad y la explotación de las masas. Para los pueblos y especialmente para los trabajadores —manuales— es esencial que la conquista del pan, en un régimen de justicia, no mengue sus derechos a la libre discusión de los problemas. Emancipar al hombre de la miseria para sumirlo en la opresión política es instaurar la esclavitud del espíritu donde antes imperaba la esclavitud del trabajo. Las libertades públicas han sido, es cierto, engañosas, en los países de más elevado capitalismo porque han servido como instrumento de la burguesía en su tarea de explotar y desorientar a las masas. Pero de esos ejemplos históricos no puede derivar la conclusión, absurda, de que sean las libertades la causa de las angustias que padecen los hombres en los países capitalistas. Cuando las libertades estén abiertas al pueblo, en un régimen curado de lacras sociales, su ejercicio será perenne manantial de humana superación.

D

Somos un partido policlasista. En las filas de AD caben todos los sectores de Venezuela oprimidos o pospuestos por el anacronismo régimen político y social que el país, viene soportando desde los días coloniales. En los cánones de nuestra realidad no cabe todavía el ensayo de un Partido monoclásista, representante exclusivo del proletariado o de la burguesía. Es cierto que la clase obrera ha ganado notoria madurez en los últimos años. A despecho del magro desarrollo de la industria —cuyas fábricas crecen con un ritmo bastante pobre— el concurso de otros factores ha ensanchado el número de obreros y ha precipitado su concentración en grandes unidades productivas. La refinación del petróleo y las actividades del comercio y de la construcción, han atraído hacia determinados centros del país a ingentes masas de hombres que ayer

15

trabajaron el campo, teniendo con un matiz inusitado el panorama social de Venezuela. Pero estos avances —que la estadística ha fijado en sus cifras precisas— no autorizan a creer que el proletariado pueda realizar, por sus solas fuerzas, la revolución democrática en Venezuela. Sus rangos siguen siendo muy minoritarios y su conciencia, como clase, no ostenta todavía esa solidez que caracteriza a las masas trabajadoras de las naciones más adelantadas en las rutas del industrialismo moderno.

La clase obrera es en Venezuela la vanguardia de una vasta combinación de grupos y estratos sociales que, bajo las banderas de AD, tienen una incontestable noción histórica. La revolución tendrá la robustez y el éxito que quieran imprimirle los obreros, pero ella no se hará ni por su sola voluntad ni en beneficio privativo de ese sector de la población. Comprender esta característica de nuestra revolución es marcar un paso decisivo hacia la estrategia adecuada.

Los trabajadores son la espina dorsal del Partido, su núcleo básico y su inspiración invariable. Con ellos se junta, dentro del esquema policlasista de AD, otras capas de la población venezolana que tienen determinante interés de instaurar un régimen de justicia. Los campesinos han encontrado su instrumento de acción en nuestro Partido y la presencia de ellos en nuestras tiendas es una de las circunstancias que más templea el ánimo de los que vislumbramos de una victoria ineludible en las perspectivas del futuro. Los campesinos de Venezuela, han despertado de su largo sueño de inconciencia política y de marginamiento de la vida nacional. Ahora conocen sus necesidades e intuyen sus objetivos y han acordado, espontáneamente y resueltamente, su apoyo a AD. En la querrella política de los últimos años, la presencia de los campesinos en las legiones de los hombres que esperaban un signo propicio para insurgir contra la dictadura, ha sido rasgo estimulante. La clase media, especialmente en sus sectores intelectuales, nos ha brindado su lealtad con una firmeza que jamás toleró trepidaciones ni pausas.

Esa actitud de respaldo sostenido al Partido es perfectamente explicable para quien recuerde como la clase media es una víctima en una sociedad tan cargada de privilegios como es la que actualmente existe en Venezuela. La cultura es patrimonio de un puñado de oligarcas egoístas porque las escuelas y universidades han sido clausuradas para el pueblo y la clase media por la barrera de pesadas cargas pecuniarias. Maestros y profesionales no tienen en la Venezuela de nuestros días, misión distinta que la de eternizarse en cargos burocráticos o servir de agentes a los intereses capitalistas. En un país sin fábricas y sin agricultura próspera, donde se erigen solamente las costosas estructuras de los edificios de Caracas, la clase media apenas tiene el premio del merodeo que la envilece.

Esas tres clases, el proletariado, los campesinos y los sectores medios constituyen el contenido humano de AD. Y son esas tres clases las llamadas a realizar la revolución democrática en Venezuela. Durante muchos años —hasta que un país industrializado reclame otra medida en su organización— la alianza de los campesinos con los obreros y las clases medias será tan inmovible que el Partido podrá mantener su unidad interna sin fisuras ni contratiempos. El testimonio de otros países confirma este vaticinio. En el Asia —donde se está viviendo intensamente la gran revolución de nuestro tiempo— los partidos policíasistas que allí han conducido la transformación de las sociedades siguen conservando su solidez interna a despecho de los grandes cambios que ya han introducido. En la India, donde ya se advierten los síntomas del socialismo, la conjunción de clases es y será por muchos años, la piedra angular del Partido del Congreso. En América Latina, la evolución política torcerá hacia idéntico sendero.

La burguesía industrial, aunque no quepa en nuestras filas, tiene un papel señaladísimo en la revolución democrática y una de las condiciones del éxito popular radica, precisamente, en arrancársela a los sectores del imperialismo y del latifundio o el comercio importador para convertirla en aliada del

progreso social. Hay factores objetivos que auspician lisonjeras perspectivas a esta empresa de rescate de la burguesía industrial. Si examinamos superficialmente su situación encontraremos razones que la empujan hacia soluciones de simpatía con el pueblo. La industria es víctima en Venezuela de la desenfadada penetración imperialista y del favoritismo que nuestra estructura económica disciene al comercio de importación. La política de la dictadura, de torpe entrega, ha agravado sus problemas fundamentales. El estancamiento de un mercado donde el ahorro crece más que el consumo y la riqueza se reparte desigualmente, comprime las ansias de expansión de la burguesía. La ineptitud administrativa, el primitivo derroche de los recursos nacionales por una camarilla militar de insondable vocación hacia el robo, son otras circunstancias que irritan a la burguesía industrial y abren en su seno propicias repercusiones a la prédica de un Partido Revolucionario. En la Venezuela liberada, esa burguesía tendrá un puesto eminente ya que la industrialización no puede realizarse con los solos arbitros del Estado. Las fábricas nacionales —en aquellas ramas de la industria que deben reservarse al sector público— habrán de convivir con las empresas privadas dentro de un país cuyo poder de adquisición crezca constantemente. De allí que nuestro Partido auspicia un acercamiento a la burguesía industrial y más tarde llamará a esa clase social a colaborar en la obra de vigorizar la economía nacional.

III Sentadas estas declaraciones preliminares, nos corresponde ahora esbozar nuestra interpretación de la realidad venezolana para derivar el concreto programa de acción que encadene las actividades del partido. Esta perentoria necesidad de enjuiciar los hechos que caracterizan la situación venezolana responde a nuestra convicción de que las ideas políticas —por elevadas que ellas sean— resultarían meras abstracciones si no responden a los dictados de la realidad. Los fenómenos económicos que forman la trama sutil de las sociedades— condicionan y orientan el pensamiento político. La correlación de las fuerzas en la esfera de la

producción es el motor que ubica y define a los hombres en el plano de la lucha política. De la revista que debemos pasar a los hechos de la realidad económica y social de Venezuela fluirá mejor nuestra posición de colectividad política.

17
La economía venezolana se mueve en torno al petróleo. Las cifras redondean con su lenguaje de evidencias todo el alcance de esta declaración. En 1957, la producción diaria de aceite mineral alcanza 9,2 millones y medio de barriles diarios. Nueve años antes, cuando finalizaba la segunda guerra mundial, apenas fluían de los yacimientos venezolanos un millón de barriles cada veinticuatro horas. En la composición de nuestro comercio exterior, el petróleo tiene puesto de agobiante superioridad. Los embarques de petróleo representan el 97% de nuestras exportaciones. Y su valor aporta el 98% de las divisas que ingresan anualmente al país. Traduciendo estas afirmaciones al lenguaje del hombre de la calle diríamos que el petróleo nos porporciona noventa y ocho de cada cien bolívares que circulan en Venezuela. En la distribución de los ingresos del Fisco, la actividad extractiva tiene un rango igualmente cimerio. Cerca de la mitad de los impuestos que el Estado recauda se originan en la industria petrolera. La renta de Aduanas —jugosa fuente de ingresos fiscales— no sería tan próspera si las exportaciones petroleras no aportaran el torrente de divisas que nos permiten colmar los almacenes del país con mercaderías importadas. Aproximadamente, las docerceras partes de los arbitrios rentísticos del Erario Nacional provienen, directamente o en forma indirecta, de la pródiga arteria petrolera. La influencia de estos hechos elementales —impalpable pero poderosa red tejida a todo lo largo de nuestra geografía es incontestable en las distintas esferas de la economía nacional. Para citar un hecho reciente podemos recordar la aguda crisis que imperó en el país cuando las compañías petroleras redujeron a principios de 1949 la producción de sus pozos venezolanos. Un balance de súbito desempleo, angustias fiscales, malestar mercantil y pánico financiero surgió en esos

días de contracción petrolera. La guerra de Corea, con su apurada demanda de combustibles y el rearme norteamericano con sus exigencias perentorias, nos devolvió el equilibrio. Los días de zozobra que vivimos demostraron que ningún resorte de nuestra actividad escapa al influjo del petróleo. Entre los pozos y las distintas zonas del mundo económico venezolano va una cadena de categóricas vinculaciones que nadie puede soslayar. La banca cuyos bolívares se amasan en las divisas que deja la explotación del petróleo o, el Estado que vive al arrimo del dinero de procedencia mineral, el comercio que maneja mercaderías importadas con los beneficios que derivan de la venta del aceite, todos son engranajes movidos por el dinamo que horada las riquezas de nuestro subsuelo. Apparently ese petróleo providencial nos ha brindado una era de fabulosa prosperidad. Devotos de la estadística se complacen con sospechosa frecuencia, en contabilizar las ventajas que ha deparado a Venezuela el incanzable trabajo de los balancines. Tenemos en América Latina el mayor número de automóviles por cabeza de habitante. Nuestras casas poseen mayor número de aparatos de radio que cualquiera de los pueblos situados abajo del Río Grande del Norte. Las ciudades venezolanas se transforman en emporios de dinamismo y riegosnias a medida que las avenidas y rascacielos elevan la altura del cemento. Meudos lujos —auntes en la vida de tantos pueblos castigados por la obligatoria austeridad— proporcionan a los venezolanos amicidad y confort desconocidos en nuestra historia. El estado no tiene ya los apuros que en otras latitudes hacen de las finanzas públicas una tortuosa ciencia con ribetes de piratería. Hay una mejor noción de las cosas tan esenciales como la asistencia social desde que el petróleo nos dió la posibilidad de erigir hospitales y dispensarios. Venezuela, en fin está más íntimamente conectada con las palpitaciones del mundo desde que los medios de difusión y transporte accionados por el petróleo penetraron en la entraña de nuestra tierra. Pero ese brillante panorama de espejismos tiene sus lados adversos cuya

abrumadora carga proyecta inquietantes sombras sobre el porvenir venezolano. El petróleo ha colocado a la economía venezolana en una posición de debilidad extrema. Todos los economistas coinciden en afirmar que la monoproducción es uno de los males más siniestros que pueden aquejar a un país. En Venezuela, la monoproducción es tan absoluta que todo el país gira en torno al petróleo. No hay salida posible. La nación tiene actualmente ligada su suerte a la del aceite mineral. En este sentido, nuestras condiciones son más precarias que las de otros países aparentemente más pobres pero que tienen diversos recursos en el panorama de su vida económica.

Una somera comparación pondrá en cifras esta aseveración. Colombia es cierto que depende del café, pero tiene también en proporciones acusadas, explotaciones de oro, petróleo y platino y exporta crecientes cantidades de bananos. Guatemala compone fundamentalmente con embarques de café su comercio exterior, pero acude también a los bananos para nivelar su balanza de pagos. Chile no confía su destino a las solas posibilidades del cobre en los mercados internacionales porque cuenta, así mismo, con el nitrato y los productos de su incipiente pero prometedora industria manufacturera. Sólo Venezuela apuntó su futuro a la carta de un producto. Los peligros de esta situación son tan conocidos como graves. El mundo moderno de economía capitalista se caracteriza por la inestabilidad más aguda. A las prosperidades suceden las crisis. No hay producto que escape a esa ley del capitalismo universal. Hasta el petróleo tan esencial a la industria, tiene frecuentes caídas de precios que llenan de espectador al mundo de los intereses que lo explotan. Recientes experiencias nos prueban con irrefutable mérito, como es de sorpresivo el precio intermientras sólo disponga del petróleo, un país a la deriva. Una economía de alibujos, que es la consecuencia de tal panorama, que no es la solución aconsejable para ninguna colectividad que aprecie su derecho al progreso material y espiritual.

Peró no hemos dicho, con respecto a los males

que el petróleo proyecta sobre nuestro destino, la parte más dolorosa de la situación. El petróleo virtualmente no es de Venezuela. Los yacimientos y taladros, los oleoductos y tanqueros, las refinerías y maquinarias, todo pertenece a empresas extranjeras cuyos propietarios viven a millares de kilómetros de Venezuela y no tienen el menor sentimiento de solidaridad hacia el país. La Standard Oil Co. y la Royal Dutch Shell, manejan casi las tres cuartas partes de las concesiones petrolíferas en el suelo venezolano. Intereses menores pero igualmente vinculados a determinados imperios de la finanza internacional, poseen el resto de las parcelas aceiteras de Venezuela. El volumen de inversiones extranjeras en la industria petrolífera es sencillamente colosal. El Banco Central, en reciente información, estima en Diez mil millones de bolívares el monto total de las inversiones aceiteras en el país. Esa cifra, aunque conservadora revela la magnitud de los capitales injertados en nuestra economía por los grandes consorcios del petróleo. Allí está simbolizada nuestra dependencia. Las inversiones son casi iguales al ingreso nacional de Venezuela que pasa de los trece mil millones de bolívares anuales. Valen más los capitales aquí invertidos por los trust del petróleo que algunas de nuestras riquezas autóctonas en explotación. La ciudad de Caracas, con todos sus erguidos edificios y su buldosa actividad de metrópoli pujante, tiene menor valor comercial que las máquinas colocadas en Venezuela por el capitalismo sajón. Trasladando estas observaciones elementales al plano de los hechos políticos, tendremos conclusiones dramáticas. El petróleo es la llave de Venezuela como único producto nacional de amplia exportación en el país que vive del comercio exterior. Pero el petróleo es propiedad de extranjeros, agentes de un imperialismo voraz. No se necesita mucha perspicacia para deducir de ese razonamiento que nuestro destino está en manos de los consorcios petroleros. Venezuela es una colonia del capital inversionista. Sólo la diferencia del himno y la bandera nos separa de las muchas colonias que el mercantilismo más agresivo de Europa mantienen to-

davía en distintas comarcas de la tierra. Con absoluta unilateralidad los magnates fijan el volumen del petróleo que ha de producir Venezuela cada año en los mercados hacia donde el aceite debe encaminarse al abandonar los puertos venezolanos. A ellos corresponden también, a través de sus Compañías, decidir cuántos venezolanos tendrán derecho a ganarse el diario sustento pues las fuentes del empleo en Venezuela están subordinadas a la extensión de las nóminas de trabajo de los campamentos petrolíferos. Repentinamente, dentro de su lógica mercantil, los consorcios han decidido varias veces bajar la producción venezolana y sobre el país llueve la abundosa cosecha de desempleo y de las dificultades financieras. En la otra cara de esa moneda caprichosa encontramos que con la misma brusquedad deciden aumentar la producción hasta niveles adecuados a su sed de ganancias y entonces los yacimientos venezolanos son explotados con un ritmo auténticamente criminal. No hay estabilidad alguna en esta industria fijada y controlada por la voluntad de los magnates extranjeros. Quienes sufren las consecuencias son el hombre venezolano cuyo ingreso oscila con excesiva frecuencia y el suelo venezolano explotado con premura. Si se mantiene el ritmo con que actualmente las empresas saquean el subsuelo venezolano, dentro de pocos años tendremos una colección de huecas cavidades reemplazando lo que hoy son repletos yacimientos.

2. Frente al petróleo se yerguen como remedo de fábula clásica, los restos de una agricultura que se sostiene haciendo penosos milagros de equilibrio. Ciertamente que aún la mayoría de los venezolanos consagran sus energías a trabajar en el campo. Pero las condiciones en que viven quienes laboran en el surco, lindan con la miseria. Las cifras del ingreso nacional tienen sobre la materia el valor de un encendido alegato.

En la industria petrolera, por ejemplo, el ingreso por persona asciende de 13.000 bolívares. En la agricultura apenas alcanza a 1.300 bolívares. En 1936, la agricultura representó el 26% del ingreso nacional. En 1953, su contribución sólo friso en el 13%. Hace

unos 25 años, ya iniciadas en vasta escala las explotaciones petroleras, los frutos criollos de exportación componían la cuarta parte de nuestro comercio exterior. Actualmente es necesario acudir a la lupa para localizar el menguado 2% que corresponde al café y al cacao en nuestras exportaciones. Pero hay todavía más. El censo agropecuario de 1950 tiene contundentes evidencias sobre la ya inveterada crisis de nuestra agricultura. Sus cifras son un verdadero calvario para quien vea los problemas venezolanos con responsable patriotismo. En los principales renglones de la producción agrícola, El Censo acusa disminuciones en el volumen de las cosechas. Para 1937 año que corresponde el censo anterior —Venezuela producía más maíz más café y más leguminosas que en 1950. Trece años de próspera bonanza fiscal y de generosos créditos no han bastado para torcerle a la agricultura venezolana su carrera hacia la bancarrota. Estas realidades, que la estadística recoge en apratada síntesis de números, son sentidas a diario por el venezolano medio en cuya mesa la proporción de alimentos importados ha venido creciendo con sostenida firmeza. En 1937 ingresaron por las aduanas de la república 62 mil toneladas de alimentos. Para 1955, ese renglón arrojó un volumen que excede a las cien mil toneladas. Mientras la población ha aumentado, en el lapso que cubren esas estadísticas, en un 40%; la importación de artículos alimenticios subió en un 700%. La tierra venezolana no puede sustentar ya, ni remotamente, las exigencias alimenticias de la población nacional. Las causas de la decadencia agrícola son fáciles de rastrear. El petróleo ha contribuido, con su desproporcionado auge de gigante, a acelerar el proceso, pero no ha sido el factor decisivo. Las raíces del mal están en la estructura social del agro venezolano. Es ya un lugar común decir que Venezuela es un país latifundista. Un estdio superficial de la realidad agraria de Venezuela confirma la exactitud de este diagnóstico. La gran propiedad predomina, sin alternativas, en casi todos los Estados de la República. Si acudimos a las cifras tendremos, el más acabado pano-

rama de la constitución social del campo venezolano. En el censo agropecuario de 1950 hay suficiente información para quien anhela orientarse correctamente en el estudio de nuestras realidades colectivas. Allí aparece demostrado que la gran propiedad controla el 80% del millón y medio de hectáreas bajo cultivo que posee Venezuela. El número de campesinos sin tierra es impresionante. Según el mismo censo, en un total de 248.000 productores, 140.000 trabajan sobre tierra ajena. Los propietarios apenas alcanzan a 102 mil. Mientras las mejores tierras del país pertenecen a una minoría, vastos sectores campesinos carecen de suelo propio para sembrar. El latifundio en Venezuela produce todo un cortejo de rasgos trágicos. El ausentismo es el más acusado de ellos. Mientras las peonadas se afanan sobre el surco y los aparceros y colonos sobreviven los riesgos de la explotación, el propietario vive en la confianza de que la cosecha traerá beneficios para seguir abonando su regalada ociosidad. Prácticamente la producción de ciertos renglones básicos procede de colonos y aparceros que cultivan tierras ajenas. La encuesta agrícola verificada hace años en los estados Aragua y Carabobo demostró que sólo en los estados de las cosechas en determinados renglones de diario consumo eran recogidas por colonos y aparceros. Si pensamos que hay estados de más elevada densidad latifundista, podemos asegurar que la mesa del venezolano se llena —junto con los productos importados— con frutos sembrados y cosechados por esos millones de campesinos que no tienen derecho a la tierra dentro de nuestra ética organizacional social. El ausentismo sigue siendo el mismo que ya alarmó a Humbolt y a Depons cuando a comienzos del siglo XIX ambos viajeros pasearon su pupila civilizada por nuestro territorio. Todos los vicios del latifundio son muchos y para seguirlos hay que revestirse de paciencia y tenacidad. Su bajo nivel técnico ocupa un rango destacado. Es fácil obtener evidencias que comprueban como el latifundio ha condenado al campo venezolano al estancamiento en sus métodos de producción. Quien tenga la más somera noción de

nuestras costumbres rurales, sabe que en el campo venezolano predomina todavía el atado de los ronzos y la chicura del conquistador español. Habiendo la ventana de las cifras se mide mejor la magnitud del atraso técnico del campo criollo. En el país operan solamente 4.000 tractores. Si comparamos esa cifra con el medio millón de tractores que trabajan en Canadá y los 40.000 tractores que horadan la tierra brasileña podemos derivar justas conclusiones. El riego y el abono, dos armas técnicas que han precipitado el desarrollo de la agricultura en el siglo XX son casi desconocidos en el medio venezolano. Los sistemas de riego contruidos por el gobierno nacional apenas cubren algunas escasas hectáreas. La iniciativa privada no ha pasado en esta materia de las primitivas acequias que datan de los días coloniales. En cuanto a los abonos, sólo en determinados cultivos y en muy reciente fecha se ha introducido su uso regular. Es apenas lógica esta situación de atraso técnico. Al dueño ausentista sólo le interesan las ganancias anuales. A su finca la conocen por las escrituras que garantizan su derecho de propiedad. Y de los cultivos tiene la noción del producto para defender avidamente su parte de león en el reparto anual. En esas condiciones no puede esperarse de él ninguna iniciativa de renovación técnica. El colono y el aparcerero es un miserable ciudadano cuyo trabajo acaso sí produce lo suficiente para no perecer de inanición. No puede tener tampoco capacidad o deseo de innovación quien trabaja sobre suelo ajeno y vive en frecuente trato con la miseria. Del atraso técnico fluye una característica que ya nos está estrangulando. Venezuela es un país que se incendia todos los años cuando se acerca la temporada de las siembras. Rojos lamparones devoran valles y montañas. Árboles y espigas crujen achicharrados mientras la tierra en la fragua del incendio, derrocha sus sustancias minerales. Es el método de trabajo favorito de los colonos y aparceros. Como carecen de herramientas modernas y de recursos técnicos apelan a la alianza del fuego que les prepara el terreno con devastadora rapidez. Y cuando el latifundista los des-

aloja de su pequeño pañuelo, entonces atacan los bosques para plantar sobre sus despojos la casa y la heredad. Millares de aparceros errantes por la acometida latifundista viven incendiando bosques en toda la república. En este peregrinaje va saliendo empobrecida Venezuela. El caudal de nuestros ríos la fecundidad de nuestra tierra y la bondad de nuestros climas van perdiendo anualmente su volumen y calidad a medida que afianza su imperio la oscuridad del incendio periódico. Latifundio también significa tierras ociosas. La gran paradoja del sistema está en que mientras millares de hombres no pueden asentarse en tierra propia, las haciendas latifundistas las tienen en inveterada ociosidad. El censo agrícola tiene guarismos de una evidencia acusadora. Las tierras cultivables del país, sometidas a apropiación individual —alcanzan a unos veinte millones de hectáreas. De ese inmenso globo de tierras apenas están efectivamente cultivadas con plantaciones periódicas o permanentes— aproximadamente un millón y medio de hectáreas. No se crea que estas tierras pertenecen a los remotos confines de la Guayana. Están situadas, al contrario, en el corazón del país, donde millares de venezolanos anhelan un trozo de suelo para estabilizarse y prosperar. Culturalmente, el latifundio significa ignorancia generalizada. Es evidente que dentro de unas condiciones de explotación tan cruda no puede crecer ni propagarse la instrucción entre las gentes. El conuquero venezolano —víctima principal del latifundio— es ignorante porque no puede tener tiempo para abrirse las cerceñas de la mente. Su conducta frente a la naturaleza es la de un animal acosado que se abre camino por la violencia.

La agricultura exhibe señales de progreso —que contrastan con el cuadro de generalizado estancamiento que hemos reseñado— en aquellos cultivos que han sido sometidos a los métodos de explotación capitalista. La caña de azúcar y el arroz, principalmente, han visto expandir las superficies dedicadas a su siembra y los volúmenes de la producción anual. La cosecha del primero de esos artículos representó trescientos

cuarenta y cinco mil toneladas en 1948. 1955 vió beneficiar 1.300.000 toneladas. En el arroz, las cifras correspondientes a los mismos años pasan de 41 mil a 75 mil toneladas en igual lapso. Pero este desarrollo capitalista en el campo —bastante propicio por distintas razones tropieza ya con problemas creados por la arcaica estructura de los sistemas de reparto económico imperantes en el país. En la caña de azúcar se manifiesta dramáticamente el choque de esta nueva fuerza productiva con unas relaciones sociales que no auspician el progreso. La capacidad teórica de molinenda de los ingenios nacionales llega a las 231 mil toneladas de azúcar. Y el poder adquisitivo del país no excede de las 140 mil toneladas. Esa divergencia refleja el estancamiento del consumo en los últimos años. En efecto, el consumo por habitante era de 30 kilos por año en 1946 y en 1950 apenas significó 32 kilos. En el Brasil el mismo factor ha pasado de 22 a 30 kilos en igual período. Y en el Uruguay de 22 a 36. La superproducción azucarera no podrá ser resuelta mientras una política de reajustes sociales no determine el aumento del consumo de las grandes mayorías nacionales, proscritas por la dictadura de todo beneficio. Los índices venezolanos de consumo acusan las enormes injusticias introducidas por el régimen militar. Crece la producción de los artículos sumtuarios en los volúmenes del gasto nacional, pero se estacionan las cifras que corresponden al consumo de bienes indispensables. El ingreso de las clases poseyentes se ha ensanchado notablemente, en tanto que se retrasa la parte inherente al proletariado, los campesinos y los sectores medios.

3. La ganadería venezolana refleja también los vicios de que adolecen las faenas rurales en el país. Los métodos imperantes en los "hatos" ganaderos del llano siguen siendo los mismos que pusieron en práctica los primeros conquistadores españoles. El ganado en salvaje espontaneidad, vagando por las grandes llanuras. La soledad de los rebaños que se desplazan sin más límites que el horizonte va creando en ellos hábitos cerriles que harán de su reducción una em-

presa de cacería. La mayoría de las haciendas ganaderas desconocen principios de higiene, selección y administración que hoy son obligados en cualquier latitud del planeta. Las cercas para la división de los potreros, el mejoramiento de los pastos, el cruce de las razas y la lucha contra las endemias constituyen mitos para grandes sectores de la ganadería venezolana. Como en la época de las guerras civiles, cuando la sogá y la audacia proporcionaban vacunos a las tropas, hoy día esos dos instrumentos siguen siendo el símbolo de nuestras faenas ganaderas. Los resultados de esa incuria se hacen patentes en las estadísticas. La población ganadera del país apenas sobrepasa, en 1955, a la que existía en vísperas de la guerra de la Independencia. Los continuos conflictos armados en el siglo XIX, la rapacidad de la dictadura gomecista a comienzos de este siglo y el primitivismo de los propietarios en todo momento, han condenado a la riqueza pecuaria al estancamiento. Es precisamente en las regiones ganaderas donde se manifiestan con mayor énfasis los vicios del latifundio venezolano. Las extensiones de tierra controladas por un dueño cualquiera son tan dilatadas que nadie podría administrarlas con pleno aprovechamiento de los factores productivos. Distritos enteros —y el dato no es ficción literaria— pertenecen a una sola persona. Esas condiciones han hecho más graves los ya inquietantes defectos de la cría extensiva. Pocas tierras más improductivas existen en Venezuela que las del llano donde campean los hatos de superficie inabarcable. Ni se conocen en el país personas más pobres y enfermas que los peones ganaderos. El bajo índice de aprovechamiento de la tierra y el abandono secular de sus hombres explican el pobre rendimiento de nuestra ganadería. Desde hace aproximadamente veinte años, las cifras de la producción de carne crecen penosamente, pese a que se sacrifican animales de corta edad. La proporción de animales sacrificados en relación con los rebaños que posee el país es de las más exiguas de América. Esa circunstancia determina la mínima dieta de carne que ingiere el pueblo vene-

zolano. Mientras el ingreso por habitante es en Venezuela el más alto de la América Latina, su consumo de carne resulta de los más bajos en el continente.

Socialmente la ganadería ha dado lugar a un tipo sui generis de latifundio que se remota a los días coloniales. El propietario ganadero fue un verdadero soberano en sus posesiones. De esos hatos llaneros salieron los ejércitos en que se distendió nuestro cruento feudalismo del siglo pasado. Los raudillos de la epopeya fratricida fueron hacendados que convirtieron en legiones a sus peonadas para asaltar el Poder.

Durante más de cuarenta años la vida de Venezuela giró en torno a los caprichos y a los intereses de esos hombres que cambiaban la sogá por la lanza para incorporarse a la revuelta. Después, la decadencia de la ganadería, minada por todos sus vicios, y el auge del café y el petróleo desplazaron el centro de la dominación económica hacia otros sectores y la influencia política del caudillo llanero declinó abruptamente. La quiebra histórica de la ganadería a comienzos de este siglo coincide —y el hecho no es casual— con el eclipse del caudillaje regionalista en Venezuela. Ya sin ascendiente sustancial, el latifundio ganadero sigue succionando a la tierra y a los hombres que la sirven. Culturalmente el propietario ganadero es de una ignorancia y de un primitivismo tales que resulta comparable, como estampa humana a aquellos nómadas que poblaron los grandes llanuras del Asia Central. Ese sistema de explotación y el gran azote de las sequías e inundaciones alternativas confieren al problema agrario en los llanos unos rasgos muy peculiares dentro del conjunto rural de Venezuela. Al lado de la reforma en la tenencia de la tierra y principalmente en los métodos de trabajo hay que agregar una política de grandes alientos que salve al llano de su extinción como fuente productiva si es que aspiramos a unificar esa región y a mejorar el nivel de sus habitantes.

¿Por qué perdura un sistema de producción tan arcaico? Ningún espíritu lógico podría admitir que en pleno siglo XX y en un país donde el capitalismo pe-

4. trolero ha asentado complicadas y ultramodernas instalaciones sobrevivan condiciones de trabajo que ya habían envejecido en los días del renacimiento. El gran contraste entre los campamentos petroleras, avanzada del imperialismo extranjero, y la Venezuela rural de instituciones feudales, es la clave de nuestro destino como pueblo. De la solución de ese contraste depende el rumbo que el país tome y la fortuna que podamos alcanzar en la faena histórica de redimirnos.

—Acompañando a la agricultura en la berlina, la industria criolla es también una rama escualida, casi parásita del organismo económico nacional. La prensa diaria es la caja donde resuenan, en planíderas noticias, las dolorosas quejas de nuestra industria. No hay día en que los periódicos no impriman alguna información sobre crisis o dificultades de muerte en alguna rama de la industria. Existencias que se amontonan en las fábricas sin encontrar oportuna salida hacia los mercados. Peros generalizados que cesantean obreros o suspenden el engranaje de las ganancias patronales. Deudas que pesan como lápida sobre las fábricas. Esas son las notaciones que suministra a diario una industria acribillada de problemas. Descubrir las causas de tan grave situación no es empresa que exija muchas dotes de penetración analítica o de erudición académica. En la industria concurren en un marco distinto pero con la misma intensidad, los factores que frenan y deforman el desarrollo de la agricultura. Las máquinas en la inmensa mayoría de los casos son antiquísimas. Los métodos de organización son deficientes. El empresario exagera su sed de beneficios. Y se mantiene apegado a normas de un empirismo desconcertante. Su estampa es la de aquellos capitanes testarudos de los primeros años de la revolución industrial que fueron immortalizados por la pluma penetrante de novelistas e ideólogos. En esas condiciones, la explotación de la mano de obra cobra proporciones que se salen de lo común. Pero a pesar de esta ventaja el empresario venezolano vive acosado en dificultades derivadas del atraso técnico de sus instalaciones. En un mundo dinámico donde los cam-

pios técnicos son cosas casi cotidianas, el retraso de las usinas venezolanas es un premio a las industrias del extranjero. Cada año, las condiciones de la competencia extranjera se hacen más onerosas para la industria nacional. Ya ni el socorrido paraguas del proteccionismo logra salvar a nuestra industria del chaparrón de mercancías importadas que le disputan sus mercados en el país. El caustico proteccionismo nuestro apenas si ha logrado evitarle la bancarrota a algunas ramas de la industria pero no ha podido sanear sus condiciones de trabajo.

La debilidad de la industria venezolana puede documentarse en algunas estadísticas que ha compilado la obra de los organismos internacionales. Dentro del ingreso nacional, la manufactura representaba en Venezuela, para 1933 aproximadamente el 11% si deducimos la refinación de petróleo que es simple apéndice de una actividad orientada hacia el mercado exterior. En Colombia, la industria ocupa el 21% del ingreso nacional. No hay cifras completas para estimar el volumen de los capitales invertidos en la industria ni en su grado de utilización. Pero puede estimarse como índice revelador de ese rubro, el monto de los capitales que se han situado en los últimos años en el área de la industria. En 1953, se invirtieron en la industria 149 millones de bolívares. Y en 1954, 300 sesenta y tres millones, todo en la zona del Distrito Federal. Las inversiones del comercio fueron considerablemente mayores. La ocupación no ha considerado progresos substanciales en los últimos años. El número de obreros y empleados adscritos a las fábricas venezolanas no excede las 200 mil personas. La producción global de la industria, sustrayendo la refinación de petróleo y las construcciones urbanas de carácter privado, acusa un aumento aproximado de un 100 por ciento entre mil novecientos cuarenta y ocho y 1953. Ese índice es ligeramente inferior al de Colombia y supera sólo escasamente al del Brasil, países que confrontaron a partir de 1954 la abrupta baja de los precios internacionales del café lo que golpeó fuertemente el ritmo de su capitalización y la capacidad para

importar igual al crecimiento del ingreso nacional —podría haber aumentado más notablemente su producción industrial si los vicios de estructura de nuestra sociedad no involucrarán una hipoteca permanente a las manufacturas.

A pesar de este cuadro desolador se nota algún progreso en ciertos sectores de la industria. La producción de cemento y de bebidas gaseosas, la construcción de casas y algunos ramos de la manufactura textil acusan aumentos notables a partir de la terminación de la última guerra. Pero ese fenómeno obedece a causas muy específicas que no alcanzan a alterar el estancamiento que caracteriza a la industria en general. Son artículos de lujo o de consumo superfluo, en los cuales rige con menos énfasis la ley de los costos. En esas condiciones, resulta difícil para la industria extranjera realizar una competencia asfixiante.

Ciertas ramas de la industria, por otro lado, se han beneficiado del auge extraordinario que en varias actividades del país ha condicionado el petróleo. La fabricación de caucho y el montaje de automóviles figuran, señaladamente, entre ellos. Los índices que conciernen a esas industrias reflejan espectaculares avances. En ocho veces se ha acrecentado la fabricación de neumáticos entre mil novecientos cuarenta y ocho y 1954. El fenómeno es consecuencia del perfeccionamiento de la red nacional de transportes y de la intensa importación de vehículos. El "boom" de las construcciones, estimulado por el aparatoso despliegue de edificios y avenidas con que ha salpicado a Venezuela la dictadura, ha impreso su huella en la industria que proporciona los materiales para la vivienda o las rutas. En 1948, Venezuela producía cerca de 300 mil toneladas de cemento. Ahora su producción oscila alrededor del millón 200 mil toneladas. Se ha provechado igualmente la industria, de la política de inversiones practicada en Venezuela por determinadas entidades del gran capital norteamericano. La necesidad de aumentar la tasa media de beneficio ha forzado a las empresas menos favorecidas en los EE.UU. por la racha de prosperidad de los años más

recientes a transferir capitales a los países atrasados. Un caso típico puede encontrarse en la industria textil. Esa rama no ha disfrutado en los EE.UU. de las grandes utilidades que acusan los consorcios ubicados en la industria pesada que suministra los bienes de capital y los de armamentos; tales circunstancias han ocasionado una emigración de capitales. Venezuela ha recibido inversiones norteamericanas en la fabricación de fibras artificiales y en la elaboración de artículos textiles. Como consecuencia se advierte en ese sector una doble evolución. Las clásicas hilanderías de algodón —menospreciadas por los inversionistas del extranjero— prosiguen su penosa marcha. En cambio, la fabricación de rayón y los tejidos de punto demuestran un gran ensanchamiento. El contraste puede testimoniarse elocuentemente con el auxilio de algunas cifras. El número de husos empleados en la industria textil de carácter tradicional pasó en Venezuela —ente 1932 y 1952— de 47 mil a 67 mil. La curva correspondiente a Colombia va de 40 mil a 382 en los mismos años. A diferencia de ese cuadro, en la industria textil nueva —que elabora tejidos de fibra artificial o de seda y lana— cuadruplica su producción entre 1942 y 1954.

No es difícil imaginarse por qué la industria criolla es un parásito del Estado. En realidad de no ser por la precaria ayuda del arancel aduanero, fábricas enteras habrían desaparecido en Venezuela. El proteccionismo es para ellas cuestión de vida o muerte. Todos los años sucesivas comisiones de industriales agotan las antesalas ministeriales reclamando aumento de arancel. Incluso ni la protección aduanera es suficiente y ha tenido que inventarse un complicado sistema de subsidios para que señaladas ramas de la industria puedan mantener su acosada existencia. El crédito del Estado, particularmente en los años del régimen revolucionario que dirigió nuestro partido, le fue otorgada a la industria en amplias cantidades bajo generosas condiciones. Pero ni siquiera la renovación de maquinarias y una tímida modernización de los métodos de trabajo, financiadas con la ayuda del Es-

tado, han emancipado a la industria de sus penosas condiciones. Quizás pocos países latinoamericanos han dedicado a la industria proporciones tan altas de dinero oficial. Sin embargo, los resultados son casi desalentadores. Y es que mientras el petróleo ejerza plenamente su influencia deformadora en la economía nacional, la industria marchará sobre muletas.

No todas las ramas de la economía nacional han sido víctimas del abaque-entre-capitalismo-extranjero y atraso criollo. El comercio de importación, es al contrario, el vástago favorito del petróleo. Nada ha crecido tanto en Venezuela como la proporción en que entra el comercio en las actividades económicas... Cada aumento de los embarques de crudo se ve correspondido por la multiplicación de los establecimientos de comercio. Esa estrecha conexión permite afirmar que sólo hay dos curvas que crecen en las estadísticas venezolanas con vertiginosa firmeza, la del petróleo y la del comercio. Los datos de una fuente tan irrecusable como el Banco Central de Venezuela, prueban con aplastante claridad estas apreciaciones. El número de empresas mercantiles se ha multiplicado en el Departamento Federal desde la última guerra. Capitales comprometidos en el comercio doblaron su valor en el mismo período. El volumen de ventas ha sufrido una evolución aún más acelerada. Mientras la industria y la agricultura conocen los rigores del estancamiento, el comercio avanza con profunda rapidez. Este contraste tiene sus raíces en la deformación introducida por el petróleo en la economía nacional. Convertido en el eje indispensable de nuestra existencia el petróleo ha dictado condiciones de vencedor implacable. La paridad del bolívar se ha establecido con la mira fundamental de favorecer los intereses petroleros. Desde hace más de veinte años el bolívar es, simplemente, un conchabado del oro negro. Las características más salientes de este bolívar cautivo constituyen una fuerza que favorece al comercio de importación y golpea con brutal y firme constancia a las actividades productivas de signo autóctono. El bolívar es una moneda cara, do-

tada de un alto poder adquisitivo en el exterior. Pero en el territorio nacional es una esquilada moneda cuyo poder de compra es cada día menor. Dentro de esta paradoja resulta un espléndido negocio adquirir mercaderías baratas en el extranjero para venderlas a altos precios en Venezuela. El comercio disfruta así de una solapada pero efficacísima prima. A medida que el petróleo se va produciendo en mayores cantidades, el comercio dispone de una mas henchida cauda de divisas para llenar a Venezuela con las mercancías que la industria extranjera ofrece para colmar las necesidades o los caprichos de las gentes. Las cifras de importación, impulsadas por la racha petrolera han llegado en Venezuela a extremos que serían grotescos si no es porque amenazan la estabilidad y el decoro del país. Introducimos hasta los alimentos más indispensables y en las aduanas de la república forman cargamentos las chucherías más estrambóticas.

Incluso los gaisteres más caracterizados y las bailarinas más cotizadas desfilan por las ciudades venezolanas, atraídos por el triste prestigio de nuevos ricos que el petróleo nos ha echado encima. Este proceso tiene un beneficiario en el comerciante importador por cuyas manos pasa la avalancha de mercancías que la quiebra de nuestras actividades productivas y el florecimiento del petróleo nos inducen a comprar en el extranjero. La tendencia del comercio a abosorber vitales energías de la colectividad venezolana, se pone de relieve en las cifras del último censo de población. En 1950, fecha de ese censo, trabajaban en el comercio un número de personas representativas del 36% de la población activa del país. Catorce años antes el volumen de empleados ubicados en el comercio apenas alcanzaba al 20% de la población activa. Desde los campos abandonando sus ranchos insalubres y desde las pequeñas poblaciones, desertando de la rutina provinciana, millares de venezolanos se han trasladado a las ciudades para trabajar como dependientes o jornaleros en los almacenes comerciales o para establecerse como dueños de pulperías o botiquines. La

nación de agricultores que fué Venezuela en otros tiempos se va convirtiendo, en una nación de comerciantes. En esta forma se agrava nuestra dependencia como nación, pues el comercio no es una actividad intrínsecamente creadora.

Tal es, en rápido bocado, el panorama de las fuerzas productivas que se mueve en el escenario venezolano. Pero la economía no es un inventario de cosas inertes. La riqueza se produce por el esfuerzo de los hombres para satisfacer sus propias necesidades. La economía es en último término una relación entre hombres. O en otras palabras, las fuerzas productivas engendran relaciones sociales. El panorama de atraso autóctono y de prosperidad ajena que se conjugan sobre el suelo venezolano ejerce profundas influencias en el plano de la vida política y social del país. Es necesario analizar el rol que juegan en la creación y aprovechamiento de la riqueza, los distintos sectores sociales, para llegar a una interpretación cabal de nuestra realidad. Conociendo cuales son las necesidades y anhelos de las mayorías pobladoras de Venezuela tendré un partido político una pauta segura para definir su pensamiento y precisar su acción. Un programa revolucionario que no se inserte en la tierra que no responda a una peculiar vocación nacional o que no refleje los rasgos de un determinado período histórico, será un instrumento ayuno de posibilidades creadoras.

Del panorama económico que hemos descrito se levanta el hecho fundamental de la política venezolana en el siglo XX o sea, la subordinación de Venezuela al imperialismo anglo-yanqui. El petróleo trajo a nuestro suelo la poderosa maquinaria invasora del capitalismo más avanzado. La tremenda preponderancia que la producción petrolífera ha alcanzado en Venezuela pone en manos de los consorcios extranjeros significadísimas armas en el terreno de la influencia política. La primera conquista del imperialismo en Venezuela, lograda antes de que los taladros hundieran sus puntas en la costra de nuestra tierra, fué la sujeción del Estado a sus conveniencias de fuerza ava-

sallante. El Estado Venezolano, manejado cuando llegaron las compañías, por una cfila de caudillos ignorantes, entrega las riquezas nacionales sin regateos. Desde entonces y con la sola excepción de nuestro gobierno revolucionario, los regímenes venezolanos se han desvivido por entregarle a los consorcios del petróleo la llave de nuestros recursos. Las leyes de hidrocarburos han sido reducidas en los bufcetes de los abogados petroleros. Los impuestos al petróleo fueron fijados a la medida de los deseos de ventaja desenfrenada que siempre manifestaron los magnates. Cortes y Tribunales se significaron desde el primer momento por su afán de beneficiar a las compañías aún cuando atropellaron claros derechos nacionales. El Estado Venezolano que fue defendido en otros tiempos por terratenientes doblados de caudillos deviene pupilo del imperialismo. Deformada la economía nacional, la subordinación del Estado a las compañías hace más evidentes, pues el petróleo aporta la casi totalidad de los ingresos fiscales. Y para regímenes democráticos, el apoyo de las compañías es vital. En la Venezuela de hoy, puede asegurarse que un gobierno desasistido de respaldo popular no puede subsistir sin el puntal que otorgan las compañías. De allí que en aras de retroceso político, el vasallaje del país se hace más evidente, pues el petróleo aporta la casi cional, el sistema de impuestos, las leyes sociales y hasta la organización interna del país son establecidas en función de las apatencias que manifiestan los trusts petroleros. Fue nuestro gobierno revolucionario el único que se atrevió a golpear sus privilegios, a emancipar el país de su pernicioso influjo.

El petróleo ni siquiera ha producido en Venezuela eso que comunmente se llama la revolución industrial. Es cierto que la industria petrolera se cumple en Venezuela dentro de las pautas de la más avanzada técnica moderna. Grandes maquinarias trabajan allí. Cuntiosos capitales se han invertido en sus operaciones. Millares de trabajadores se apiñan en torno a los taladros en las duras faenas de la extracción y transporte de petróleo. Pero esa es, en su conjunto,

una actividad ajena al país cuyas energías vienen del exterior y cuyos beneficios los capitalizan personas que residen fuera de Venezuela. Al contrario, ha contribuido a agravar, en la esfera de la producción autocráticos, el apoyo de las compañías en el país. Comerciantes importadores liderizan los que sin la ayuda del petróleo, el Estado feudal que aún nos oprime habría hecho crisis hace ya varios lustros. Porque el petróleo ha proporcionado una bonanza firme y estable el Estado ha podido salvar de su quiebra los archaicos sistemas de producción que rigen en el campo y ha tenido medios materiales para aplastar la creciente marea de las masas que ya en los comienzos de este siglo acusaron signos de descontento beligerante. Desde el punto de vista histórico, puede afirmarse que la penetración imperialista constituye para Venezuela la última etapa del feudalismo. Más aún, el petróleo ha revivido los lazos del coloniaje que la generación libertadora logró abolir en la gesta de nuestra emancipación. En cierto modo, todos los venezolanos somos sirvientes del petróleo porque a esa substancia está hoy íntimamente ligada nuestra suerte colectiva. Y seguiremos siendo víctimas del petróleo mientras el imperialismo tenga posiciones vitales en la economía del país.

Las modalidades económicas que el petróleo ha impuesto en Venezuela, han determinado un florecimiento extraordinario de la burguesía comercial. Hoy día forman los comerciantes importadores el más poderoso de los sectores sociales del país. Su rápida influencia abarca todos los sectores sociales de la vida colectiva. Comerciantes importadores liderizan los organismos gremiales. A través de la banca, que es su compañera de prosperidad, manejan la actividad de pequeños empresarios. La prensa es su apéndice, de lealtad garantizada por la cadena del aviso. La principal fuente de trabajo hoy es el comercio, que como las faenas agrícolas. Reflejo de tan prominente posición en el campo de los negocios es ese celoso

sentido gremial que el comercio Venezolano ostenta. El gran importador tiene noción de su rol de clase privilegiada y trata de imponer los fueros de su superioridad en todos los órdenes de la actividad ciudadana. En las luchas por el control del Estado, el comercio importador es el socio menor pero significativo del imperialismo extranjero. Las principales medidas de regulación económica que han tomado los regímenes reaccionarios que nos vienen oprimiendo casi sin pausa desde tiempos inmemoriales han respondido a los intereses del comercio importador. El libre cambio del comercio exterior, —filtradero por donde se escapa nuestra riqueza— y el liberalismo bonachón que impera en Venezuela constituye el trofeo del importador en su tercera lucha por subordinar a sus conveniencias el aparato del Estado. Consiente y agradecido, el gran comerciante es un aliado fiel del imperialismo petrolero. Sabe que sus espléndidas ganancias están ligadas al mantenimiento de nuestra condición de factoría petrolera que todo lo importa. Una Venezuela decidida a ejercer el control pleno de sus riquezas, reducirá su papel de clase opulenta. El olfato político del comerciante no se equivoca al sugerir estas reflexiones.

Entre lo que pudiéramos llamar las clases dominantes en un país de tan agudos contrastes como Venezuela tiene que haber acusadas diferencias. Esas clases, pese a que ejercen el dominio de la sociedad, no forman un conjunto armonioso e igual. Hay gradaciones en su seno. Ritos dominantes las separan con frecuencia. La mutua desconfianza se desliza en sus relaciones. Las clases dominantes actúan como el bloque granítico cuando afrontan las reivindicaciones populares. Entonces deponen sus recelos internos y salen unificadas a batir al enemigo común. Un movimiento de estirpe liberadora como el nuestro, necesita conocer las diferencias que separan a los detentadores de la riqueza, para que la estrategia frente a ellos tenga el severo realismo de una cruzada justa. Hemos visto ya desfilar por las pistas del análisis a los dos sectores plenamente satisfechos, el im-

perjalismo extranjero y la oligarquía comercial. Ahora derivemos la atención hacia los parientes pobres en el mundo de los privilegiados.

4. La industria nacional, penosamente sostenida en su competencia con la catárala de las importaciones, ha engendrado una burguesía raquítica, timorata y contradictoria. En todas las naciones que se adentran por la ruta del capitalismo, la burguesía industrial lideriza el proceso económico, revistiéndose de audacia en sus propósitos y de firmeza en sus posiciones. El rumbo de las clases dominantes marca el paso que señalan los ambiciosos industriales desde sus fábricas. En Venezuela la burguesía industrial es un pálido satélite de la oligarquía comercial. En las relaciones del comercio y la producción el industrial es el arriado que apenas masculla frases de ruborizada modestia. Su lucha por el alza del arancel, por la protección del estado, concluye siempre con la victoria del rival mercantil que pide libre cambio para abarrotar los almacenes con productos importados. La psicología del industrial venezolano es un mundo curioso, casi conmovedor por sus contradicciones. Sabe que el comerciante es un adversario que se lleva la parte del león en la distribución de todas las ventajas, pero no se atreve a combatirlo abiertamente. Con el complejo de los tímidos, el industrial odia pero teme, detesta pero calla. Sabe, además, que las reformas democráticas beneficiarán sus intereses, que el pueblo sería su aliado en un lucha por la emancipación del país, pero no se atreve a favorecer una política de signo renovador. Con ese afán de ganancias fáciles que caracteriza a los seguidores, la burguesía industrial ha resuelto, en los últimos años, cancelar su inferioridad participando ella también en el comercio. Así vemos una clase bifronte que maneja al mismo tiempo talleres y almacenes. El diferendo con el comercio queda así allanado. Tránsito de su desdoblamiento es la facilidad con que los industriales aceptan las decisiones con que el comercio asegura el éxito de sus más egoístas y excluyentes designios de clase. La burguesía industrial es, en estas condiciones, un ele-

mento inestable. Oscila entre contrapuestos caminos. Frecuentemente se marida con el comercio pero a ratos llega a insinuar, con la inseguridad de quien pisa terrenos peligrosos, aproximaciones a las clases populares. Son contactos rápidos, cautelosos, que se borran con diligencia para no dejar huellas. La burguesía industrial es en Venezuela —en las batallas políticas de nuestra sociedad— la fuerza indecisa que buscará su ubicación definitiva cuando conozca los resultados postreros de la lid. Su debilidad es, mientras el panorama de Venezuela no se aclare, incompatible con la firmeza. El industrial sabe que el petróleo, con su falsa opulencia, es el enemigo de su desarrollo. Pero le intimida la lucha contra un adversario tan poderoso.

Empero, recientes evidencias nos permiten afirmar que la burguesía tiende ya a romper la timidez de su costra política. Algunos de sus personeros manifiestan una actividad que habria sido inusitada hace apenas unos años. ¿Con quién se alinear la burguesía industrial en la cruzada que parece favorecer a sus hombres? Esta pregunta no puede responderse sin hacer previamente un análisis de ciertas circunstancias. Es obvio que la burguesía no creará su propio partido. Primero porque es organización clasista —de empresarios exclusivamente— no tiene asideros en la realidad social de Venezuela. Si resulta imposible un partido del proletariado, más ilusoria es todavía la posibilidad de que surja un Partido de la burguesía, clase que no tiene la mística y el arrojo con que los obreros compensan su debilidad numérica. La ubicación de la burguesía se definirá de acuerdo a la correlación de fuerzas que campe en el panorama nacional. Si el movimiento democrático se recupera en el futuro y adopta una táctica realista, no sería extraño que los timoneros de la burguesía consensiaran entendimientos de signo progresista con las corrientes populares para la democratización del país. En la hipótesis de que los sectores de avanzada prolonguen su situación defensiva y en el plano de la política no despunten elementos nuevos, la burguesía se acogeá

a la prudencia más instintiva, rehusando cualquier gesto que signifique riesgos sin premios de victoria. AD, consciente de la inmensa tarea que las circunstancias han discernido a sus hombres, cree que es conveniente e inaplazable unas tácticas que busque animar y estimular a la burguesía industrial para que se convierta en aliada de la emancipación nacional. Al hacer esta enfática declaración no estamos traicionando nuestros ideales ni sucumbiendo a un quijotismo ridículo. El caso de los países asiáticos —hogares de la trasforación actual— es concluyente en cuanto al rol positivo que sabe jugar una burguesía cuando hay poderosos partidos que la induzcan a afiliarse a la lucha por la liberación nacional. En la India, los grandes empresarios manufactureros han acompañado al partido del congreso con una fidelidad que no se ha debilitado ni en el trance de apovar al segundo plan quinquenal que se encamina hacia el socialismo. En la China los industriales nativos más dinámicos hicieron causa común con el pueblo y ahora concurren a los experimentos de progresivo igualitarismo que allí se escenifican. No es tampoco ilusa la posición del que espera una comprensiva benevolencia por parte de la burguesía industrial venezolana. El desarrollo de algunas manufacturas controladas por el capital doméstico y la industrialización de ciertos artículos agrícolas —la caña de azúcar principalmente— otorga a la burguesía industrial una pazanza que no tuvo en otras épocas y le enciende la codicia política. Aunque no venga a los rangos del pueblo ni alcance una independencia plena, la burguesía hará gran servicio a la revolución simplemente si se desprende del tutelaje reaccionario.

El terrateniente es el representante del feudalismo en el campo venezolano. Empobrecido a la tierra y explota al hombre que la trabaja con tenacidad desahogada. Su sistema de labor mantiene en pie, con vestigio postumo, las relaciones de producción que rigieron en la colonia. Vive un poco a la manera de los barones territoriales de la Europa monárquica, en las ciudades donde es más blanda la vida y más fácil

el vegetar en la ociosidad. En sus vastas propiedades, las personas sudan para arrancarle a la tierra su fruto puntual. La jornada de doce horas, la ausencia de prestaciones sociales, los salarios miserables son las condiciones del trabajador rural venezolano. Pero aún tiene el terrateniente un método más cómodo de mantener su parasitismo social. Abandona la explotación en manos de colonos y aparceros que corren con todos los riesgos de la siembra, a cambio de una magna participación en la cosecha. El colono o aparcero adquiere la semilla, acompla los instrumentos de trabajo, labra la tierra y recolecta la cosecha. Pero el terrateniente recibe en la distribución de beneficios, la parte del león. Esta arcaica organización mantiene vigentes la miseria extrema de las masas rurales y la pésima explotación de la tierra, vicios fundamentales de nuestra agricultura. Mientras una minoría de señores parasitarios de grana la molice en las ciudades, millares de auténticos siervos de la gleba escaraban infructuosamente el suelo venezolano. La contradicción social más honda es esta que se vive en los campos. Casi resulta sarcástico que un hecho tan espantoso sobreviva en plena edad de la emancipación humana. Quizás el petróleo suministrando insólito poderío al Estado y trasladando a la minería al eje económico del país, a permitido la prolongación de semejante anacronismo. El terrateniente es, entre las clases acomodadas del país, el de sentimientos políticos más beligerantes. Su filiación toca siempre los extremos del más encendido ardor reaccionario. Ideológicamente sus anhelos piden la espada de un "césar democrático" que "disciplina al país con los consabidos instrumentos de la cárcel y el destierro". Nuestras crónicas disdicitaduras reclutan en los terratenientes sus más fieles seguidores y reciben de su primitivo credo político la inspiración más resuelta. Mientras el industrial de las ciudades es un liberal comido de vacilaciones y el importador un reaccionario que sabe ser flexible cuando las circunstancias lo amenazan, el terrateniente se encrepa en actitud de permanente pelea contra lo que su léxico medieval llama "los avan-

ces de la chusma". La decadencia de la agricultura ha mellado el poder político de los terratenientes, pero su intransigencia de cancheros sigue montando guardia en defensa de la injusticia. La influencia del terrateniente es más visible en los círculos de la política regional donde prevalecen los compadrazcos. Allí maneja, con desenfadadas manos de dominador, todos los resortes del poder público. La represión en provincia ha tenido siempre en esta clase social un brazo ejecutivo.

6. Pero el terrateniente no prevalece solo en el medio rural. Por extendido que se encuentre en Venezuela el latifundio no podrá arrogar en todo el campo venezolano. Más allí, de la codicia de los acaparadores de tierra ha subsistido toda una capa de pequeños y medianos propietarios que pugnan por renovar los métodos de trabajo rural en Venezuela. Entre los sectores acomodados del país, ninguno tan tenaz y progresista como esta pequeña burguesía campesina que lucha contra los obstáculos situados en su camino por la deformación de nuestra economía. Las pocas máquinas de que dispone el campo venezolano pertenecen en buena parte a estas gentes. La variante racionalización de cultivos, el trato más cordial a los peones, la diversificación agrícola son las ejecutorias hasta ahora limitadas de su iniciativa, pero no por ello inaptas para demostrar las posibilidades de progreso que el país tiene en el seno de esta clase social.

7. El petróleo no ha aportado en el plano de las relaciones de producción, un fortalecimiento en los sectores dominantes cuya influencia mantiene en pie todavía al despotismo político y a la opresión social, que han oscurecido la marcha de la historia en Venezuela. Pero la tesis engendra la antítesis con automática presteza. En los campamentos petroleros, ha crecido un proletariado poderoso que ya ha cumplido jornadas de brillante trascendencia en los registros de nuestras luchas sociales, y que es la mayor reserva de la democracia venezolana. El proletariado petrolero es escaso en número —sólo 30 mil personas

lo componen— pero de una homogeneidad de pensamiento y dotado de una conciencia política tan clara que le dan perfiles de vanguardia. Esta sobresaliente capacidad de los trabajadores del petróleo es fácilmente comprensible por quien recuerde que los talleres constituyen la más grande industria existente en Venezuela. La concentración masiva en los campamentos, la difusión de la cultura y el progreso de la sindicalización, han hecho del obrero petrolero un ser superior en el panorama de la sociedad venezolana. Su conciencia de defensor del país ante la agresiva penetración del capital extranjero, le presta ese coraje rotundo con que ha cumplido sus compromisos políticos. Disciplinados en el trabajo, firmes en la pelea, afanosos en el aprendizaje y perseverantes en su desarrollo, los hombres de los campamentos están haciendo historia ejemplar. El auge de la industria hasta llegar a los dos y medio millones de barriles que produce diariamente en la actualidad, ha magnificado el papel que juega el proletariado petrolero en la economía del país. Desde 1945 se ha duplicado el número de tratrabajadores del aceite. Sus sostenidas reivindicaciones han aumentado su poder de compra. El sindicalismo —aunque destruido por la represión policial— ha avivado entre ellos la conciencia de clase. Pero la máquina del petróleo, ha forjado otras industrias en Venezuela y ha desatado el huracán de las importaciones distribuidas por poderosas casas de comercio. En tales industrias, trabajando como operarios y en estas casas de comercio, sirviendo como jornaleros, decenas de miles de venezolanos, que ayer vivían en los campos o en las pequeñas poblaciones del interior, engrosan ahora las filas del proletariado urbano. Cuatrocientos mil trabajadores servían en la industria para 1950; el número de trabajadores enganchados en las tareas del comercio y en los servicios de la administración pública —cuya magnitud precisa no se conoce— debe contarse por decenas de miles. En la esfera política el hecho sustantivo en que Venezuela se ha proletariado en una medida que resulta inusitada para quien hubiera analizado nuestra estructura

social en 1940. El afiebrado crecimiento del petróleo y su secuela de importaciones en masa, expansión del poderío del Estado y surgimiento de la inflación monetaria han insertado en la economía capitalista, como fuerza de trabajo a incontables venezolanos que ayer vegetaron en la rutina de la producción artesanal. El proletariado es la clase de más vigorosa dilatación en la Venezuela de los últimos años, su porcentaje dentro de la población total ya es impresionante en un país que todavía arrastra cadenas de atraso feudal y de tutelaje imperialista. El agudo contraste entre el creciente poderío del proletariado y la persistencia de los vestigios feudales plantea para Venezuela un áspero problema cuya solución no podrá nadie retardar. Para un teórico de gabinete sería increíble que pueda sobrevivir en un mismo país sectores sociales de tan contrapuesta sensibilidad y de tan excluyentes aspiraciones políticas. Sin embargo un partido como el nuestro, que por ser de masas conoce ultimamente las grandezas y debilidades del pueblo, sabe que la proletarianización ha sido un fenómeno de ensanchamiento numérico pero no de madurez integral. Esos miles de trabajadores recién reclutados por la industria no exhiben todavía una despierta conciencia y demuestran un espíritu desvelado que caracterizan a la clase obrera.

La industria, y el comercio en cierta medida, no han llegado en Venezuela al grado de concentración en el cual puede congregarse a miles de trabajadores en un solo establecimiento, donde la camaradería masiva y el fortalecimiento humano desarrollan en cada espíritu las mejores dotes de solidaridad en la lucha y ansiedad en las aspiraciones. Quedan en nuestro proletariado incontables rezagos artesanales y remiscencias de la vida campesina que sólo una transformación más acelerada de nuestra economía y una educación sindical oportuna, conseguirán extinguir en lo futuro. Pero a despecho de esas debilidades, los trabajadores son ya en Venezuela el motor de la lucha social y toda emancipación que no consulta sustancialmente sus anhelos será una vacía ficción.

8.

Nuestro campesinado es, desde luego, la clase más explotada. Tiene una brillante hoja de inquietud revolucionaria que va en la historia, hasta las remotas sublevaciones de peonadas en la Colonia, y culmina en la atormentada búsqueda de justicia tras el caudillo de nuestras guerras civiles. Las dictaduras del pasado se establecieron, fundamentalmente para ahogar la inextinguible vocación de peones del campesino sin tierras. El terror de los jefes civiles y la aparición de la carretera en una Venezuela de fachada menos injusta, doblegaron las insurgencias rurales pero no consiguieron apagar el cálido ideal de justicia que —como sueño irrenunciable— siguió alumbrando la conciencia de peones y colonos. En Venezuela nunca ha logrado el sistema feudal de latifundio arraigar la masas campesinas en el respeto sacrosanto y resignado a las formas de propiedad que se observa en otros países de similar condición social. Las relaciones de producción del campo venezolano están calculadas para operar —mediante el embrutecimiento— la sumisión animal de los desposeídos. Sin embargo, en las peores épocas de represión policial, el campesino no ha depuesto su ancestral afán de protesta. No puede extrañar a quien conozca nuestra historia el hecho de que los campesinos se incorporan con puntualidad puntillosa a la lucha política desde que la desaparición de la dictadura gomecista disipó las tinieblas del miedo colectivo. Desde entonces se ha sufrido una evolución en el campo que coloca la correlación de fuerzas ante nuevas perspectivas. Ha disminuido la proporción de campesinos en la población nacional. No tiene, pues a la luz de este dato el campesino, la importancia primera que jugó en el pasado. Pero a cambio de este retroceso numérico, sus filas conocen ahora una capacidad de disciplina que no ostentaron nunca sus antepasados. El hecho capital es que en la revolución de octubre —con su secuela de inquietud política— rompió la barrera que separaba el campo de la ciudad, el hombre rural desde entonces, se incorporó a movimientos políticos de alcance nacional y las relaciones de producción establecidas por el latifundio sufrieron el primer

ataque serio con la actividad de los sindicatos campesinos. Hoy no tiene Venezuela en el campo aquellas muchedumbres primitivas que llenaron su historia. Hay en su lugar campesinos conscientes que han depurado ideales y conciben sus necesidades políticas. Centenares de sindicatos, y cooperativas mantienen esa escuela de perfeccionamiento en la lucha. Hasta en apartadas regiones donde la latifundio operaba sin esenciales peligros, ya brota la reivindicación campesina como severo desafío a la iniquidad. La Venezuela rural sigue siendo, con este proceso de adaptación de sus hombres, un actor en el drama de nuestros conflictos, el campesino no es una clase homogénea. Entre sus filas, el sector más firme es el de las peonadas de las grandes haciendas donde hay ya indicios de mecanización y la concentración de mano de obra ha hecho progresos de alguna importancia. Entre las peonadas tiene el sindicalismo rural sus mejores adeptos. En rigor es un proletariado del campo aunque todavía poco desarrollado numéricamente pues la gran explotación con visos capitalistas es una curiosidad en la vida rural venezolana. Hay también las peonadas de la típica hacienda latifundista que son —comparativamente— escasas por la conocida tendencia del latifundio a limitar las necesidades de mano de obra. En este sector es donde la incorporación del campesino a la lucha activa ha encendido más resistencias. La tesa concepción feudal que caracteriza al terrateniente ha pretendido ser barrera de intransigencia sin otro resultado que el recrudescimiento de la tensión social. El aparcerero y el colono forman la mayoría de la población rural venezolana. Su actividad económica engendra en él distintas posiciones en el panorama de las relaciones de producción. El conuco es su medio habitual de trabajo. Sobre la tierra ajena se vincula al terrateniente por la cadena del contrato que lo obliga a correr con los riesgos de la siembra —tan graves y frecuentes donde la agricultura no dispone de riego— sin obtener la plenitud de los beneficios. De sus continuos fracasos sobre el miserable pañuelo del conuco viene la condena de las deudas con el due-

ño de la tierra por los suministros que recibe de ésta para mal apagar las urgencias del hambre. El colono se conchaba como peón para pagar esas deudas, de donde resulta que su trabajo es casi igual al de un esclavo. De allí que no haya un venezolano más de pauperado, enfermo y explotado que el conoquero. Si recordamos que sobre el conuco trabaja la mayoría de los 2 y medio millones de venezolanos que viven en el campo tendremos el cuadro justo de nuestro más crudo drama social. En este medio de injusticia extrema ha prendido por fortuna la protesta social. Pero el campesino, por su heterogeneidad y su dispersión es una fuerza colectiva que no tiene, en la decisión de los destinos de Venezuela el rol principal. Es un aliado valeroso de las clases trabajadoras de la ciudad con un carácter sólo complementario en la lucha de la emancipación nacional.

9. El panorama de relaciones sociales que hemos trazado, se complica por la inserción entre los campos extremos, de una numerosa clase media urbana de inestable posición y de contradictorias tendencias. La transformación introducida por el petróleo ha hinchado las filas de la clase media. El mismo petróleo reclama una legión de oficinistas. El Estado, en su expansión necesita, con persistencia creciente equipos de funcionarios especializados. Las Universidades Venezolanas arrojan año a año, progresivas hornadas de profesionales. En el comercio y en la industria infinidad de pequeños empresarios con capitales incipientes y trabajando ellos mismos en las faenas del negocio, forman una clase media que no alquila sus fuerzas de trabajo. En esta vasta tropa que es nuestra clase media, es donde se ha operado —y se operan a diario— las transformaciones más súbitas, pues sus gentes reciben directamente la influencia de las corrientes que predominan hoy en la sociedad venezolana. Entre la clase media con instrumentos de producción —pequeños comerciantes e industriales— viene afirmándose un proceso de ascenso continuo. El fabuloso "boom" petrolero ha creado mucha fortuna repentina en Venezuela. Modestos tenderos de hace 10 años tienen ya negocios

de importancia más o menos prósperos, una novísima capa de mercaderes sueña ya —con audacia comprensible— en arrebatarle el liderato económico a las tradicionales firmas de nuestra burguesía comercial. Estas gentes encendidas por el arribismo social son las fuentes humanas que convierten a Caracas en un gigantesco bazar. Derrochan automóviles, erigen complicados palacetes residenciales y son eco dócil de cuanto moda de exportación engendran los fabricantes yanquis para halagar la vanidad de sus clientes de ultramar. Psicológicamente el nuevo rico venezolano es un inestable. Su origen popular y sus compromisos con las fuerzas democráticas son tan recientes, que no pueden eludirlos. Pero el afán de poderío y sus relaciones con un mundo donde la moral se deshace con las aguas de la complacencia, lo empujan hacia la trinchera opuesta. La tendencia a lo extravagante produce el hecho insólito que es justamente en esta pequeña burguesía de tenderos donde las ideas e ideales que el imperialismo yanqui con calculado propósito de colonización mental, infiltra en Venezuela, tengan sus mas arrebatados partidarios. De este sector viene también un creciente entusiasmo por el mesianismo de los gobiernos de fuerza. Si el empuje petrolero prosigue en el futuro y con él siguen llenándose nuestros almacenes con fáciles mercancías de importación la pequeña burguesía comercial saltará al campo reaccionario en busca de méritos para aquilatar sus debilidades de recién llegada, pero a cambio de esta baja que sufrirá el movimiento democrático, la misma clase media nos ofrece el resarcimiento de los cuadros de la intelectualidad ahora más que nunca identificada con los anhelos del pueblo. El intelectual venezolano —maestros, estudiantes, escritores y profesionales— danzó durante muchos años en el trampolín de la indecisión. Los escritores en general, hacían el papel de curiosidades burocráticas poniendo en refinada prosa las arbitrariedades de nuestros gobiernos personales. El profesional medio refugiaba su indiferencia en un apolismo alcahuete. Sólo estudiantes y maestros tuvieron siempre una recta beligerancia en la

zona de la vanguardia democrática. La dictadura —y su amo el imperialismo extranjero— han lanzado hacia los campos del pueblo a muchos intelectuales que ayer silenciaron su conciencia en la comodidad del aislamiento individual. Hoy es más honda la convicción democrática y más audaz la aspiración revolucionaria de estudiantes y maestros. En esta clase media tiene el pueblo un Estado Mayor intelectual su significación capacidad y meridiana solvencia.

De este panorama apurado pero exacto, surge el neto origen de la presente situación venezolana. La dictadura militar que nos acosa de muerte y deshonra a la República, es simplemente la forma extrema de la guerra que han declarado al pueblo venezolano de la guerra que han declarado al pueblo venezolano sus enemigos históricos. Sería cándido creer que los intereses imperialistas —tan poderosos e influyentes— en el país iban a tolerar el ascenso de la democracia en el país iban a tolerar el ascenso de la democracia si nos oponer sus conocidas armas del estímulo a la conspiración reaccionaria. Durante tres años —siendo gobierno la gente de nuestro partido— el imperialismo hizo discretos pero sostenidos esfuerzos por regresar a Venezuela a los tiempos del vasallaje semicolonial que desaparecían en un pasado sin retorno si la revolución democrática iniciada el 18 de octubre de 1945 remataba en fructífera consolidación. Las armas ideológicas para la cruzada contra la revolución las proporcionó —sin posible duda— el círculo dirigente de los intereses extranjeros invertidos en Venezuela. Esa atmósfera de represalias que la reacción logró imponer en la vida pública venezolana en los años de gobierno democrático tenía su horno más encendido en las oficinas de publicidad de las compañías petroleras... Los agentes de esa campaña contra la Nación fueron las viejas clases oligárquicas que sentían amenazado de muerte su tradicional predominio. En esa maquinaria de desorientación que es la gran prensa, puso el alto comerciante —que maneja a los periódicos por la cadena del anuncio— el fuego de barraje de la calumnia y del escándalo. El latifundista suministró sus peonadas más dóciles en las escaramuzas parroquiales. La alianza tácita de estos intereses

*Op.
época de
la tri-
tadon
de P.G.*

produjo el 24 de noviembre, moviendo los resortes de un ejército que ha querido convertirse en el más celoso agente del feudalismo venezolano. Veían el empuje de un movimiento obrero cuyas reivindicaciones eran campanadas de temprana liberación. Vislumbraban en el próximo horizonte de los hechos en marcha, un campesino con la pupila abierta. El espanto se apoderó de la podrida Venezuela que empezaba a declinar y la llamada al ejército no fue sino el resultado final de un trabajo emprendido en los albores mismos de la Revolución. Es fácil traer pruebas para demostrar como la dictadura fue el fruto del pacto sagrado de esos sectores. Para comprobar la ingerencia del imperialismo basta recordar como la gran prensa norteamericana agitó contra Venezuela durante los años de gobierno democrático buscando formarnos un cerco de hostilidad internacional y aportando singularmente el asidero de estímulo que los reaccionarios criollos necesitaban para desentumecer su espantada voluntad. Muchas injurias estamparon los periódicos yanquis en esa época contra el "ensayo comunista" de Venezuela. En un país cuya gran prensa poco se ocupa de América latina esa pertinaz preferencia por Venezuela tenía raíces en los bien conocidos Círculos del petróleo. Y dentro de Venezuela, la red de influencia que manejan las empresas acéiteras, se disparó hacia la solapada destrucción del gobierno popular. Apenas instaurada la dictadura, pudo el pueblo venezolano ver como detrás de los sargentones alzados estaba la conjura reaccionaria. En los primeros días, la prensa llenó sus páginas con la literatura de comerciantes y terratenientes ansiosos de patentizar su respaldo al "gobierno de salvación nacional", que hacía sus aparatosas entradas en las galerías del dolor venezolano. En los primeros tiempos de la dictadura las voces de respaldo fueron insistentes pero cautas. El golpe de estado era un paso arriesgado en medio de un pueblo adicto a las instituciones democráticas. Nadie sabía como iba a terminar el desafío formulado al pueblo el 24 de noviembre de 1948. La prudencia aconsejaba a los reaccionarios ponerle gasas de dis-

creción a su alegría. Pero enfilado el terror dictatorial hacia el aniquilamiento de la resistencia popular, el miedo de la oligarquía ha ido cediendo. Ya sus hombres han ingresado al gobierno para juntarse allí con los bárbaros uniformados y con los mujiquitas de alquiler. Es innecesario seguir invocando ejemplos. La situación dictatorial fue fruto de esa alianza reaccionaria.

El dilema que tiene el país planteado es tan claro como dramático, o nos hundimos en la condición de tribu hacia la cual nos lleva el paso de la tragedia o recuperamos la categoría de Nación con atributos soberanos. En ese dilema AD tiene su posición insipida en los preceptos de su doctrina.

Creemos que en Venezuela está planteada, con implacable urgencia, la revolución democrática. Es el único camino que nos permite disipar la pesadilla actual y recuperar las horas que le hemos entregado al retroceso durante el imperio de la dictadura. Pero la revolución democrática no es una simple consigna, buena para enfervorizar gentes en una pelea decisiva contra la barbarie. Más que grito emocional para multitudes ansiosas de combate, la revolución democrática es un concepto teórico. Necesitamos precisar pues, el alcance, los procedimientos, las fuerzas sociales y los objetivos que caracterizan a la revolución democrática en Venezuela. Implantar un régimen de libertades públicas con plena sanción del principio de la soberanía popular es el primer objetivo de la revolución democrática.

El principio de la soberanía popular reviste para nosotros los revolucionarios un aspecto distinto al que mereció en el pensamiento de los liberales. La soberanía popular significa para nosotros, el ejercicio del Poder Político por las clases explotadas de obreros, campesinos y hombres de la clase media. El pueblo no es esa masa amorfa, un poco romántica que concebían los liberales sino un conjunto de zonas diferenciadas. La revolución democrática llevará al control del Poder a las clases que están interesadas en modificar la estructura económica del país y a eman-

IV-

Pa. 10

10111

11011

11011

11011

11011

11011

11011

11011

11011

11011

11011

11011

11011

11011

11011

11011

11011

11011

11011

11011

11011

11011

54

ciparlo de la penetración extranjera.

3. Pero a la oligarquía no basta arrebatárle por la fuerza el ejercicio del poder. La democracia, como juego de libertades públicas y baluarte de los derechos populares, exige la transformación inmediata de todos los resortes que garantizan el funcionamiento ordenado del poder. Entramos a plantear el problema del ejército principal garantía armada del poder. Es evidente que en Venezuela el ejército ha llegado a constituir una fuerza política. Desde el 18 de octubre de 1945, sus honores vienen interviniendo abierta o veladamente en las disputas políticas de la nación. El 18 de octubre aliados a nuestro partido oficiales de las últimas promociones liquidaron las crisis planteadas entonces y se convirtieron en garantes del ensayo revolucionario que entonces se inició. Las medidas de la junta revolucionaria de gobierno tuvieron el acatamiento entusiasta del ejército. La convocatoria a elecciones de las cuales surgieron la Asamblea Constituyente y el primer presidente democráticamente elegido en la historia de la República fue vocado como consigna propia por destacados representantes del Ejército. Medidas más audaces en lo político o en lo social, como la creación del Jurado de Responsabilidad Civil, la Ley de la Reforma Agraria y la Política Petrolera fueron presentadas como aspiraciones propias por connotados voceros de las Fuerzas Armadas. Y el golpe del 24 de noviembre de 1948 fue realizado en nombre del ejército. En todas las actuaciones de la dictadura sus portavoces comparecen ante la Nación como órganos autorizados del Ejército Nacional. Más aún, la dictadura no hubiese podido sostenerse sin el respaldo activo o pasivo de las Fuerzas Armadas. Desasistida de todo apoyo de opinión, la dictadura habría sucumbido sin el concurso de las bayonetas. Para un partido revolucionario como AD es inaplazable analizar entonces la situación del ejército. Cualquiera observador de la vida política venezolana ve claro que las instituciones democráticas no pueden sostenerse mientras el ejército sea una fuerza tan veleidosa como determinante en las luchas domésticas de la

55

Nación. Venezuela estaría condenada dentro de tan peculiares circunstancias, a convertirse en un verdadero feudo sin leyes, sin estabilidad y sin rumbo definido. El golpe de estado periódicamente repetido es una de las formas, quizá la más segura, para matar las instituciones republicanas. Las clases reaccionarias, conscientes de su debilidad política se han dedicado a cultivar en el Ejército un instrumento de dominación. Sedicientes teóricos de la dictadura han desmolido la teoría del "gendarme necesario para legitimar el imperio de la opresión". Se les sumó para legitimar el imperio de la opresión. Se les sumó a los hombres de las Fuerzas Armadas que quiere a los hombres de las Fuerzas Armadas que Venezuela es un país levantisco, necesitado del duro gobierno que ejercen las dictaduras más represivas. Frente a esta tesis los partidos revolucionarios deben enarbolar la suya hablando claro acerca de las funciones del ejército de toda comunidad civilizada. Venezuela es un país incontestablemente maduro para el ejercicio de sus derechos democráticos. La prueba es que dió el 30 de noviembre de 1952, derrotando en serena justa cívica al aparato policial de la dictadura es de las que no admiten ninguna clase de réplicas. El ejército es simplemente una institución destinada a defender la soberanía nacional y amparar con sus armas las decisiones del pueblo. Las leyes surgidas de la voluntad popular son su guía y su límite. Esta es la teoría aceptada por todas las comunidades democráticas del mundo. Darle al ejército atribuciones de árbitro político es mantener una sorda guerra. Porque la fuerza es una provocación que ningún pueblo puede tolerar. La experiencia de las dictaduras militares demuestran además que la fuerza desasistida de derecho triunfa sólo transitoriamente. A la postre las clases populares terminarán por imponerse. El ejército venezolano, juzgándolo a la luz de las realidades políticas, ha sido penetrado por la intensa inquietud que viene dominando al país desde que la Revolución de Octubre llevó la discusión política a todas las esferas de la opinión. Aunque la dictadura, con la activa complicidad de las fuerzas reaccionarias,

hayán pretendido elevar una barrera de aislamiento entre el ejército y la nación, el clamor de la calle repite al mismo división que hoy separa a los venezolanos en dos bandos irreconciliables. Hay oficiales de notorias simpatías hacia la dictadura cuyo ideal es la persecución y el desenfreno en el ejercicio del poder. Pero hay también oficiales que miran con estupor o con vergüenza el drama de la Nación y sienten sinceros temores por el futuro de una institución tan comprometida por la dictadura. Hasta ahora la camarilla de oficiales identificados con los métodos de terror ha logrado, por el acaparamiento de las posiciones de mando y por las armas del espionaje y el soborno, garantizarse la obediencia de sus camaradas. Es deber de los sectores democráticos y especialmente de nuestro Partido demostrarles a los hombres intachados del Ejército que su porvenir como miembros de una institución usada por la dictadura para mantenerse en el Poder, es de los más sombríos. Ellos terminarán convirtiéndose en simples agentes de policía o en menospreciados burócratas en las manos inescrupulosas de los jefes del gobierno. Hay que demostrarles también en su posición de ciudadanos conscientes está al lado de la Nación. No puede haber en esta materia vacilaciones que nos defengan a la hora de explicar los problemas del país y la peculiarísima posición que ante ellos deben tener los que dentro de las fuerzas armadas guardan rescoldos de dignidad cívica. Si la cruzada contra la dictadura es de carácter nacional, si el Partido debe asumir la función de abanderado de todas las clases y sectores que anhelan la revolución democrática sería tonto desdeñar a los oficiales que por mentalidad o por temperamento se sienten solidarios de la angustia popular.

No basta, para la seguridad de un régimen popular, que oficiales de mentalidad democrática asuman el comando de las Fuerzas Armadas. La experiencia del 18 de octubre es irrecusable. En esta fecha los hombres más democráticos del ejército asumieron el control de

la Institución para respaldar una política de signo revolucionario. Sin embargo, tres años más tarde, la camarilla reaccionaria asestó su golpe al régimen popular. Esta experiencia nos obliga a declarar que no es admisible mantener dentro de las Fuerzas Armadas a personales de manifestadas tendencias reaccionarias. El futuro del sistema democrático exige que desaparezcan de los cuarteles los hombres del temperamento prusiano que siempre aconsejarán el momento de mover sus bayonetas contra la nación. Los métodos educativos dentro del ejército deben de sufrir una honda modificación para ponerlos a tono con las necesidades democráticas de la república y con las exigencias de los tiempos. En las escuelas militares debe predicarse la tesis de que el oficial es un ciudadano sin privilegios, igual en derecho y en aspiraciones al resto de los venezolanos. Y decir que el ejército es un instrumento de la nación que tiene por guía e inspiración el interés de las mayorías ciudadanas. Es indispensable desarraigar con insistente prédica diaria el evangelio reaccionario del ejército providencial, suerte de tutor del país, que se ha venido proclamando desde que Juan Vicente Gómez decidió crearse una institución armada a su imagen y semejanza. La misma disciplina, entendida como subordinación ciega, que convierte al hombre en autómatas sumiso, habrá de sufrir modificaciones para compaginarse con la consigna del ejército ciudadano. Disciplina es sujeción consciente, coordinación de voluntades para fines superiores. El otorgamiento de derechos políticos a los oficiales es una consigna que pide las condiciones del país. El despertar de la conciencia nacional resuelta ese encasillamiento a que se ha sometido al Ejército, segregado de la inquietud colectiva y sin otro rumbo que sus deberes gremiales. Cuando los miembros de las Fuerzas Armadas tengan las mismas prerrogativas políticas que los otros venezolanos, la idea de dirimir por la fuerza las controversias ciudadanas terminará por extinguirse en una atmósfera de robusto civismo. El ejército ha de ser, finalmente, una institución de trabajo, orientada hacia la colonización de las zonas fronterizas donde

58
millares de hectáreas aguardan el momento en que el esfuerzo del hombre las incorpore al patrimonio nacional. Nuestra soberanía estará mejor resguardada el día en que cese la soledad de las fronteras porque es ya un axioma de la estrategia militar moderna que la defensa no puede ensayarse con éxito en regiones desérticas que son un obstáculo más que una ventaja. En la industria y en la agricultura, también tiene promotores horizontes un Ejército emancipado de coyundas personalistas y puesto al servicio de la Nación.

4.
En la vida pública venezolana hay que dictar medidas que erradiquen las raíces de la dictadura, previniendo para siempre ese retorno al despotismo que ha arrojado nuestra historia. La tarea es tanto más urgente cuando que, por una explicable ley sociológica, las dictaduras vienen ostentando en Venezuela una creciente brutalidad. Como si quisieran batir records, los sátrapas se esmeran en eclipsar a sus antecesores en dureza y en falta de escrúpulos. La dictadura de P.J. ha sido mucho más sanguiñaria que la de Juan Vicente Gómez y esta superó largamente todo cuanto del país contempló en el siglo pasado que no fué propiamente ejemplar. La democracia no puede ser en Venezuela un sistema de circunstancias llamado a prevalecer, como lampo, entre dos 'apagones históricos'. Necesitamos fortalecerlo para que persevere y se convierta en el modo de ser de la nación. En las actuales condiciones es a aspiración mayoritaria del país —tener su régimen democrático al amparo de las asechanzas del retroceso— exige determinados requisitos que nuestro Partido no quiere silenciar, así malogremos con la sinceridad algunas expectativas verosímiles en el terreno de la táctica. Preferimos ver instaurado en Venezuela un perdurable gobierno democrático al triunfo pirrónico de un rescate de la soberanía popular que no se acompañe con un mínimo de garantías razonables.

a)
En primer término, se impone el castigo implacable a quienes han robado y envilecido a la República. La democracia Venezolana tiene que juzgar a

59
los 'prevalicadores' y usurpadores que detentaron el Poder con que los pueblos de Europa reprimieron el crimen de la colaboración en los años de la última guerra. Si hemos sido virtualmente ocupados por una orgullosa camarilla que ha convertido a Venezuela en propicio feudo, el remedio es que se aplique a ese delito, no puede apartarse de los cánones que sancionó la justicia universal cuando el fascismo fue conducido al banquillo de los acusados. La devolución al Estado de todos los bienes que ha cosechado la codicia de los altos funcionarios de la dictadura es una obligación insoslayable para cualquier régimen que en el futuro demuestre el menor apego a las normas de la decencia política. Pero no basta el castigo pecuniario porque los crímenes que se han cometido en Venezuela no se han circunscrito a la apropiación de los dineros nacionales o al tráfico más desvergonzado al amparo de la influencia oficial. Hay que se aplique a ese delito, no puede apartarse de la legislación de los pueblos civilizados establece contra quienes asesinan, torturan, degradan y humillan a las colectividades. En las penitenciarías deben purgar, porque son criminales de derecho común, sus excesos los dirigentes del presente régimen venezolano. No existen dificultades de raigambre jurídico para cumplir este propósito, ya que ha sido tan monstruosa y repleta la cantidad de los delitos que se acumulan en el prontuario de la dictadura que las leyes más generosas tendrían implacable sanción para ellos. En el plano de la política se hace ineludible el cercenamiento permanente de todas las personas que han desempeñado cargos de significativa conducción en los cuadros de la dictadura. Para evitarnos reincidencias alentadas por la lenidad, la prudencia nos aconseja negarles todos los derechos políticos en forma permanente a esos sujetos que confunden la vida pública con las selvas donde impera la ley de la venganza primitiva.

4.
La voz del pasado venezolano nos dice que un régimen democrático ha de disfrutar de ciertos instrumentos represivos para contrarrestar y vencer las

ansias de perpetua revancha que alimentan las minorías que consideran al país como predio privativamente suyo. Esa circunstancia venezolana tiene confirmaciones universales. En ningún país de la tierra, la democracia llegó a asentarse mientras la sociedad no concluyó de asimilar los rezagos feudales que pugnaban por imponer sus aspiraciones. Ni en Inglaterra ni en Francia —países modelos para las teorías que alaban a la democracia individualista— el ejercicio de las libertades se consiguió bruscamente. Fue necesario crear hábitos de mutua tolerancia y educar a toda la opinión en la disciplina de las controversias cívicas para que desaparecieran ciertas prerrogativas asignadas al Poder público. Frente a sectores que no quebrantan su egoísmo ni renuncian a la violencia reaccionaria contra el pueblo. La democracia venezolana tendrá que armarse de disposiciones y recursos de tinte represivo, suerte de obligado tributo a las necesidades de una etapa de transición. La libertad de prensa tendrá sus limitaciones para evitar que las camarillas adueñadas de los grandes periódicos vuelvan a su prédica antinacional de otros tiempos, simple brulote para facilitar el asalto de las huestes de la reacción. El derecho de asociación no se puede extender a sectores o personalidades de confesa convicción antidemocrática. Mientras dure la querrela histórica entre la democracia y el feudalismo, en Venezuela regirán esas restricciones. Los cómplices directos o indirectos de la dictadura y los que ofician mañana de albaceas suyos, no desfrutarán de las garantías que el civismo confiere a los hombres que han formado su voluntad en los cánones del respeto a la opinión ajena.

Grandes reformas pide la vida política del país. El régimen de partidos ha de definirse escrupulosamente para evitar que algunos de ellos sirvan intereses de confesa hostilidad a la convivencia democrática. El repudio a los métodos de castigo, la utilización del sufragio como mero instrumento para capitalizar afanes conspirativos y otros subterfugios de parecida índole habrán de proscribirse legalmente.

64) El parlamento debe funcionar como una institución de trabajo, adaptado a la especialización y tecnificación de la vida moderna para que el país tenga en sus bancos a gentes concientes y el Poder Ejecutivo sea efectivamente fiscalizado y orientado por la representación popular. La asfixiante centralización de la vida pública ha de cancelarse para posibilitarle a las masas su aporte creador en los esfuerzos que se hagan en pos del adementamiento y desarrollo de la Nación. Ningún régimen puede perdurar eficazmente si no reposa en la iniciativa del pueblo, canalizada por órganos vivos que se extiendan a través de todo el territorio nacional. El presidencialismo exagerado es otro vicio público incompatible con un país que ya ha ganado su adulez.

84) En los campos de la economía, el Partido propicia una enérgica política nacionalista que defienda los recursos naturales de la Nación enagenados al inversionista extranjero. Sabemos que históricamente no está planteada en Venezuela la tesis de la nacionalización del hierro o del petróleo. La correlación de las fuerzas internacionales en América y la dinámica de nuestra economía, descartan esa salida que postularan un simplismo revolucionario divorciado de las realidades. Preferimos la ruta del rescate progresivo que nos permita controlar esas fuentes de riqueza y aprovecharlas para el fortalecimiento de la Nación. Si el porvenir modifica las perspectivas, cuando Venezuela y América evolucionan hacia estados superiores de existencia política, nuestro partido no se detendrá en vacilaciones o en timideces para aplicarle la táctica que pidan las circunstancias por ahora, hay que empezar a demandarle a las compañías de petróleo la devolución de las enormes cantidades que se han apropiado indebidamente en forma de impuestos que no pagaron al fisco venezolano durante los años de la dictadura. Sean cuales fueren las dificultades que esa actitud nos discierna, no podemos detenernos en el camino reivindicador aunque nos empuen imperiosas conveniencias nacionales y la voz de toda la opinión pública del país. Pero a la justicia tenemos que agregar

la eficiencia. Manteniendo el sistema que rehusa el otorgamiento de nuevas concesiones a las compañías foráneas, que hay que crear una empresa nacional de petróleo, que se dedique a explotar las riquezas que posee el fisco, erija refinerías propias en el país, exporte el "royalty" que corresponde al Estado, asuma el monopolio de la distribución de carburante en el territorio de Venezuela y estudie la evolución de los mercados exteriores. Dentro de una política de defensa del patrimonio nacional, se hace aconsejable la limitación del rendimiento diario de los pozos petroleros para salvaguardar las reservas y evitar el despilfarro. Obligar a las empresas a reinvertir una parte de sus ganancias en Venezuela y en actividades distintas a la petrolera y supervigilar sus operaciones comerciales con el extranjero —como lo hace Chile con su cobre— son puntos esenciales de esta política de rescate. La industria petroquímica del Estado debe llevarse a su máximo desarrollo.

En la explotación de hierro consideramos indefectible la revisión de las concesiones otorgadas a la empresa que opera en el Cerro "Bolívar", lastradas por el favoritismo y las corruptelas de los funcionarios de la dictadura que intervinieron en su tramitación. Las negociaciones que conduzcan a refrendar esas concesiones sobre nuevas bases deben ser coyuntura sospechosa para recabar de la compañía interesada el pago de impuestos más altos y la prestación de ciertos servicios indispensables en la creación de una industria siderúrgica nacional. El hierro no ha de ser una fuente más de riqueza, condenada a esfumarse en un vigoroso tráfico de exportación mientras a nosotros nos quedan unos impuestos y el magro tributo de unos salarios. Ese mineral es, al contrario la piedra angular de la industrialización forzada del país y en tales términos debemos concebirlo. Ya pasó la etapa puramente fiscal de la revolución democrática en Venezuela, dentro de la cual era único objetivo la justicia tributaria que confiere al estado iguales beneficios. Ahora estamos en el ciclo industrial que exige la conversión de todos los recursos naturales explotados por

el capital foráneo en palancas de desarrollo económico. Desde este último ángulo contemplaremos el caso del hierro y del petróleo en el futuro.

Las inversiones extranjeras son ya excesivas en Venezuela. El Banco Central en reciente memoria las estima en 10.950 millones de bolívares. Esta cifra es casi igual al ingreso nacional que se calcula en 13.000 millones de bolívares. Pero los datos que hemos aportado no lo dicen todo, aun siendo graves por sí mismos. Las inversiones han penetrado en casi todas las actividades del país. En otros tiempos se concentraron en el hierro y el petróleo principalmente sin que desdieran ciertos servicios públicos. Ahora se han extendido como verdadera piel de zapa en todo el organismo económico del país. En la industria de transformación hay más de 250 millones de bolívares ligados por capitalistas del exterior, de los cuales más de la mitad proceden de los Estados Unidos. En las bancas las inversiones foráneas ya pasan de los 25 millones que ya representan algo en los 300 millones a que llegaron los capitales suscritos o las compañías anónimas que es mueven en esta esfera económica. En el comercio se han instalado compañías extranjeras cuyos capitales exceden de los 70 millones de bolívares. Y en la minería pertenecen a inversionistas del exterior los 738 millones de bolívares que allí trabajan.

Históricamente, las inversiones extranjeras se justifican en un país, cuyo nivel de ahorro no permita alcanzar un grado satisfactorio de desarrollo económico. Ha sido ese el caso de casi todas las colectividades atrasadas del mundo, donde grandes mayorías viven en situaciones de pauperismo y los empresarios nacionales carecen del dinamismo y del empuje que caracteriza al capital más avanzado. Para acelerar la capitalización nacional y elevar los niveles de vida, las inversiones extranjeras han sido un valioso paliativo. Se ha conseguido distender la estructura económica y crear una vasta capa social. Esa capacidad de ahorro es el requisito imposterizable del progreso. Prácticamente, la incorporación de muchos países en la vida

moderna se ha efectuado por conducto de las inversiones extranjeras que echaron en ellos los gérmenes del capitalismo y permitieron a los nacionales extender su acción a actividades que el atraso les vedaba firmemente.

Se ha explicado, igualmente, la necesidad de las inversiones para remediar esa ley económica que tiende a darle al ingreso nacional un crecimiento menor que el correspondiente a la capacidad para importar. Los capitales extranjeros subsanan el estancamiento del comercio exterior de los países semicoloniales y les otorgan los medios de adquirir en el extranjero, a despecho de esas circunstancias, los bienes de producción y las materias que reclama el ensanchamiento de su industria doméstica. En este sentido, las inversiones han jugado un rol positivo en algunos países cuyo crecimiento industrial ha disfrutado de un estímulo poderoso. No puede olvidarse tampoco que las inversiones foráneas introducen nuevas técnicas en las sociedades atrasadas y vigorizan los cuadros del proletariado. Por contraste, el capital extranjero ha contribuido notablemente a despertar la conciencia nacional y el espíritu de combate de los trabajadores.

Pero en Venezuela hemos pasado ya del nivel indispensable para acicatear el progreso de la Nación. Las inversiones lejos de ser, ahora, un beneficio neto empiezan a dejar graves trastornos a los cuales no son extraños los distintos sectores sociales del país. Venezuela ostenta ya un grado satisfactorio en la aplicación de su capacidad de ahorro. El capital nacional —público y privado— puede implantar todas las iniciativas que nos reclama el desarrollo económico. Para emprender grandes obras de diversificación —en la industria o en la agricultura— bastan las reservas del Fisco y del Banco Central que casi llegan a mil millones de dólares y los ingentes recursos que guardan las compañías particulares del país. No tenemos tampoco dificultades en el área del comercio exterior porque nuestra capacidad para importar guarda el compás del crecimiento del ingreso nacional y

los términos del intercambio nos son favorables dada la privilegiada posición del petróleo en los mercados internacionales. Y sería una sólida base para el país en ese terreno el día en que se cobren a las compañías del petróleo y del hierro todos los impuestos que les dicte la legislación nacional.

Dentro de esos hechos, las inversiones ya ni favorecen el cumplimiento de anhelos insoslayados del país y actúan, más bien, como elemento perturbador que sacrifica a los empresarios criollos. Todo ello impone la promulgación de leyes que excluyan el capital foráneo de ciertas actividades económicas donde el inversionista criollo —severamente orientado, por el gobierno— tiene enormes posibilidades. Disposiciones precisas sobre el régimen de las utilidades, consumo de materias primas, formación del personal técnico y administrativo deben complementar la política que estamos propiciando. Hay zonas donde resulta francamente anómala la presencia del capital extranjero. Entre ellas destaca, por su carácter negativo, el comercio de importación donde un consorcio norteamericano tiene poderosa punta de lanza. En general, el principio sancionado por los textos jurídicos de otras naciones latinoamericanas, según el cual ninguna inversión extranjera puede domiciliarse en el territorio nacional sin autorización expresa del Estado resulta de perentoria conveniencia en Venezuela.

2. Nuestro país tiene que abocarse con una urgencia dramática a esa política de "quemar al petróleo" que hasta ahora ha sido apenas una pieza en el rico museo de nuestras frías hechas. No podemos continuar siendo un país monopolizador atado a los mercados internacionales por el cordon umbilical de un solo artículo de exportación. Distintos riesgos nos aguardan tras la brillante prosperidad que nos ha conferido el petróleo. Un cambio en la coyuntura económica de los países consumidores del aceite mineral, la aparición de carburantes derivados de la energía nuclear o una crisis parcial del régimen capitalista serían catástrofes de incalculable gravedad para Venezuela si su estructura interna no se enriquece a corto plazo con el aporte

de nuevas y potentes fuentes de riquezas. La revolución democrática asume en Venezuela las características de una empresa de diversificación económica. No es precisamente grato vivir en tal grado de precariedad, preso en las mallas de grandes consorcios petrolíferos que manejan las palancas de nuestros recursos. Independizarse de la abrumadora influencia de las actividades extractivas en casi la única forma de existir como nación.

Dos senderos han de trillarse para diversificar rápidamente la economía nacional. El primero conduce a la industrialización inmediata del país. Pero ese objetivo no puede alcanzarse si no creamos condiciones favorables que lleven capitales, mano de obra y otros factores a las fábricas que transformarían el perfil económico de Venezuela. La economía moderna ha puntualizado el papel de la inversión de capital como resorte y timón esencial de todo progreso. Para que la de que reviste el desarrollo económico. Para que la industria crezca intensamente en Venezuela es necesario pues, que los recursos que dispone la colectividad vayan preferentemente hacia ella. Este planteamiento se resuelve en una modificación rotunda de la actual estructura del país que favorece tenazmente al comercio y a la especulación con inmuebles. Mientras no suprimamos los atractivos que distinguen al comercio y le permiten acaparar los mayores capitales, la industria será una platónica aspiración en Venezuela. Estas aseveraciones llevan a analizar el ordenamiento monetario y financiero, hecho para servir los intereses del petróleo y del comercio de importaciones en detrimento de las otras ramas —mucho más sustantivas— de la economía nacional.

Es un hecho conocido que ya reseñamos en un pasaje anterior de esta exposición —que el hollar caro significa una prima al comercio de importación. Nuestros artículos domésticos, de la agricultura o de la industria, no pueden competir en el mercado nacional con la producción extranjera que goza de esa extraordinaria ventaja. La ley de los costos y ganancias —que es fundamental en la economía capitalista—

lleva a los empresarios a la zona del comercio donde existen cumplidas facilidades. De ahí que la importación de mercaderías foráneas sea una de las actividades que recibe anualmente en Venezuela más crecidos aportes de capital. Prácticamente el ahorro nacional —que es bastante alto— se coica en el comercio o en la construcción de edificios y viviendas, otro de los renglones privilegiados dentro de la contrahecha estructura de la Venezuela cautiva del petróleo. Esa situación debe cambiar radicalmente para que la industria recoja las energías que ahora se ubican tras los mostradores de los grandes almacenes atestados de artículos de ultramar. Un instrumento cardinal para el cumplimiento de ese propósito estriba en el control de las importaciones a fin de disminuir, mediante lista, aquellas que resultan excesivas. Muchos artículos de lujo o simplemente superfluos y determinados bienes que se introducen al país a un ritmo de acusada desproporción, serán sometidos a cuotas compatibles con las necesidades de un racional abastecimiento del país. Esta medida hará descender el volumen de las operaciones comerciales, dejando al mismo tiempo sustanciales recursos para la importación de bienes de capital que constituyen la espina dorsal de las fábricas modernas. Un control flexible, como el que estableció Colombia en 1951 cuando su posición internacional mejoró notoriamente, es la fórmula propicia en Venezuela si aspiramos a darle un piso firme a la política de industrialización vigorosa.

Disminuidos los cauces de las importaciones con este tipo de intervención del Estado en el comercio exterior, los capitales privados que quedarían ociosos tendrían que enderezarse hacia la industria a menos que quieran permitirse el lujo de convertirse en cargas para sus propietarios. La ley de las ganancias, aménorando el influjo del comercio inducirá a los empresarios a trasladarse hacia las fábricas en cuyo recinto el país sustituirá muchos de los artículos que ahora se importan del extranjero. La industrialización no sólo beneficiará al país —como entidad integral sino a las clases trabajadoras porque el aumento de los niveles

de vida— lo tiene comprobado la experiencia histórica— es una resultante de la diversificación económica. Aún las industrias aparentemente antieconómicas aquellas que trabajan a costos más elevados que los de sus competidoras del exterior, traducen sensibles para el pueblo porque pagan salarios más altos que las empresas agrícolas o comerciales.

El sistema tributario del país tiene que ponerse al servicio de la industrialización. Las fábricas que se consideren más estratégicas desde el doble punto de vista de la elevación del ingreso nacional y de la independencia económica de Venezuela, recibirán un tratamiento preferencial, otorgado en forma excepcional y estímulos de carácter impositivo. Hasta ahora hemos tenido en Venezuela un andamiaje tributario de neto signo arbitrista que procura depararle altas contribuciones al Estado pero sin que abra resquicios a la preocupación de servir como herramienta de táctica económica para darle a la economía nacional el rumbo y las características más apetecibles. El comercio y la industria pagan casi los mismos impuestos en un país donde el primero es actividad privilegiada y proliferante mientras la otra apenas puede sobrevivir cuando no tiene los incentivos de la inversión extranjera o de la deformación de la economía nacional. Un elevado tributo a los dividendos, acompañado por una baja tributación a las reservas de las compañías anónimas, es otra palanca grata a una política de desarrollo industrial. Un régimen revolucionario tiene en Venezuela la obligación de forzar a nuestras clases poseyentes a abandonar su criterio contemplativo que las induce a gastar en goces y fruslerías las ganancias que deben reinvertirse. A la reducción de las rentas ociosas, llevarán el ahorro a los campos de la inversión.

Los recursos de la banca —pública y privada— han de orientarse primordialmente hacia la industria y la agricultura. Esta afirmación presupone una reforma profunda de la estructura de sistema bancario introduciendo en él las recientes armas de control selectivo del crédito que han sido probadas con éxito en otros países atrasados para llevar a la inversión

reproductiva los depósitos bancarios que un mercantilismo irrestricto coloca en operaciones comerciales o especulativas. Ya nuestro Partido elaboró en 1948 una ley que contempla ese instrumento. La rebelión de las bayonetas en noviembre de ese año frustró lo que hubiera sido un arma de extraordinaria eficacia en la reestructuración de la economía nacional.

La industrialización plantea, esencialmente, el problema del tipo de revolución que ha de hacerse en Venezuela. Si fuéramos a industrializar el país en beneficio de una burguesía criolla que se aprovechara del crédito, de la protección y de las facilidades creadas por el Estado —acumulando utilidades al amparo de un poder adquisitivo que crezca todos los años— no estaríamos haciendo otra cosa que erigir una nueva oligarquía cuyo poderío terminaría por falsificar la revolución o por adquirir el control del gobierno. Concebimos la revolución democrática como una etapa, como un puente hacia el socialismo. De allí que la industrialización deba hacerse en beneficio fundamental del pueblo aunque de ella se aproveche la burguesía nacional. Esa fórmula de industrialización popular se realizará mediante el control por el Estado de una parte medular de la economía nacional. Ciertas ramas industriales, como la electricidad, la siderúrgica, la petroquímica deberán pertenecer a organismos públicos en los cuales la clase obrera tenga participación. Esa suma de riquezas que crecerán paulatinamente a medida que el país se desarrolle y el dominio del campo por las cooperativas de productores, garantizarán el gradual tránsito hacia el socialismo que es la única alternativa que tiene la revolución democrática para evitar sus estancamiento.

Finalmente, la revolución democrática exige el entronizamiento de la planificación económica. Los antecedentes de los países asiáticos —que han perfeccionado sus instituciones populares dentro del progreso indican que la planificación es inexcusable cuando se trata de enmendar y remodelar economías largo tiempo estancadas y deformadas por la penetración extranjera y la inercia doméstica. Los planes generales que pro-

mulgue el Estado señalarán las ramas económicas que han de desarrollarse con preferencia para alcanzar determinados niveles de consumo y bienestar y la escala de las inversiones que a ellas se aplicarán. Un orden de prioridades y un conjunto de metas son rasgos esenciales de una planificación revolucionaria.

Los objetivos de la revolución no quedarían bien resguardados si no se instaura la planificación global de la economía. Mientras subsista la propiedad privada, las tendencias hacia el capitalismo, con su secuela de anarquía económica y deformación política, constituirán una amenaza potencial contra las instituciones populares. La planificación, que reparte recursos y fija der eros a todas las fuerzas económicas, entraña un medio de orientación y salvaguardia al que no debe renunciar un partido de izquierda. La experiencia moderna —especialmente la que se ha recogido en los países asiáticos— demuestra que la planificación es compatible con regímenes en donde impere la propiedad privada. La India y la China —que viven ambas su revolución democrática— han visto progresar sus economías armoniosamente dentro de sistemas donde la propiedad particular conserva grau arraigo todavía. Los planes de esos países se han cumplido con la perfección más rigurosa. Venezuela, cuyas características económicas le disciernen la misma posición, está obligada a incorporar para su futuro esos antecedentes.

El desarrollo de la agricultura —el pivote otro de la diversificación económica— impone la realización de la reforma agraria. Es una medida que no tolera aplazamientos en Venezuela. Políticamente cualquier retardo en implantarla, suscitaría la rebelión del campesinado ahito ya de la explotación feudal que ha revivido la dictadura. Económicamente, un campo retardado en una Venezuela liberada sería la más peligrosa carga. La inmediata repartición de los latifundios es el pórtico de la reforma agraria. Esquivar ese deber en obsequio a consideraciones de orden técnico es una peligrosa ilusión. Ninguna reforma agraria ha podido alcanzar éxito en el mundo sin ese previo re-

quisito de la destrucción de la gran propiedad feudal. Cuando se aborda este problema con criterio académico, creyendo que es necesario realizar prolijos estudios sobre la extensión y características de las tierras de un país o acerca de la presión demográfica del campesinado sobre el suelo, todo con ánimo de hacer obra perfecta, los resultados anuncian frustración. En cambio cuando el Estado procede a parcelar los predios del latifundista y a instalar en ellos las mesnadas de los hombres sin tierra, el progreso se asienta en el campo o deja enormes brechas por donde circulará más tarde la técnica. Esta concepción dinámica, popular, de la reforma agraria es tan evidente que ha sido sancionada hasta en los folletos de las Naciones Unidas. Romper el latifundio es pues el primero y apremiante objeto de una transformación del campo. Otorgarle a ese sistema la merced de unos años de vida triunfante ya la revolución democrática, es esterilizar grandes posibilidades humanas y económicas. Sin un campo hondamente modificado —con peones y aparceros aposentados en tierra propia— todo ensayo de industrialización o tonificación de la economía nacional es un espejismo porque el método feudal de tenencia y trabajo de los suelos malogra las fuerzas productivas, despilfarrá recursos y mantiene en niveles inhumanos a los pobladores de las zonas rurales.

Pero la destrucción del latifundio es apenas el primero aunque indefectible paso en la liberación del campesinado. Después ha de venir la organización de los parceleros en empresas cooperativas o en comunidades, la extensión al campo de la técnica moderna —abonos, riego, máquinas, etc.—, y la orientación de los cultivos de acuerdo con los rendimientos de las tierras. No somos partidarios de la organización compulsiva de cooperativas y comunidades. Creemos, más bien, que esas formas de trabajo deben promoverse paulatinamente, sin forzar el individualismo de campesinos que han soñado con su parcela propia. La superioridad económica de las cooperativas ha de ser el factor que atraiga a ellas a los cultivadores aislados y no la coerción del Estado que siempre chocará

con la resistencia pasiva de los que saben defender sus prejuicios. Cuando las cooperativas y comunidades demuestren que en ellas se vive y se gana mejor — porque la producción en gran escala es más eficiente — el campesinado afluirá a sus filas con espontáneo entusiasmo. Este camino evolutivo y lento de llegar a la organización total de los campesinos ha probado sus méritos en episodios bien conocidos de la experiencia mundial. En el Asia, la afiliación a las cooperativas ha sido resultante del éxito de ese ensayo y no un fruto de drásticas imposiciones oficiales.

La reforma agraria tiene en Venezuela ciertos factores favorables, derivados del enorme poder financiero del Estado. Hay países de la América Latina —el caso de Bolivia lo confirma— donde la reforma agraria se ha detenido por falta de recursos para la mecanización y tecnificación de las labores rurales. Aunque es posible conseguir grandes progresos mediante la improvisación —con técnicas que son primitivas en Europa o Norteamérica pero que resultan avanzadas y poco costosas en nuestro medio— el ideal de un país que quiere moverse velozmente radica en el aprovechamiento sistemático de todos los descubrimientos que han hecho de la agricultura una empresa racional. En Venezuela el Estado dispone de los capitales que permitirían equipar, por la vía de crédito y del control permanente sobre las cooperativas, a una agricultura liberada del feudalismo. Esta alusión al papel del Estado no es de ninguna manera casual. En un país como el nuestro, donde los campesinos han carecido de cultura, los órganos del gobierno tienen que asumir una enérgica intervención en las faenas rurales cuando se introduzca la reforma agraria. Incluso en el caso de los parceleros individuales —para que la eficiencia y la correcta orientación aumenten inmediatamente los rendimientos de la tierra y de los hombres en ella comprometidos. Una reforma agraria que haga justicia y deje a los campesinos sumidos en la pobreza y en la ignorancia, amargaría los propósitos de avance económico y cultural que conlleva la revolución. Sólo acusando mejores índices

de productividad por hectárea y por hombre ocupado, la reforma agraria demuestra sus ventajas. El aumento del ingreso de los campesinos, que es consecuencia de esos fenómenos, abre inéditas perspectivas al país y justifica la reforma.

La dictadura ha extinguido virtualmente las manifestaciones culturales más promisoras de Venezuela. Nueve años de censura a la prensa han aislado, en cierto modo al país, de las palpitaciones fecundas del momento universal. Hemos caído en un bizantinismo torpe que se complace en el halago al déspota que teje fruslerías en una prosa de Petit Trianon. La prensa —ese gran vehículo de inquietudes— vive al margen del país, ajena a todo lo que acontece en Venezuela, narcotizándose con las sustancias de un rebuscamiento prolijo. En las instituciones de cultura —Universidades, academias, colegios— la mano de la dictadura ha ahogado las voces independientes que en todo país son el motor de las transformaciones. En las Universidades, los profesores han sido reducidos al mecánico tartajeo de los textos, sin dejarles la posibilidad de la investigación y el diálogo con los alumnos que ensancha y dignifica la ciencia. En las academias se ha refugiado el espíritu feudal llevado por "multitudes engreídas" que se sienten depositarias de un saber infuso. Las otras instituciones de cultura viven para los juegos florales o para pontificar en los altares del caudillo. La dictadura ha logrado mediatizar con gran éxito un país que ya ostentaba, en 1948 lugar sobresaliente en las letras y en las ciencias de la América Latina.

Afortunadamente hay una Venezuela insobornable de profesores e intelectuales que han preferido el riesgo del exilio o de la cárcel o el decoro del silencio ejemplar y se mantienen alimentando en secreto los manantiales de la cultura nacional. A esa Venezuela pertenecen los profesionales expatriados, los catedráticos echados del aula y los escritores que han preferido el marginamiento a la humillación de soportar una censura litraad y caprichosa. Nuestro Partido quiere recoger con emoción esos gestos de la inteli-

C. La cultura

gencia venezolana, erguida frente a la dictadura, aguardando el instante de la revancha para encender de nuevo las luces que apagaron los sargentones. En otros tiempos, frente al despotismo, los intelectuales, oficiaron de acólitos con poemas o teorías sedicentemente científicas en las cuales cabalgó la barbarie por los campos de la cultura. Las principales figuras del pensamiento venezolano siempre fueron servidoras del personalismo hecho tragedia. Ahora, cuanto vale y pesa en el país repudió a la dictadura militar cuya venganza contra ese ademán ha consistido en acentuar su grosera represión del espíritu. AD saluda a todos los intelectuales —sin diferencias ideológicas— que hicieron frente común a la dictadura.

La educación ha sido tan deformada que es ahora un fantasma de lo que fue en el pasado inmediato. Centenares de escuelas han sido suprimidas so pretexto de introducir reajustes técnicos pero con la soterrada intención de privar a las masas de un alfabeto que ya habían conquistado. Regiones rurales de Venezuela donde ya se habían domiciliado los afanes del saber, han vuelto al oscurantismo. Cada día aumenta la proporción de los niños que no reciben enseñanza alguna. El analfabetismo, mal grave en Venezuela, es ahora mucho mayor pues en la medida en que la población crece sin que nuevas escuelas absorban las sucesivas promociones infantiles, la incultura gana una batalla. No se ha creado un liceo desde 1948 y los distintos turnos que permitían admitir crecientes cuotas de educandos en estos institutos han sido eliminados. Colegios de segunda enseñanza se han transformado en flamantes liceos militares donde se aprenden las técnicas de deformación del alma juvenil que patentó el fascismo en Europa. Las escuelas normales, semillero de los maestros que demanda el país, han sufrido una desorganización que ya las convierte en centros nominales donde no hay savia de vida o de cultura. La universidad apenas conserva el nombre pues ha sido despojada de todos los atributos que le ha discernido la civilización. Allí desapareció la libertad de cátedra, conquista que alcanzó el hombre en los siglos del Re-

nacimiento. Los estudiantes no tienen representación en el gobierno universitario. Profesores distinguidos fueron arrojados al exilio y las cátedras se transformaron en reducho del favoritismo más descarado. Los rectores y demás autoridades son verdaderos agentes investidos de la facultad de contribuir al mejor éxito de la policía secreta señalando con el dedo envilecido a los estudiantes que nutrirán las periódicas redadas.

Es una educación concebida para formar supuestas "minorías selectas". El estancamiento de los gastos educacionales del presupuesto, se traduce en reducción de institutos docentes. Ahora los egresos de la cultura en el presupuesto no exceden del 6% de los desembolsos totales cuando en los regímenes democráticos de 1945—48 superaron el 10%. Y la supresión de la gratuidad de la enseñanza universitaria aleja definitivamente al pueblo de esos centros de cultura. En la educación los teóricos de la dictadura —verdaderos fugitivos de la selva— han pretendido aplicar sus concepciones acerca de la incapacidad cultural del pueblo venezolano. Para dirigir a la masa de mestizos y mulatos que según el criterio de los "ideólogos de la dictadura" forman a Venezuela bastan esas minorías escogidas que ahora se entrenan en las pocas escuelas del país y en los liceos militarizados o en las universidades castradas. Una educación de castas, para usar una expresión consagrada por el más fervoroso y brillante maestro de Venezuela.

En los campos de la educación y la cultura hay que tornar a los planes que ya estaban en marcha en 1948 cuando sobrevino el colapso de la democracia en Venezuela. Creación sistemática de escuelas, tantas como sean necesarias para enseñar a los centenares de miles de niños que nos están pidiendo alfabeto. Campaña alfabetizadora, adecuadamente planeada. Aumento de los liceos e institutos de segunda enseñanza. Y restablecimiento de las universidades a la dignidad que les arrebató la dictadura. Esos son los rasgos cardinales. Una absoluta libertad de investigación y debate y una acelerada formación de maestros —que se complementará con la revisión de los sueldos de

esos servidores públicos— constituyen auxiliares valiosos para salvar y engrandecer la cultura nacional.

Transformaremos en centro de formación de técnicos la Universidad libre y escolástica que hasta ahora hemos padecido. En vez de abogados y farmacéuticos, necesitamos ingenieros de todas las especialidades, agrónomos, químicos y veterinarios, economistas y sociólogos. La Universidad será, fundamentalmente, uno de los baluartes de la drástica industrialización que nosotros propiciamos. Ciertos medios de difusión como la televisión deben ser nacionales y tomados inmediatamente para que contribuyan a la mejor orientación de las masas.

AD asigna un papel cardinal al movimiento obrero en la revolución democrática. Aceptamos el axioma de que no podrá consolidarse el régimen democrático mientras los trabajadores no alcancen densidad política, poderosa organización y alto espíritu de lucha. El movimiento obrero constituye, a juicio nuestro, la primera línea de defensa de las instituciones del pueblo y el ariete más eficaz en la querrela histórica contra los rezagos reaccionarios. Prácticamente no hay triunfo valedero, para los sectores democráticos, si en él no participan los trabajadores de manera caudalosa y entusiasta. De allí que AD haya prestado en todo momento su concurso a la organización del proletariado y a la educación política de las masas. Podemos ufannos, legítimamente, de haber sido el partido que más impuso prestó al fortalecimiento del sindicalismo venezolano. En la oposición cívica, en la clandestinidad o en el gobierno nuestra actitud fue de invariable desvelo para que las capas obreras de Venezuela tuvieran sus órganos específicos de lucha y desde ellos contribuyeran al proceso de afianzamiento de la democracia.

Estas afirmaciones perfilan diáfananente el criterio del Partido sobre la misión de los sindicatos en la sociedad moderna. No creemos en el apolectismo sindical que pregonan los sectores que quisieran adornar a la clase obrera con especiosas predicas de renunciaón a sus tareas esenciales. El sindicato es

fundamentalmente, una escuela de formación política. En la lucha por sus reivindicaciones económicas, el trabajador aprende a conocer su cometido en la sociedad y mide sus fuerzas con una exactitud que no podría brindarle ninguna doctrina. En nuestros tiempos, el sindicato cobra un relieve político que le van reconociendo todas las legislaciones de los países democráticos. La tesis de la organización de trabajadores arrinconada en su papel de simple gestor de intereses materiales fue desvirtuada por la evolución histórica desde los días de la primera guerra mundial. Actualmente, el consejo de los trabajadores es escuchado por organismos del gobierno en muchas naciones y en múltiples actividades administrativas participan los sindicatos. Y todo ello ocurre porque hubiera sido necio y peligroso encastillar a los obreros en una función puramente económica de la cual habrán salido para conquistar con sus propias manos la primogenitura política que le imponen sus necesidades.

Pero el Partido no sustenta la creencia de que los sindicatos deben ser un ciego apéndice de las organizaciones políticas. Entre un Partido revolucionario y las centrales de trabajadores hay diferencias de estructura y de misión, que han de mantenerse escrupulosamente. El Partido es el agente más elevado de las luchas históricas. A sus cuadros advienen solamente los ciudadanos más responsables de determinadas clases sociales. En el caso concreto de AD, somos el reducto de las gentes más despiertas del proletariado, el campesinado y la clase media. En el sindicato, por el contrario, militan todos los componentes de la clase trabajadora —sin distinción de ideología o credo religioso— porque son comunes las necesidades que allí los llevan. El Partido educa a sus miembros en una mística de combate y en una ideología, precisas en sus rasgos y nitida en sus alcances. El sindicato les da, simplemente, conciencia de clase. Y los prepara a fin de que puedan asumir los deberes de la militancia política.

La mayoría de los sindicatos venezolanos han profesado respeto y solidaridad a AD. No ganamos ese

prestigio por artes de sutil aventura o utilizando vedados recursos coactivos. La conciencia política de la clase trabajadora supo comprender que nuestro Partido — pese a su condición de policlasista — era el organismo que mejor traducía las aspiraciones proletarias. Y ese vehículo seguirá manteniéndose sin que ejerzamos presiones indebidas — porque la identificación de los trabajadores con AD es un fenómeno de larga vigencia en la vida venezolana. En el futuro habrá de magnificarse el papel del movimiento obrero. El proletariado, como lo asentamos al hacer el diagnóstico social del país, cobra ahora una importancia que no tenía cuando desapareció la dictadura de Gómez o en años posteriores, durante el gobierno democrático que dirigió nuestro Partido. Hay más solidez en sus filas y la represión de que ha sido víctima le ha clarificado sus instituciones políticas. En la resistencia, los trabajadores han sido — dando pruebas de adulez definitiva — el soporte fundamental de la lucha. En el derrocamiento de la dictadura y en la creación de un régimen democrático, fueron ellos, asimismo, la piedra angular.

Frente a las perspectivas distintas, es necesario reajustar los organismos de trabajo y las concepciones mismas. La construcción de una nueva Venezuela — en la cual intervendrán señaladamente los trabajadores — demanda de los sindicatos una actitud distinta. La labor reivindicativa, en cuyas peripecias perdieron gran parte de su tiempo las centrales obreras de Venezuela, tendrá que compartirse con la capacidad doctrinaria que vaya haciendo de las grandes masas, elementos conscientes y bien orientados. Cuando hayamos reemplazado la adhesión emocional de los obreros a las ideas revolucionarias por una convicción honda que salga del raciocinio y adquiera relieve de hecho histórico, el régimen democrático escuchará en Venezuela la hora de la consolidación.

La función del movimiento obrero en una Venezuela rescatada por la revolución tendrá múltiples expresiones. En los distintos organismos del Gobierno, debe haber representantes obreros que eviten el peligro de la burocratización y del alejamiento de las

masas en que con frecuencia caen los funcionarios públicos, aun los de irreprochable extracción popular. Las fábricas del Estado — o sea las que operan en la industria pesada que serán privilegio exclusivo del Poder Público tendrán también, en sus directivas, a personeros del movimiento sindical.

No somos demagogos que sólo tienen palabras e empresas con un cerrado criterio mercantilista. Si el Estado asume el control de la industria siderúrgica, o de la industria petroquímica no es para manejar esos establecimiento como lo haría un empresario particular. Si las masas no participan en la gestión se caerá en un capitalismo de Estado que no tiene sustanciales diferencias con la apropiación privada. El régimen popular cuando toma en sus manos determinadas fuentes de riqueza debe proponerse la elevación del nivel técnico y administrativo de los obreros para que la sociedad se capacite en esas tareas y la iniciativa individual llegue a desplazar la centralización burocrática. El control obrero en las fábricas nacionalizadas es una garantía de manejo eficiente y una perspectiva de progreso político y económico.

No somos demagogos que sólo tienen palabras e invitaciones sugestivas para el movimiento obrero sin contrapesar ese gesto con la voz de la responsabilidad. La gigantesca obra de la recuperación económica de Venezuela demanda un espíritu de trabajo y una actitud de sacrificio que afecta principalmente a los trabajadores. El partido insiste en que los trabajadores deben resarcirse en esta caída la dictadura — del desmedro que han sufrido sus salarios y prestaciones en los últimos años. Las estadísticas del ingreso nacional demuestran que la participación de la mano de obra en el reparto de la riqueza venezolana ha disminuido sensiblemente desde 1948. Los únicos beneficiarios de la gran racha de prosperidad que ha desencadenado el petróleo han sido los empresarios del comercio y la industria y los favoritos del régimen. Esa situación habrá de invertirse mediante el reajuste que restablezca la proporción que ha de corresponder a los trabajadores. Los salarios y las prestaciones serán

aumentadas hasta un nivel compatible con el desarrollo de la industria y la agricultura venezolanas.

Pero a su turno, los trabajadores deben acrecentar la productividad de sus labores en las fábricas y en los campamentos. Si al mejoramiento de sus remuneraciones no sigue una abnegada actitud de mayor producción, tendremos los flagelos de un ciclo inflacionario y el desarrollo económico se convertirá en hermosa utopía. Experiencias internacionales nos aclaran cual es el papel de la productividad en los países atrasados y desmantelados por la devastación. La restauración económica de Europa no hubiera sido posible sin el concurso de sus obreros que expandieron la productividad con un desprendimiento que habla elocuentemente de su espíritu de sacrificio. En la Unión Soviética, los primeros planes quinquenales — que confirieron a ese país fisonomía de gran potencia industrial— reposaron en el esfuerzo de los trabajadores. Nosotros no tenemos por qué negarnos a aclimatar en Venezuela tales ejemplos que tienen un valor convincente superior a toda prédica. Nuestro movimiento obrero debe aceptar el sistema, acogido por los sindicatos ingleses y franceses de todas las tendencias, en el sentido de ligar los aumentos de salarios, en los contratos colectivos, a los avances de la productividad por hombre ocupado. Es una forma de acicatear el interés individual con evidente beneficio para todo el país.

Nuestro Partido aboga por una inmediata política de seguridad social que cubra todos los riesgos que acechan al hombre de trabajo. El retiro a los 50 años es otra conquista en la cual emplearemos nuestros mejores esfuerzos.

Una clase obrera dignificada por la educación y el poder adquisitivo, que intervenga en el manejo de las fábricas del Estado y forme parte de organismos públicos, será un factor de peculiarísima eficiencia en el progreso económico y social. Si a esos atributos agregan los obreros la voluntad de trabajar y de perfeccionar la disciplina en las fábricas, el avance hacia estudios superiores de organización política no se hará

esperar. Venezuela podrá acrecentar sus conquistas —y pasar a sistemas más desarrollados de convivencia humana— en la medida en que deje de ser país atrasado. Y ello será factible si conseguimos el desvelado aporte de los trabajadores en la consolidación y mejoramiento de la revolución democrática.

E-7 Nuestra política internacional no tiene trastiendas. Frente a los problemas del mundo presente consideramos que ha de lucharse por la coexistencia pacífica de los dos sistemas que rigen en las principales potencias. La guerra fría de carácter permanente o el conflicto abierto son formas gemelas del suicidio colectivo. Los enormes gastos que se están aplicando al sostenimiento de costosos ejércitos —dotados de todas las armas— constituyen otras tantas posibilidades de bienestar que pierden los pueblos. El choque total, significaría el eclipse seguro de la civilización. La guerra que sobrevenga —dado el nivel de la técnica destructiva a que ha llegado el hombre— no tendría vencedores ni vencidos. Frente a estas cuestiones tan crudas e imperiosas, la coexistencia no es de posición política sino trasunto del instinto de conservación de la especie. Afortunadamente, en los círculos más responsables de los dos bloques empieza a abrirse camino una sensatez que llegó a desaparecer en los días de desenfrenado armamentismo que llevaron al planeta a los bordes mismos del desastre.

En la Unión Soviética la liquidación de ciertos aspectos de la política de Stalin, contribuye a cimentar la paz universal. Una dictadura, personalista cultiva inevitablemente la aventura de sus relaciones internacionales. El principio de la dirección colectiva del pueblo, es un freno permanente. La intervención en cambio, —menos regimentada ahora que en la época de Stalin— asegura una democratización del régimen soviético que le impedirá una conducta más cautelosa en su política exterior. Los dirigentes soviéticos han adquirido la sensación de que no es posible —en la edad de la bomba de hidrógeno exportar militarmente los experimentos revolucionarios. Su actitud frente a Yugoslavia y a la India, de simpatía hacia

esos países que se han dado gobiernos avanzados pero independientes, destierra aquella rigidez sectaria que esos países que se han dado gobiernos avanzados pero de progreso político que no tuvieron la bendición de Moscú. Una concepción más flexible sobre el tránsito hacia el socialismo despoja a los comunistas de ese sello de amotinados permanentes que los aisló en la Europa Occidental e hizo nugatoria la convivencia entre corrientes revolucionarias.

En los Estados Unidos ha quedado arrumbada para siempre la ola machartista que amenazó con enterrar la característica libertad de ese país y lanzarlo a una ominosa carrera de provocaciones en el plano internacional. Las fuerzas liberales que anduvieron durante mucho tiempo a la defensiva —acorraladas por el vigor de los brotes reaccionarios y el movimiento obrero que cayó en un abstencionismo desconcertante, han tornado a la lucha y mantienen un saludable equilibrio político que es muy propicio a las negociaciones diplomáticas encaminadas a buscar arreglo a los diferendos actuales. El Partido Republicano se ha visto forzado a compartir el Poder con los demócratas que controlan el Congreso. Prácticamente, la política exterior de los Estados Unidos es fruto de los dos Partidos y el ala agresiva de los republicanos —que campeó sola en el Departamento de Estado por algún tiempo— tiene que hacer concesiones embarazosas a la oposición en los problemas cruciales del momento internacional. Los círculos del capitalismo norteamericano propenden ahora a una prudencia en la política exterior que augura positivos desenlaces al humano deseo de tranquilidad.

Sin embargo, mientras las fuerzas populares de los Estados Unidos no despierten cabalmente, la paz no alcanzará todas sus posibilidades. El movimiento obrero norteamericano carece de la conciencia política y de la independencia suficientes para erradicar en su seno los prejuicios que ha sembrado la prédica de los grandes intereses capitalistas. Maquinalmente los sindicatos americanos repiten muchas de las consignas de su propia burguesía industrial y sirven fines que

no son los de su propia conveniencia. Lo mismo acontece con las fuerzas de la izquierda liberal de los Estados Unidos cuya timidez resulta excesiva en momentos que exigen la más cumplida firmeza. El futuro, estamos seguros, hará despertar a esos sectores y llevará al pueblo de los Estados Unidos a cumplir un papel internacional más compatible con sus tradiciones y con su riqueza.

Hasta donde es factible hacer profecías en política exterior resulta evidente que la paz ha ganado la batalla y tendremos un periodo prolongado de convivencia entre sistemas. Esa realidad es propicia como pocas a los pueblos semicoloniales pues la pugna se desplaza ahora al terreno de la competencia pacífica en la cual el objetivo consiste en saber suministrar ayuda para el desarrollo económico de los pueblos que no han podido aclimatar el progreso en su territorio. El duelo entre el capitalismo y el socialismo va a reñirse en programas de asistencia técnica. Vencerá el que demuestre mayor aptitud para la colaboración internacional. Pero no se puede desencadenar una política de elevación de los niveles de vida en las áreas atrasadas sin que al mismo tiempo desaparezcan ciertos gobiernos de fuerza, primitivos e ineptos, que mantienen aherrajadas a las grandes mayorías. La coexistencia llevada al plano de la solidaridad con los países sub-desarrollados, implica el colapso seguro de las dictaduras militares en la América Latina. La guerra fría, con la cruzada contra el comunismo, fue la cuna histórica de esas dictaduras que se erigieron para darle a América —según los voceros de la sediente tesis— la fortaleza que pedía el choque en potencia. La coexistencia será su atad.

Creemos en la solidaridad de los pueblos oprimidos. El espíritu del nacionalismo popular, que ha brotado con promisoras potencias en vastas áreas de la tierra, está abriendo oportunidades insusadas a los pueblos que quierán convertirse en actores de la historia. La política internacional fue, hasta hace poco tiempo, el juego de las grandes potencias que se repartían esferas de influencia o intrigaban con los

destinos de la humanidad. Ahora el escenario se ha ampliado y al lado de los poderosos se escucha la voz de los débiles, hambrienta de acción. La conferencia de Bandung y el creciente papel que cumplen los países asiáticos y africanos son signos de una recuperación del hombre que llevan la esperanza a los que luchan por la justicia. Los países atrasados de esos continentes no actúan solos, desperdigados en un orgulloso egoísmo porque han sabido mancomunarse para proscribir ciertos peligros que, como el colonialismo, todavía pretende tener fueros en el mundo. América Latina— y sus fuerzas populares deben acercarse a los países de Bandung e intercambiar con ellos la común aspiración que nace de unos mismos problemas y se nutre con ideales compartidos de independencia y dignidad. Nuestra emancipación económica encontraría defensores si sabemos interesar en las cuestiones de la América Latina a ese movimiento asiático y africano que está torciendo los rumbos de la especie.

No sustentamos un anti-imperialismo de cartel porque no somos agencia de intereses ajenos a la América Latina. Propendemos a destruir los lazos de sujeción que atan a nuestra economía, pero no queremos servir de conejillos de Indias en el tablero de la política internacional de las grandes potencias. Consideramos que es reaccionario y suicida alentar el odio hacia determinados pueblos por el problema relaciones internacionales en un mundo donde el imperialismo conserva grandes posiciones es bien claro. Sustentamos la idea de que la agresividad del imperialismo económico o político tendrá que ceder a medida que se emancipen los pueblos coloniales o semicoloniales. La experiencia de los imperialismos europeos del siglo pasado, ahora en actitud de cautela frente a los pueblos que ayer estuvieron sometidos a su férula, prueba meridianamente cuán profundos son los cambios que se operan en los sistemas al modificarse la correlación de las fuerzas mundiales. Una política ant imperialista eficaz, que altere el panorama política ant imperialista eficaz, que altere el panorama

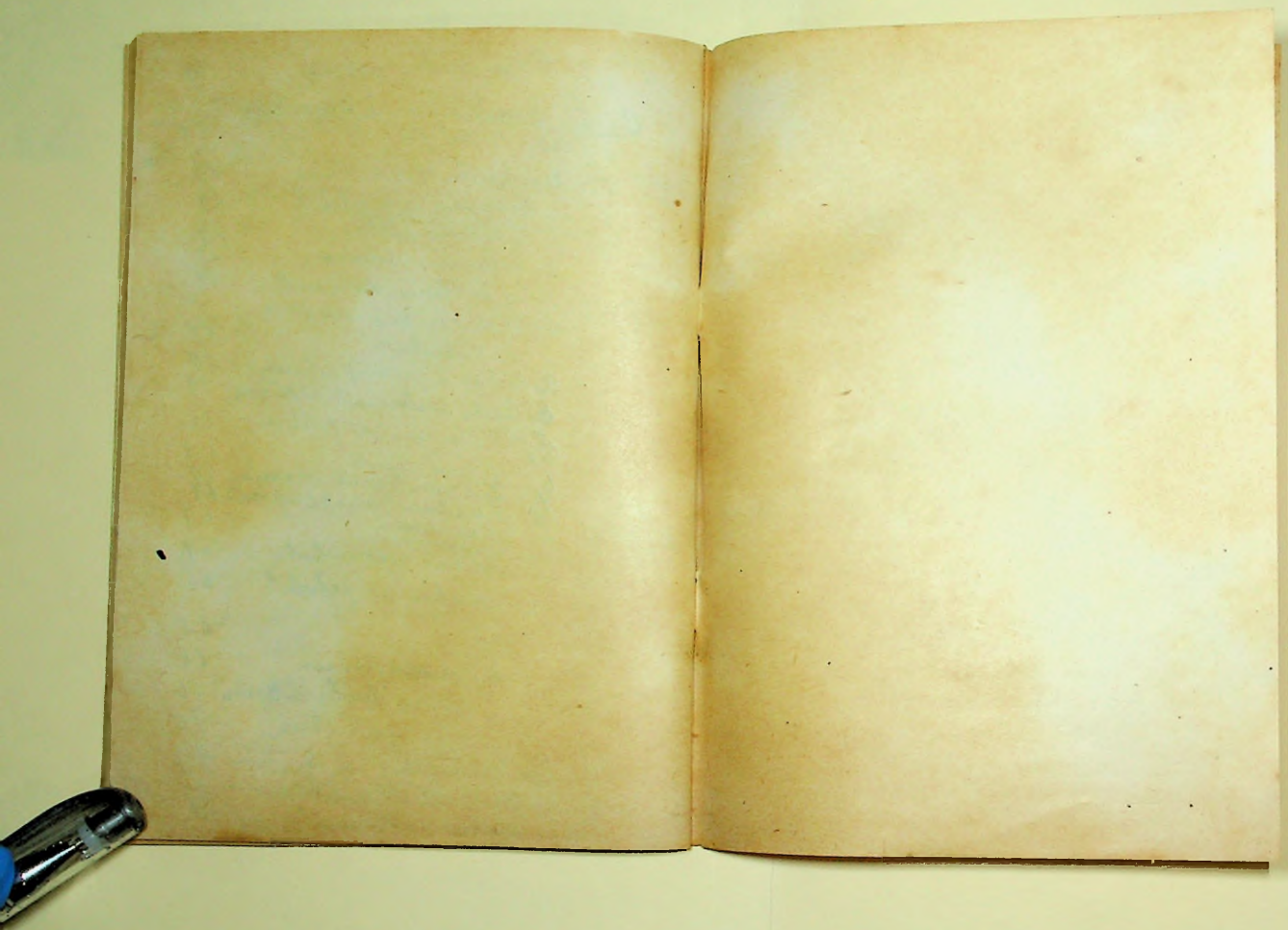
de la América Latina y consolide nuestra independencia no puede ser sino la resultante de nuestra diversificación económica y del control que lleguemos a ejercer de nuestras fuentes de riqueza. Una América Latina, dueña ya de su economía, sería una valla contra los desbordamientos y pretensiones del imperialismo.

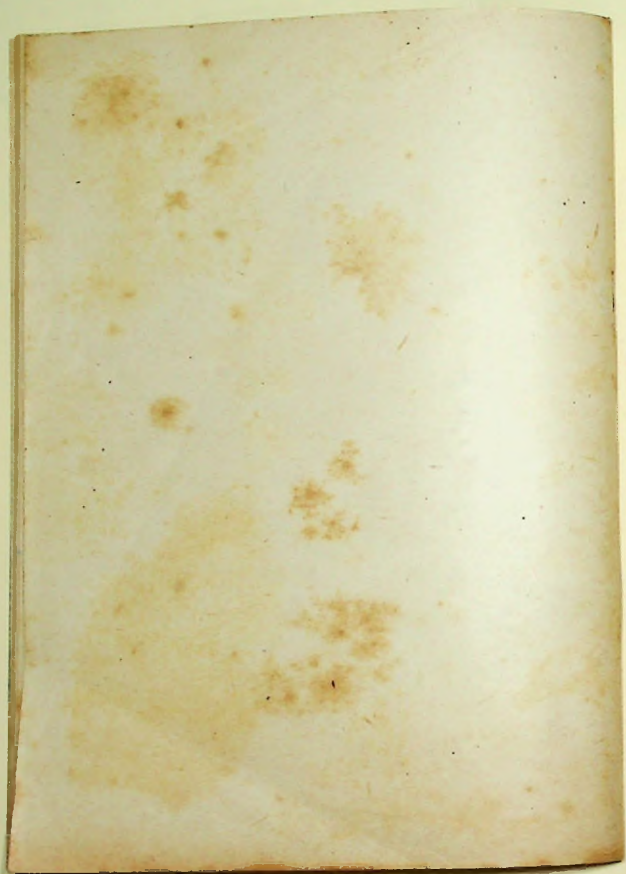
Con estos estamos diciendo que creemos en la unidad de la América Latina, que sea la culminación de sus movimientos nacionales de liberación. Cuando formemos un bloque integrado por pactos de recíproca asistencia y de solidaridad actualite, será más hácedera la posibilidad de transformar totalmente los sistemas políticos de la tierra y evitar así, el despendero de una guerra global. La América Latina emancipada tiene que integrarse además dentro del conjunto de pueblos que ya derrocaron el colonialismo y las relaciones feudales. En esta etapa de la historia corresponde a los pueblos semicoloniales un papel fundamental. En manos de ellos, si saben progresar y unirse, radica la suerte del planeta. No hay otro camino para evadir la pesadilla de la gueerra, que sería el retroceso, y ganar un futuro de igualdad y bienestar, que esa presencia de ois pueblos emicoloniales.

Nuestra política internacional se orientará, donero de estos lineamientos a conseguir que la solida idad de la América Latina, no se limite a las coincidencias entre pueblos que hayan abatio a sus dictadores sino que sea vanguardia de un nacionalismo revolucionario cada vez más ambicioso. El mercado común para nuestra naciente industria, la formación de organismos de ayuda mutua en el continente latinoamericano y otras fórmulas en nosotros los abundaderos más resueltos. Finalmente creemos que por esa vía, los pueblos llegarán al Socialismo democrático y la solidaridad de los trabajadores que es la etapa final de las ideologías avanzadas de ls que somos representantes en Venezuela.

Índice	Pág
<u>I. Introducción</u>	1
<u>II. Definiciones de F.D.</u>	7
A. Parte I de exiguenda revolucionaria	7
B. " nacional	11
C. " demócrata	13
D. " policlasista	14
<u>III. Nuestra interpretación de la realidad mexicana</u>	17
A. La realidad económica	18
1. El petróleo	18
2. La agricultura	22
3. La ganadería	27
4. La industria	30
5. El comercio exterior	34
B. Relaciones sociales (Nºs: clases sociales)	36
1. Imperialismo	36
2. Burguesía comercial	38
3. Masas de campesinos	39
4. Burguesía industrial	40
5. Los terratenientes	42
6. Los campos de pequeños y medianos propietarios	44
7. La clase obrera	44
8. Campesinado	47

9. Clase media urbana	49
<u>C. La presente situación mexicana</u> (Cºs: la Dictadura de P.G.)	51
<u>IV. La revolución mexicana</u>	53
A. En los campos de la política	53
1. Libertades públicas	53
2. Soberanía popular	53
3. El problema del Ejército	54
4. Medidas para erradicar la Dictadura	58
a) Restos a guisa de coloma	58
b) Restos instrumentales de guerra	59
c) El régimen de partidos	60
6. El parlamento	61
7. La reforma constitucional	61
8. El problema de los ejidos	61
B. En la economía	61
1. Política nacionalista	61
2. "Temas al petróleo"	65
a)	65
b) diversificación	66
c) la industrialización	66
d) agricultura	70
<u>A. La Cultura</u>	73
D. Papel de la clase obrera	76
E. Política internacional	81





**RATIFICACION DE PRINCIPIOS TEORICOS
Y DE ORIENTACION PROGRAMATICA
NORMATIVOS DE**

ACCION DEMOCRATICA



Publicaciones de la Secretaría Nacional de
Prensa y Propaganda, Caracas, 1958

Este documento de Acción Democrática fué aprobado en la Conferencia de Exilados de ese Partido que se realizó en Puerto Rico, en 1956. En él se reafirman y ratifican, en forma necesariamente esquemática, los que han sido principios teóricos normativos de Acción Democrática, desde que esta organización política inició sus actividades públicas. Esos principios teóricos fueron las bases sobre las cuales insertó su acción política el veterano Partido Democrático Nacional (PDN), organización que actuara clandestinamente en el cuatrienio 1937-1941, y que luego fué legalizada con el nombre actual de nuestro Partido, Acción Democrática, a partir del 13 de septiembre de 1941. Son veintiún años en los cuales A. D. ha mantenido altas e incólumes sus banderas principistas y servido a la nación y al pueblo con aciertos y con errores, pero con una vocación de bien público y una capacidad de sacrificios que hoy le reconocen los sectores más responsables del país.

La Dirección Nacional de A. D. pone en circulación este documento como contribución a las tareas preparatorias de la próxima Convención Nacional del Partido, la primera que celebra nuestra organización desde 1948. Durante el decenio dictatorial no fué posible consultar en forma regular el pensamiento del Partido, en esos torneos de democracia interna que son las convenciones nacionales. La de 1958 tendrá entre sus más señalados objetivos el de adecuar el programa del Partido a los cambios que se han operado en la estructura económica-social del país.

RATIFICACIÓN
Y DE

AC

P

Este documento de Acción Democrática fué aprobado en la Conferencia de Exilados de ese Partido que se realizó en Puerto Rico, en 1956. En él se reafirman y ratifican, en forma necesariamente esquemática, los que han sido principios teóricos normativos de Acción Democrática, desde que esta organización política inició sus actividades públicas. Esos principios teóricos fueron las bases sobre las cuales insertó su acción política el veterano Partido Democrático Nacional (PDN), organización que actuara clandestinamente en el cuatrienio 1937-1941, y que luego fué legalizada con el nombre actual de nuestro Partido, Acción Democrática, a partir del 13 de septiembre de 1941. Son veintidós años en los cuales A. D. ha mantenido altas e incólumes sus banderas principistas y servido a la nación y al pueblo con aciertos y con errores, pero con una vocación de bien público y una capacidad de sacrificios que hay que reconocer los sectores más responsables del país.

La Dirección Nacional de A. D. pone en circulación este documento como contribución a las tareas preparatorias de la próxima Convención Nacional del Partido, la primera que celebra nuestra organización desde 1948. Durante el decenio dictatorial no fué posible consultar en forma regular el pensamiento del Partido, en esos torneos de democracia interna que son las convenciones nacionales. La de 1958 tendrá entre sus más señalados objetivos el de adecuar el programa del Partido a los cambios que se han operado en la estructura económica-social del país.

3

RATIFICACION DE PRINCIPIOS TEORICOS
Y DE ORIENTACION PROGRAMATICA
NORMATIVOS DE

ACCION DEMOCRATICA



Publicaciones de la Secretaría Nacional de
Prensa y Propaganda. Caracas, 1958

3

Ratificación de Principios Teóricos y de Orientación Programática Normativos de

ACCION DEMOCRATICA

EL Partido Acción Democrática surgió a la vida política legal el 13 de septiembre de 1941. Fue el nombre bajo el cual se legalizó al Partido Democrático Nacional, de activa y perseverante actuación clandestina durante los años 1937-1941, obligado a ese tipo de actividad por la negativa del gobierno de entonces a permitir la libre actuación de los partidos populares.

Acción Democrática, y la organización que fue su precursora, se incorporaron al panorama político venezolano con una ideología, un programa y una táctica definidos y propios. Fueron extraídos de la realidad nacional con los aportes utilizables en su elaboración suministrados por las experiencias de las luchas sociales revolucionarias de otros países, en América y en el Mundo; y del pensamiento crítico que impugnó, victoriosamente, los postulados del liberalismo económico e incorporó el método dialéctico al análisis del proceso histórico.

Acción Democrática fue así, y sigue siéndolo, un partido venezolano, con sus raíces hundidas en la tierra venezolana,

pero receptivo frente a las inquietudes y perspectivas universales, apto siempre para incorporar a su repertorio de ideas y de planes las experiencias sociales útiles que se realicen en cualquier otro país. Acción Democrática, **partido nacional y nacionalista**, es extraño y opuesto al aislacionismo aldeano; la vocación americana y la inquietud por lo universal han sido constantes definidas y visibles en su trayectoria de cerca de dos décadas, en la oposición, en el gobierno, en la persecución.

Acción Democrática ha sido estructurado sobre bases sólidas, suministradas por el análisis previo de los datos que aportaba la evolución histórica y la realidad económico-social del país.

En el trabajo de investigación que acompaña esta ratificación de los principios cardinales que orientan la conducta política de Acción Democrática se reitera ese análisis, actualizado con elementos surgidos desde 1937 a esta fecha. Nos limitaremos ahora a insertar un enfoque esquemático de ese análisis.

II

EL proceso histórico venezolano, en la etapa de la República, ha sido de los más accidentados y dramáticos de Hispano-América. Entre devastadoras guerras civiles, prolongadas autocracias, tiranías primitivas y aislados paréntesis de gobiernos de derecho, ha discurrido el devenir nacional, de 1830 a nuestros días.

Factores perfectamente ubicables, extraños a una supuesta incapacidad del pueblo venezolano para el ejercicio y disfrute de regímenes representativos y democráticos, explican ese tormentoso acontecer.

Venezuela fue, en la etapa de la Colonia, país pobre en recursos minerales y de escasa densidad de población, dispersa en una vasta área geográfica. Pero por diversas circunstancias, la fundamental de ella que en su tierra naciera el conductor de pueblos de los días de las luchas por la Independencia con mayor visión americanista, Simón Bolívar, Venezuela se desangró en una guerra en que sus hijos pelearon y murieron en casi todas las patrias del Continente. Al terminar esa prolongada contienda armada, el país contaba con la mitad de los habitantes que lo poblaban al comienzo de aquella.

Junto con la realidad negativa de ser un país con mucha tierra y poca gente, otra se perfiló en los días en que la nación se organizaba como Estado políticamente independiente. En la guerra habían adquirido prestigio caudillesco numerosos jefes militares, quienes aspiraron luego a usufructuar el gobierno

de la República como pertenencia suya. El choque de ambiciones personalistas entre esos caudillos heredados de las luchas por la independencia, determinó el largo ciclo de guerras intestinas, de pugnas entre facciones armadas, que jalonan las primeras décadas de vida republicana.

En esas contiendas intestinas participó el pueblo, especialmente el campesino, como tropa gregaria de los caudillos guerreros. Estos explotaban sus resentimientos por los escasos beneficios sociales obtenidos de la República. Es que ésta dejó intactas las bases económicas y sociales sobre las cuales había descansado la estructura de la Colonia. El sistema latifundista en la tenencia de la tierra no se quebrantó, sino que una nueva casta de grandes terratenientes substituyó a la que existía bajo el dominio de España. La esclavitud persistió hasta mediados del siglo XIX; y las masas trabajadoras urbanas y rurales fueron excluidas de toda participación en la vida política del país, porque los sistemas electorales establecidos en 1830 fueron censitarios y discriminatorios, otorgándole el derecho de ser elector y elegible solo a las minorías en posesión de bienes de fortuna, o de títulos universitarios.

La carga de rencores acumulada en el subconciente colectivo estalló, con arrasadora violencia, con la Guerra Federal. La habían promovido los teóricos y agitadores del Partido Liberal, en el cual el pueblo depositó fe porque enarbolaba consignas promisoras de libertades políticas y de redención económica para los mayoritarios estamentos empobrecidos. Triunfante el liberalismo en esa ruda contienda, que desangró de nuevo al país, sus corifeos incumplieron lo fundamental de sus promesas. La oligarquía liberal gobernó también a través de imperiosos caudillos militares y solo diferencias de matices hubo entre los regímenes de esa denominación y los de la oligarquía conservadora.

Los dos únicos partidos políticos que pugnaron durante la segunda mitad del siglo XIX —el Conservador y el Liberal— eran comandados por fracciones de los sectores poseyentes. Sus diferencias programáticas eran formales, porque ambos coincidían, básicamente, en la perpetuación del ordenamiento económico heredado de la Colonia. Así se explica por qué ninguno de los gobiernos de una y otra tendencia realizara esfuerzos para quebrantar el sistema feudal de tenencia y usufructo de la tierra por escasos propietarios, con la contrapartida de una vasta gama de campesinos desposeídos, que existió desde los tiempos de la Conquista.

La ausencia, además, en ambos partidos, de normas ideológicas coherentes y de la voluntad de afirmar la fisonomía

civil en el gobierno de la República condicionó su comportamiento frente a los caudillos guerreros. Liberales y Conservadores actuaron como simple comparsa civil de los autócratas forjados al arrimo del vivac. Suministraron titulares de Ministerios, parlamentarios, diplomáticos y teóricos a los gobiernos de los generales victoriosos en las guerras civiles.

Interferencias extranjeras contribuyeron a hacer más complejo y difícil el devenir contemporáneo de Venezuela. En diversas oportunidades, en el curso del siglo XIX y comienzos del actual, el país fue bloqueado y aún agredido, por escuadras de grandes potencias europeas, en apoyo de sus inversionistas, para respaldar a gobernantes que les eran propicios o con la finalidad de ensanchar las fronteras de colonias suyas a costa de territorio venezolano.

Esta suma de factores adversos, entorpecedores de una evolución normal del país, hizo posible las prolongadas tiranías de Castro y Gómez (1899-1935). El descubrimiento en el subsuelo de ricos yacimientos petrolíferos introdujo un elemento deformativo más en el panorama nacional: el del imperialismo económico, con sus implicaciones políticas. Venezuela devino una nación típicamente semi-colonial, con el control por intereses foráneos de su principal fuente de riqueza, el petróleo, que debido al abandono por el Estado de su deber de incrementar la producción permanente y estable —agricultura, cría, industria— llegó a ser prácticamente la fuente única de ingresos para la nación y para el fisco.

En pugna permanente con los elementos que han entorpecido el desarrollo y estabilización de las instituciones democráticas en nuestro país, hubo siempre un factor positivo: el ansia colectiva de una vida libre y digna. La pasión de libertad en el pueblo ha sido una constante en nuestra historia y de ella fueron siempre intérpretes esclarecidos los mejores hombres de pensamiento. En las guerras de Independencia y de la Federación, el pueblo venezolano vertió su sangre, generosamente, porque lo animaba una inextinguible ansia de superación colectiva. Nunca gobernaron en paz los autócratas y dictadores, porque debieron afrontar siempre la obstinada resistencia de las corrientes populares. Y de ello se tuvo una revelación más, definitiva, cuando a partir de 1936 se inició un período de vida nacional de signo diferente al que existió durante los veintisiete años de tiranía.

En ese momento histórico de singular importancia se pudo apreciar que fuerzas económicas nuevas le habían nacido a la sociedad venezolana. Se había hecho más compleja la estructura social del país. En las contadas empresas fabriles organizadas

a partir de la aparición del petróleo, y sobre todo, en los campos donde aquél se producía, estaban agrupadas capas de un proletariado incipiente, pero combativo y ya con la intuición de su fuerza. A los antiguos estamentos agrícolas y pecuarios se había añadido un nuevo sector, en pugna con los antiguos módulos de producción: el de los hombres de empresa interesados en crear una industria nacional. Las clases medias, con niveles de cultura relativamente apreciables, reclamaban un nuevo estilo de vida para la nación. Y a todos estos núcleos dinámicos de la sociedad venezolana les aportó rumbos ideológicos el grupo de hombres que en los años de cárcel y de exilio había adquirido una formación y un bagaje moderno de ideas. Fueron hombres de ese sector, con una mentalidad política nutrida en las ideologías sociales de nuestro tiempo, los que estructuraron al Partido Democrático Nacional, en la clandestinidad, y luego orientaron y dirigieron su expresión legalizada, Acción Democrática.

III

NUESTRO partido afirmó, desde su nacimiento, después de analizar a fondo los datos aportados por la experiencia histórica del país y por su estructura económica, que Venezuela necesitaba organizar un Estado Democrático previa modificación estructural de las bases mismas sobre las cuales se asentaba la Nación.

Esa modificación estructural era ya de inaplazable necesidad y comportaba una verdadera revolución, orientada en tres sentidos: a) hacia el progresivo rescate de las fuentes básicas de la riqueza nacional, controladas por el capitalismo extranjero; b) hacia la extinción del latifundismo como sistema anti-económico y anti-social de tenencia de la tierra; y c) hacia la creación de una economía venezolana, diversificada y propia, anticipándose así al momento seguramente previsible en que ya estén agotadas las reservas de petróleo.

La revolución nacional así interpretada tiene que ser democrática, anti-imperialista y anti-feudal.

Democrática, porque se propone articular un Estado regido por la voluntad del pueblo, expresada a través de comicios libres, en posesión y disfrute todos los ciudadanos de sus derechos básicos. Anti-imperialista, porque tiende a liberar progresivamente al país del control foráneo sobre sus riquezas naturales. Anti-feudal, porque romperá los moldes coloniales sobre los cuales se asienta el régimen de tenencia de la tierra; abrirá posibilidades de desarrollo a la industria nacional, y permitirá

una participación más equitativa en los ingresos del país a las masas trabajadoras y su acceso a las fuentes de la cultura.

A. D. Partido de Orientación y Conducta Democráticas

RATIFICAMOS nuestro ya bien conocido criterio de que Revolución no comporta, necesariamente, violencia desatada y guerra civil. Revolución es un cambio en la estructura política, económica y social de un país, cuando esa estructura ya no responde a los imperativos de progreso de la colectividad, y aún le impide realizarse plenamente como Nación y como Estado.

El sufragio directo, universal y secreto constituye, en las colectividades que han traspuesto el estadio del primitivismo político, un instrumento indispensable para zanjar las divergencias ciudadanas. Ese sistema permitiría a un partido revolucionario realizar su programa sin pagarle a la violencia el tributo de los combates callejeros y de las guerras civiles. Empero, las enormes diferencias económicas que separan a las clases sociales dentro de las modernas sociedades, han impedido muchas veces que ese ideal evolutivo llegara a cuajar en la práctica. Y el pensamiento revolucionario se ha teñido por ello de un matiz insurreccional. Los fraudes consuetudinarios, el control de los órganos de prensa por minorías oligárquicas y los distintos medios de que disponen las minorías más egoístas para enturbiar y deformar los sentimientos de la opinión, hicieron del sufragio, en muchos países, una institución de ilusorios beneficios. En otras zonas del mundo, dentro de las cuales se encuentra desgraciadamente Venezuela, la contumaz negación a la colectividad de todos sus derechos, el abismo abierto entre las camarillas gobernantes y el pueblo y las campañas de persecución al pensamiento político renovador que caracterizan nuestra historia, han impuesto a las organizaciones democráticas la necesidad ineludible de buscar el ascenso al Poder por la vía de la insurgencia armada. El episodio del 18 de octubre de 1945 entraña una prueba de estas contradicciones, en que los sistemas democráticos resultaban negados, y desoido por quienes gobernaban, el clamor nacional de sufragio libre. No pudo soslayarse en esta coyuntura la apelación a la violencia, en ejercicio de ese supremo derecho de resistencia a la opresión formulado por insignes teóricos del derecho público, incorporado a numerosos textos constitucionales y aún a la Carta constitutiva de las Naciones Unidas.

Pero este concepto no puede llevar, ni nos lleva, a la glorificación de la violencia insurreccional, que sólo ha de ejercitarse cuando han sido obstruidos los caminos normales del sufragio

para que a través de ellos exprese el pueblo su soberana voluntad. La agresividad sistemática, la obsesiva idea de encerrar los problemas colectivos apelándose a la acción intrépida, son extraños a la conducta de los partidos revolucionarios y más bien constituyen patrimonio de los rezagos más desesperados de la reacción internacional. Si en Venezuela se ofrecieran, ahora o en el futuro, razonables garantías de sufragio libre y de respeto por las autoridades al veredicto de las urnas, el Partido no negaría su participación en un torneo electoral. Sabemos que nuestra doctrina y nuestra conducta nos han creado un sólido arraigo en la conciencia del pueblo, y por eso no dudamos de su respaldo para llegar otra vez, por el camino pacífico del sufragio, al ejercicio del gobierno y a la posibilidad de implantar el programa que nos define y nos alienta.

A. D. Partido Anti-Imperialista.

AL ratificar A. D. su tradicional y bien conocida orientación anti-imperialista, reitera una vez más su actitud de siempre, demostrada cabalmente cuando ejerció el gobierno, frente al fenómeno contemporáneo que se conoce con el nombre de imperialismo. Consiste, en lo económico, en la expoliación de las fuentes de riquezas naturales de un país subdesarrollado por el capital inversionista internacional; y, en lo político, en la supeditación de la conducta de un Estado de nación débil a las normas que desde fuera le dicten los gobiernos de las grandes potencias. Ni en lo económico ni en lo político pueden ser aceptadas por los pueblos conscientes del valor de su potencial de riqueza y con celoso espíritu de defensa en su soberanía nacional, esas interferencias extranjeras, deformativas de su perfil y su destino propios, que durante distintas etapas del proceso contemporáneo venezolano han sido muy visibles, ejercidas especialmente por el predominante capital proveniente de Estados Unidos y por gobiernos de ese país.

Profesar y defender esta posición no implica, desde nuestro autónomo punto de vista, realizar campañas estridentes y demagógicas contra el capital inversionista extranjero, ni culpar indiscriminadamente a las naciones de mayor gravitación en la política continental de todos los males que aquejan a Venezuela, ni tampoco adoptar frente a ellas una posición de reto irresponsable.

Creemos que en Venezuela, como en todos los otros países de producción retardada, el capital inversionista extranjero puede cumplir una función de desarrollo económico, cuando la vigilancia y el celo nacionalista de gobiernos responsables con-

diclona y limita sus actividades, para que realicen negocios lícitos, con márgenes razonables de ganancias, y no arruinadora empresa de expoliación de las riquezas naturales y de explotación del trabajo humano. De igual modo, creemos que son posibles en América las relaciones normales y sin deprimentes vasallajes entre Estados poderosos y Estados débiles —desde el punto de vista de las distancias que los separen en cuanto a poderío económico y bélico —si a estos últimos los conducen equipos gobernantes que no confundan la cooperación libremente consentida con la sumisión colonialista.

En el específico caso de la industria petrolera, que por su inversión de casi diez mil millones de bolívares ejerce gravitación determinante en la vida venezolana, nuestra posición es bien conocida y ya aplicada desde el gobierno.

Los consorcios extranjeros del petróleo pagaron impuestos apreciablemente mayores, que entonces se consideraron los equitativos dentro del margen de ganancias obtenidas por las empresas; debieron suscribir contratos colectivos con los trabajadores, cuyas organizaciones habían sido menospreciadas e ignoradas por sus patronos; aceptaron nuestra tesis, invariable y ahora aquí reafirmada, de que la Nación no debe otorgar más concesiones sobre el subsuelo petrolífero, y que debe ser una Empresa del Estado la que directamente, o mediante contratos especiales con terceros, explote las zonas potencialmente productoras del mineral que aún pertenecen al país; se logró que los derivados del petróleo se vendieran en el mercado interno al precio más barato del mundo, y se trabajó con ahínco, y con resultados favorables, para que la mayor parte posible del "crudo" extraído de los yacimientos, fuera refinado dentro del territorio nacional. Era también objetivo concreto del gobierno democrático la construcción de refinerías nacionales, y la articulación de sistemas de distribución mediante gestión del Estado, para que el comercio de carburantes de consumo interno fuera substraído al sistema de la empresa particular. Esta política se conjugó con la del uso de la regalía asignada contractualmente al Estado para realizar intercambio comercial con otros países, a base de trueque, y para que parte de nuestro petróleo fuera ofrecido en venta por el gobierno en los mercados internacionales. Los consorcios del petróleo dejaron de ejercer influencia sobre la forma como se administraba el país, y leyes y regulaciones ejecutivas fueron dictadas por el interés nacional y no solicitándose las indicaciones interesadas de los gerentes de las compañías ni de los bufetes a su servicio. Esa política genuinamente anti-imperialista fue conjugada con el reconocimiento explícito de que en la actual coyuntura his-

tórica no está planteada la nacionalización de la industria petrolera como una medida viable, y con el reconocimiento, también expreso, de que si las Compañías expoliaron al país en etapas anteriores y ejercitaron su influencia sobre gobernantes venales o débiles, en ese preciso momento estaban aportándole a la Nación y al Fisco una porción razonable de sus ganancias, y aceptando que el Poder lo ejercían hombres inmunes al cohecho y a la intimidación.

De igual modo fuimos, y seguimos siendo, anti-imperialistas cuando rechazamos la idea de que el Estado venezolano oriente su conducta de acuerdo con los dictados de una Cancillería extranjera. La soberanía política le costó a nuestro pueblo ríos de sangre y sacrificios sobrehumanos. Mantenerla incólume es deber de quienes no han traicionado la herencia de los Libertadores y son leales al destino del país. Y nuestra experiencia de gobierno nos ha confirmado en la convicción de que son compatibles, en América, el cumplimiento de tratados internacionales pública y libremente pactados con el rechazo a toda forma, directa o indirecta, de intervención unilateral de un gobierno en los modos de conducirse otro. Esas intervenciones no fueron toleradas por los gobiernos de A. D., comportándose para ello con la firme energía que tienen los regímenes asistidos de la confianza colectiva y respetuosa de las mejores tradiciones de sus pueblos.

Ser anti-imperialista significa para los militantes de Acción Democrática —repetimos— acción perseverante para que el país obtenga una participación justa en las riquezas naturales cuyas trabajadas cor. capitales foráneos, y un esfuerzo continuado para ir venezolanizando progresivamente a las industrias derivadas de esta explotación. Significa, además, hacer respetar los fueros de la soberanía nacional y el rechazo a toda fórmula de relación del Estado venezolano con otros, por poderosos que fuere, en el cual se abdique de la idea de que dejamos de ser Colonia hace ya más de siglo y medio. Lo que nuestro anti-imperialismo no significa es una fórmula de cliché, invocada por obsecación irreflexiva, para tratar de explicar todos los aspectos de la problemática nacional por la sola presencia del capital extranjero en el país, con sus derivaciones ya conocidas, porque eso sería desorientar al pueblo e impedirle llegar al conocimiento cabal de las complejas causas que han determinado nuestro accidentado vivir de República. De igual modo rechazamos ese otro anti-imperialismo de circunstancias que agitan en América minorías extranjerizantes, de extrema derecha o de extrema izquierda, respondiendo unas y otras a la estrategia de Poder, o a la filosofía política, de gobiernos extracontinentales.

A. D. Partido Antifeudal y con Programa Dirigido hacia el Desarrollo de una Economía Nacional Próspera y Realmente Venezolana

HEMOS sido y seguimos siendo un partido que da respuesta adecuada a la ya ineludible necesidad de imprimirle fisonomía moderna al país; de incorporarlo realmente a la revolución industrial del siglo XX, y de liquidar los rezagos de feudalismo económico y social que entranan su desarrollo armónico.

Por ser antifeudales, propiciamos una reforma agraria integral. Esa reforma implica, en concepto nuestro, la ruptura definitiva del sistema de tenencia y de usufructo de la tierra laborable por unas cuantas docenas de latifundistas, sistema económico y antisocial calcado en los moldes de la Colonia. El régimen de gran propiedad agraria mantiene en barbecho inmensas zonas que deben ser puestas en producción; y en calidad de peones, o de cultivadores de tierra ajena, a la mayor parte de la población nacional, al campesinado. Ese sistema de propiedad agraria, cuya ineficacia e injusticia son reconocidas universalmente, debe ser erradicado para siempre de Venezuela y substituido por otro que se inserte sobre el principio básico de que la tierra debe ser de quien la trabaja.

En lo fundamental, no ha variado el pensamiento que sobre el problema de la tierra comenzó a traducir A. D. en actos administrativos, a su paso por el Poder, y que articuló en la Ley Agraria promulgada por el Congreso de 1948. De las ideas cardinales de aquella gestión de gobierno y de ese acto legislativo queremos recordar, con particular énfasis, los siguientes: 1) Creemos que en Venezuela existe ya una conciencia nacional formada en el sentido de que la reforma agraria es un ineludible mandato de la evolución del país, y que se podrá realizar a través de un proceso de normal aplicación de las leyes y regulaciones estatales, sin los violentos estallidos de masas campesinas que han sido inevitables en otros países; 2) Creemos que la reforma agraria no debe afectar, en lo que a expropiaciones de áreas laborables se refiere, a aquellas haciendas donde por métodos modernos, con eficacia en la producción y pagándose salarios justos a los trabajadores, se cultiva la tierra o se crían ganados; y 3) Creemos que las tierras expropiadas a particulares para ser transferidas a campesinos desposeídos deben ser pagadas en su justo precio a los propietarios de ellas, mediante el sistema mixto de indemnización en dinero y en bonos de la Deuda Agraria, establecido en la Ley de 1948.

La Reforma Agraria, al incrementar la producción nacional de frutos de la tierra y satisfacer la justificada apetencia de

liberación social de las mayorías campesinas, creará condiciones favorables al desarrollo de la economía. Pero no bastará con sólo esa medida. Su complemento es el impulso concertado a todas las actividades del país productoras de bienes de uso y de consumo.

El desarrollo económico nacional debe ser planificado por organismos del Estado. La planificación implica la orientación y conjugación de la actividad económica privada y de la pública, dentro de programas de largo alcance, escalonados por lapsos de años, resultantes de serias investigaciones técnicas y aplicados con métodos democráticos, y no totalitarios. El Estado venezolano, por su potencialidad financiera y por las peculiaridades de la evolución económica del país, debe ser el principal impulsor y financiador de las actividades de la producción. Pero condicionándolas y encauzándolas, para que no se realicen anárquicamente y para que no culminen en la creación de una prepotente oligarquía de los negocios, desvinculada de los intereses del país y multimillonaria a costa del consumidor y del trabajador.

La industrialización del país debe ser objetivo esencial de esos planes de desarrollo económico. Venezuela, no obstante los tímidos avances realizados en los últimos años en cuanto a producción manufacturada se refiere, continúa siendo un país típicamente semi-colonial, que en mercancías extranjeras invierte cuantiosa parte de los ingresos recibidos de la explotación minera. Válvula de escape para estos ingresos y contribución a la deformada mentalidad colonial que acusan zonas humanas vastas del país, significa esa importación masiva de productos superfluos, o de otros que siendo necesarios deberían producirse con capital, técnica, materias primas y mano de obra venezolanas. El comercio importador obtiene beneficios escandalosos de esta situación, y contribuye con los medios a su alcance para que se mantenga al país en su peligrosa coyuntura actual de depender para subsistir de un producto único: el petróleo.

El proceso de industrialización de Venezuela debe realizarse sobre bases nuevas, inspiradas en modernas concepciones de la economía política y saturadas del principio de justicia social de que el obrero, el empleado y el campesino tienen justificado derecho a una participación adecuada en los ingresos de sus patronos.

A. D., al ratificar plena adhesión al propósito de industrialización del país, de la cual dió muestras concretas durante su breve labor de gobierno, considera necesario reafirmar tesis cuyas de vital importancia en esta materia, complementarias de

A. D. Partido Antifeudal y con Programa Dirigido hacia el Desarrollo de una Economía Nacional Próspera y Realmente Venezolana

HEMOS sido y seguimos siendo un partido que da respuesta adecuada a la ya ineludible necesidad de imprimirle fisonomía moderna al país; de incorporarlo realmente a la revolución industrial del siglo XX, y de liquidar los rezagos de feudalismo económico y social que entranaban su desarrollo armónico.

Por ser antifeudales, propiciamos una reforma agraria integral. Esa reforma implica, en concepto nuestro, la ruptura definitiva del sistema de tenencia y de usufructo de la tierra laborable por unas cuantas docenas de latifundistas, sistema económico y antisocial calcado en los moldes de la Colonia. El régimen de gran propiedad agraria mantiene en barbecho inmensas zonas que deben ser puestas en producción; y en calidad de peones, o de cultivadores de tierra ajena, a la mayor parte de la población nacional, al campesinado. Ese sistema de propiedad agraria, cuya ineficacia e injusticia son reconocidas universalmente, debe ser erradicado para siempre de Venezuela y substituido por otro que se inserte sobre el principio básico de que la tierra debe ser de quien la trabaje.

En lo fundamental, no ha variado el pensamiento que sobre el problema de la tierra comenzó a traducir A. D. en actos administrativos, a su paso por el Poder, y que articuló en la Ley Agraria promulgada por el Congreso de 1948. De las ideas cardinales de aquella gestión de gobierno y de ese acto legislativo queremos recordar, con particular énfasis, los siguientes: 1) Creemos que en Venezuela existe ya una conciencia nacional formada en el sentido de que la reforma agraria es un ineludible mandato de la evolución del país, y que se podrá realizar a través de un proceso de normal aplicación de las leyes y regulaciones estatales, sin los violentos estallidos de masas campesinas que han sido inevitables en otros países; 2) Creemos que la reforma agraria no debe afectar, en lo que a expropiaciones de áreas laborables se refiere, a aquellas haciendas donde por métodos modernos, con eficacia en la producción y pagándose salarios justos a los trabajadores, se cultive la tierra o se críen ganados; y 3) Creemos que las tierras expropiadas a particulares para ser transferidas a campesinos desposeídos deben ser pagadas en su justo precio a los propietarios de ellas, mediante el sistema mixto de indemnización en dinero y en bonos de la Deuda Agraria, establecido en la Ley de 1948.

La Reforma Agraria, al incrementar la producción nacional de frutos de la tierra y satisfacer la justificada apetencia de

liberación social de las mayorías campesinas, creará condiciones favorables al desarrollo de la economía. Pero no bastará con sólo esa medida. Su complemento es el impulso concertado a todas las actividades del país productoras de bienes de uso y de consumo.

El desarrollo económico nacional debe ser planificado por organismos del Estado. La planificación implica la orientación y conjugación de la actividad económica privada y de la pública, dentro de programas de largo alcance, escalonados por lapsos de años, resultantes de serias investigaciones técnicas y aplicados con métodos democráticos, y no totalitarios. El Estado venezolano, por su potencialidad financiera y por las peculiaridades de la evolución económica del país, debe ser el principal impulsor y financiador de las actividades de la producción. Pero condicionándolas y encauzándolas, para que no se realicen anárquicamente y para que no culminen en la creación de una prepotente oligarquía de los negocios, desvinculada de los intereses del país y multimillonaria a costa del consumidor y del trabajador.

La industrialización del país debe ser objetivo esencial de esos planes de desarrollo económico. Venezuela, no obstante los tímidos avances realizados en los últimos años en cuanto a producción manufacturadora se refiere, continúa siendo un país típicamente semi-colonial, que en mercancías extranjeras invierte cuantiosa parte de los ingresos recibidos de la explotación minera. Válvula de escape para estos ingresos y contribución a la deformada mentalidad colonial que acusan zonas humanas vastas del país, significa esa importación masiva de productos superfluos, o de otros que siendo necesarios deberían producirse con capital, técnica, materias primas y mano de obra venezolanas. El comercio importador obtiene beneficios escandalosos de esta situación, y contribuye con los miedos a su alcance para que se mantenga al país en su peligrosa coyuntura actual de depender para subsistir de un producto único: el petróleo.

El proceso de industrialización de Venezuela debe realizarse sobre bases nuevas, inspiradas en modernas concepciones de la economía política y saturadas del principio de justicia social de que el obrero, el empleado y el campesino tienen justificado derecho a una participación adecuada en los ingresos de sus patronos.

A. D., al ratificar plena adhesión al propósito de industrialización del país, de la cual dió muestras concretas durante su breve labor de gobierno, considera necesario reafirmar tesis cuyas de vital importancia en esta materia, complementarias de

las desarrolladas en párrafos anteriores. Esas tesis podrían enun-
merarse así:

1) La industrialización de Venezuela implica un complejo de medidas estatales para protegerla y vigorizarla; y entre ellas, se requerirá un sistema de regulación de las importaciones, mediante los arbitrios fiscales y de otro orden que se consideren adecuados, para ponerle cese a la sangría en dinero que significa la compra indiscriminada en mercados exteriores de mercancías no indispensables.

2) La industrialización de Venezuela debe poner especial énfasis en la transformación dentro del país de un volumen apreciable de las materias primas minerales extraídas del subsuelo, especialmente del petróleo y del hierro. Las plantas siderúrgicas y las refinerías que construya el Estado deben estar excluidas del régimen de libre empresa, y manejadas por órganos estatales. De igual modo, consideramos que debe ser el Estado el que controle determinados servicios públicos, palancas esenciales del desarrollo económico (electricidad, comunicaciones radio-telegráficas y telefónicas y ciertas ramas del transporte).

3) La industrialización de Venezuela debe impulsarse, fundamentalmente, con recursos nacionales. La característica del país, con un Estado rico en recursos financieros y con un cierto grado ya apreciable de capitalización nacional, permite que el proceso industrializador se realice con nuestro propio esfuerzo. Ya el volumen de capital extranjero aplicado a industrias, especialmente en las de petróleo y el hierro, es tan alto que ha llegado el momento de regular, por vía legislativa, las futuras inversiones extranjeras. Esa legislación debe delimitar las zonas de actividad económica reservadas a la iniciativa nacional.

4) La industrialización de Venezuela no puede referirse, exclusivamente, a la actividad manufacturera urbana. Debe extenderse al campo. La mecanización de la agricultura y de la cría de ganados transformarán en fuentes estables, permanentes, de riqueza y bienestar general a actividades económicas que hoy tienen un desarrollo retardado e ineficiente.

5) La industrialización de Venezuela impone al Estado la necesidad de inyectarle capitales progresivamente cuantiosos a los Bancos gubernamentales (la Corporación de Fomento, el Banco Industrial, el Banco Agrícola y Pecuario y el Banco Obrero) para que estén en capacidad de refaccionar en forma adecuada la producción nacional. También debe legislarse, como se propuso hacerlo A. D. cuando gobernaba, con la finalidad de que el Estado oriente y regule las operaciones de la banca priva-

da, con el propósito de que sus actividades contribuyan también al desarrollo económico integral.

6) La industrialización de Venezuela debe realizarse en forma tal que no signifique obligar al consumidor a pagar precios superiores a su capacidad de compra, ni implique la explotación incontrolada de la mano de obra. Ratificamos nuestra definida política laboral, orientada no solo al establecimiento de un sistema de seguridad social integral y a reformas avanzistas en las leyes del trabajo sino también de estímulo por el Estado a la libre sindicalización de los trabajadores urbanos y rurales. De igual modo, expresamos nuestra criterio de que en todas las empresas vinculadas a la producción, que organice o dirija el Estado, quienes en ellas trabajan deben estar representados en los organismos administrativos.

7) La industrialización de Venezuela y el desarrollo concertado de su economía requieren el armónico y concurrente esfuerzo de tres factores: el impulso estatal, la iniciativa privada de los hombres de empresa y el animoso laborar de los trabajadores. La falla en la cooperación de alguno de esos factores impedirá ganar, a plazo rápido, la batalla de la producción. Y del mismo modo que A. D. propicia una política gubernamental de amplio respaldo crediticio y de otros órdenes a las actividades creadoras de riqueza; del mismo modo que se pronuncia por una política laboral de salarios y prestaciones sociales altas, afirma la tesis de que los sindicatos y las fuerzas organizadas del trabajo deben empeñarse en una tarea educativa de sus afiliados, para que mantengan una disciplina y un ritmo de labores que contribuya a la eficiencia de las empresas. Somos rotundamente opuestos a la idea demagógica de que los partidos políticos de raíces y orientación populares deben conservar su prestigio entre los empleados, obreros y campesinos auspiciando la desgana en el trabajo, el criollo "manguareo" y el enguerrillamiento permanente en las relaciones obrero-patronales.

A. D. Contra la Política Ornamental de Obras Públicas
y por la Defensa y Valorización del Capital Humano

RATIFICAMOS nuestra criterio administrativo, ya aplicado en funciones de gobierno, contrario a la política de obras públicas dispendiosas y ornamentales. Carreteras, obras de irrigación y saneamiento, puertos y aeropuertos, hospitales y dispensarios, escuelas y casas de habitación para las clases media, obrera y campesina, deben centrar la actividad constructora de los Ministerios y de los Institutos vinculados a las

obras públicas. Los costosos edificios urbanos y las avenidas espectaculares son el remate de la construcción de un país, y no sus cimientos. La política edificadora y constructora debe orientarse en el sentido de que las obras vinculadas al desarrollo de la producción, al mejoramiento de los servicios públicos, a la defensa de la salud y a la difusión de la cultura en el pueblo, deben tener primacía sobre las meramente ornamentales. Venezuela necesita forjarse como nación con vida económica propia, permanente, estable y no la perecedera y aleatoria asentada sobre la movediza arena de la sola explotación de las reservas minerales, y con bienestar y cultura extensamente difundidos y no como país donde puedan regodearse el turista extranjero y una minoría de millonarios criollos en la contemplación de hermosas calles urbanas y en el disfrute de lujosos cuartos de hoteles.

La educación y la salud pública deben seguir mereciendo, como lo merecieron durante los gobiernos de A. D., atención preferente del Estado. La educación ha de ser gratuita, en todos sus escalones; y ninguna persona debe ser excluida de la posibilidad de educarse, de concurrir a las aulas desde la escuela primaria hasta la Universidad, por falta de recursos económicos familiares. El Estado debe promover un amplio sistema de becas y acudir a otras fórmulas similares que le permitan a todos los venezolanos deseosos de adquirir cultura llevar a término sus estudios. La imperiosa necesidad que tiene el país de formar legiones de técnicos que den respuesta adecuada al reto de los múltiples problemas nacionales, así como la consecuencia con el moderno concepto de que la cultura debe ponerse al alcance de las masas trabajadoras, obligan al Estado venezolano a una política educacional de ambiciosas proporciones.

Educar al pueblo, domiciliarlo en casa suya, proteger su salud mediante un vasto sistema de medicina preventiva y curativa, con dispensarios y hospitales adecuados, son obligaciones que no puede soslayar ya más un estado con ingresos tan altos, como es el Estado venezolano.

La necesaria política migratoria, tan vinculada a la cuestión del incremento de la riqueza hombre y que fue resueltamente iniciada por A. D., está reclamando un replanteo. La inmigración debe orientarse en forma tal que no implique desplazamiento del trabajador venezolano de sus oportunidades de ocupación, y que no exponga al país a la formación de minorías nacionales de origen extranjero, enquistadas dentro de su propio estilo de vida, reacias a incorporarse a la sociedad venezolana y a reintegrarse a ella. La inmigración no puede seguir

siendo tampoco oportunidad para el ingreso a Venezuela de gentes transeúntes, que adquieran bienes de fortuna para regresar a disfrutarlos a sus países de origen. Este problema del replanteamiento de la cuestión migratoria está en la conciencia de todo venezolano preocupado, y A. D. lo hace objeto de su mayor interés y considera que un futuro gobierno responsable debe abordarlo con serenidad, pero con firmeza.

A. D. y la Honradez Administrativa

A. D. ratifica el que ha sido uno de sus conceptos programáticos más definidos y de sus normas de conducta administrativa mejor cumplidos cuando ejerció el Poder: Esos conceptos y normas son los de que no hay política de gobierno valedera y merecedora de respeto, aún cuando se cifra a principios revolucionarios, si no está acompañada de la honradez más escrupulosa en el manejo de los fondos y en la administración de los bienes públicos. La administración del patrimonio colectivo debe realizarse sin que la concusión, el tráfico de influencias y el peculado corrompan a los gestores del Estado y arruinen su autoridad moral. No puede realizarse cabalmente una obra creadora de gobierno, que le permita a Venezuela ocupar un sitio singular en el concierto americano y le de a su pueblo oportunidad para vivir mejor y más dignamente, si los gobernantes no se ajustan a las normas de austeridad en el manejo de los dineros y el patrimonio colectivos, que tienen en Simón Bolívar su antecedente y arquetipo más esclarecido.

La honradez administrativa no la entendemos sólo como manejo limpio, ascético, de la cosa pública, sino también en el sentido de que el Estado debe renunciar a toda forma de recaudación de ingresos que introduzcan elementos desmoralizadores en la vida del país. Venezuela es una nación con dignidad y decoro colectivos, y con fuentes de riqueza y de imposición numerosas. Resulta por eso intolerable que se le convierta en un vasto Montecarlo, donde las loterías oficiales y la ruleta hípica constituyen medios de recaudar fondos para la Nación y los Estados, empobreciendo y desmoralizando al pueblo y creando una capa parasitaria de gentes enriquecidas mediante la explotación oficializada de los juegos de azar.

A. D. y la Religión

EN sus relaciones con la Iglesia, A. D. se ha guiado y se guiará por el concepto de que la religión es materia reservada a la conciencia individual que impone un absoluto

respeto, y tomando por otra parte en consideración, en cuanto a Venezuela se refiere, que gran parte de la población profesa la religión católica. De este hecho social debe el Estado derivar una norma de conducta que en ningún momento signifique violencia contra un sentimiento ampliamente difundido; pero que también impida o evite consecuencias que puedan conducir a un brote de clericalismo o de anti-clericalismo, fenómenos ambos tradicionalmente extraños a la realidad nacional y que en todo caso constituirían un factor negativo para el progreso general.

A. D. y las Fuerzas Armadas

A D. ratifica su posición razonada y sería de que Venezuela, como todo otro país de características similares a la suya, necesita de un Ejército permanente, bien dotado y mejor organizado. Bajo los gobiernos de A. D. se mejoraron técnicamente todas las ramas de las Fuerzas Armadas; el oficial y el soldado disfrutaron de sueldos y de niveles de vida más altos, y se discernió a esa Institución atención adecuada, por considerarla el órgano del Estado al que correspondía defender las fronteras de la Nación y garantizar el orden público. Este definido punto de vista, que fue normativo de la conducta de los gobiernos de A. D. con las Fuerzas Armadas, se conjugó con otro: el de considerar al Ejército como fuerza no deliberante, subordinada al Poder Ejecutivo, sin autorización legal para decidir los rumos políticos y administrativos del país. En otras palabras: como institución profesionalizada y no beligerante políticamente. Al proceder así, aplicábamos leyes vigentes y nos ajustábamos al concepto bolivariano del Ejército, resumido en una frase de permanente vigencia: "Desgraciado el pueblo donde el hombre armado delibera".

La experiencia venezolana ha demostrado, a costa de la tranquilidad del país y del prestigio de la Institución Armada, que se requiere arbitrar fórmulas capaces de impedir la suplantación de la voluntad del pueblo por la de camarillas de jefes militares ambiciosos de poder y de riqueza. La real profesionalización del Ejército y la cabal educación democrática de sus cuadros permitirá en el futuro que el pueblo vea en la institución armada una entidad al servicio de la República, y no una amenaza permanente para la paz, la libertad y el decoro civil de los ciudadanos.

A. D. y la Política Internacional

A D. profesa normas precisas de política internacional, que no han sufrido variaciones de fondo a través de los años de existencia de nuestra organización y de las variadas circunstancias que ha debido afrontar.

Estas normas pueden ser resumidas en términos precisos. Son:

1) A. D. rechaza la idea de que las diferencias y conflictos entre naciones sean dirimidas por el sistema bárbaro y criminal de las guerras. Las pugnas entre Estados de contrapuesto signo ideológico no deben zanjarse en las trincheras, sino a través de una competencia de doctrinas, en la que prevalecerá la que ofrezca un mensaje más positivo a la humanidad. La conciliación, el arbitraje y los debates en estrados de los organismos internacionales deben ser los vehículos para resolver conflictos entre Estados. Estos principios son más valederos en los tiempos actuales, cuando el desarrollo de las armas termonucleares y los monstruosos avances tecnológicos de los instrumentos para las matanzas colectivas han conducido a la justificada y generalizada creencia de que una próxima guerra de continentes concluirá con el aniquilamiento físico de ambos bandos contendientes. El Estado venezolano, concertado con los otros de igual vocación pacifista, debe contribuir a que las diferencias y pugnas entre las grandes potencias no desemboken en la catástrofe de imprevisible magnitud que sería la tercera guerra mundial.

2) A. D. ratifica su adhesión a las Naciones Unidas, y sus organismos especializados, así como a la Organización de Estados Americanos. Las fallas en la conducta de esos organismos, especialmente en lo que se refiere a su ineficacia para hacer respetar los derechos humanos por todos los Estados miembros de ambas, no invalida un hecho fundamental. El de que la alternativa, de no existir esos organismos, sería la de la sola ley de la selva aplicada por las potencias de mayor poderío económico y militar en sus relaciones con los Estados y naciones débiles. En el concreto caso de la Organización de Estados Americanos, organismo regional donde puede hacerse sentir mejor la influencia de Venezuela, defendemos el criterio de que debe transformarse su actual mecanismo burocratizado e inoperante por el de un organismo vivo, militante, que recoja y refleje la voluntad de los pueblos americanos de vivir con libertad, de erradicar la pobreza y la incultura, de impulsar sus economías retrasadas. Organismo del cual deben ser excluidos, por mandato mismo de la Carta constitutiva de la Organización, los regímenes dictatoriales, que escarnecen el principio del gobier-

no representativo. Afirmamos, también, que una Venezuela democrática debe dar pasos concretos, dentro o fuera de la O.E.A., para concertar con gobiernos de su misma fisonomía tratados internacionales encaminados a la defensa colectiva de los derechos humanos, mediante la creación de una Corte de Justicia Interamericana, a la cual puedan concurrir no solo gobiernos sino también entidades particulares en defensa de sus derechos conculcados. De igual modo, deben articularse pactos de cooperación política y económica subregional, entre naciones interesadas en la defensa común de sus sistemas democráticos y en el apoyo mutuo para el desarrollo de sus economías.

3) A. D. considera que Venezuela, y América Latina en general, tiene coincidencias económicas y geo-políticas con la nación de mayor potencialidad en el continente: Estados Unidos. Esas coincidencias determinan un sistema de relación en que Estados Unidos necesita de América Latina y América Latina necesita de Estados Unidos. Ese sistema de relación debe mantenerse sobre bases definidas y claras, que no comporten ni sumisión colonialista, ni permanente pugnacidad. A. D., ayer y hoy, ha criticado los aspectos negativos de la política exterior de Estados Unidos en sus relaciones con Venezuela y con el resto de América, y ha reconocido los aspectos favorables de esa política, cuando se han manifestado. Pero lo ha hecho y lo seguirá haciendo con su lenguaje y su estilo propios, diferenciados, inconfundibles, porque si negamos que Venezuela pueda ser un satélite de Estados Unidos, rechazamos igualmente, con la misma energía, la idea de que un partido político venezolano devenga satélite ideológico de la Unión Soviética y actúe como una pieza de ajedrez dentro de la estrategia internacional del llamado Bloque Oriental.

4) A. D. no oculta, sino que francamente proclama, su tesis de que los Estados y pueblos hispanoamericanos deben articular acuerdos y concertar ententes que les permitan actuar unidos en defensa de sus intereses comunes y de sus objetivos históricos coincidentes. Esta concepción enraiza en el pensamiento y en la conducta de los fundadores de nuestras Patrias, y ha devenido imperativo histórico en los días contemporáneos, en que vastas federaciones de pueblos de raíces comunes se están articulando en los demás continentes, por encima de las fronteras geográficas que hasta ahora venían separando y aislando a los unos de los otros. Afirmamos, además, nuestro propósito firme de seguir popularizando las ideas de la creación de una Corporación de Fomento Interamericana —tesis que ya sustentamos en la Conferencia de Bogotá— y la de que el hierro y el petróleo venezolanos sean ofrecidos a los países latinoamerica-

nos en condiciones lo más favorables posibles, como una manera de estimular su desarrollo económico y sin que se desprenda, porque ello sería extraño a arraigadas tradiciones nacionales, que esa cooperación comporte la exigencia de ventajas políticas, o de otro orden, para Venezuela. De igual manera, A. D. ratifica su oposición militante a toda forma de colonialismo, y su solidaridad franca con las naciones que, en otros continentes o en América, pugnan por liberarse de las ataduras del imperialismo y por alcanzar la dignidad de pueblos autónomos, en cabal ejercicio del auto-gobierno.

A. D. Frente Orgánico de Clases Explotadas

DE los sectores sociales interesados en la transformación nacional revolucionaria de Venezuela, A. D. ha incorporado a sus filas, fundamentalmente, a los obreros, campesinos, trabajadores intelectuales y técnicos; y a las capas medias de la población, incluidos los industriales, agricultores y comerciantes de modestos recursos. Este frente orgánico de clases no parasitarias comprende el núcleo humano más numeroso de la Nación, con intereses políticos, económicos y sociales coincidentes, con su suerte y destino ligados a los de la Revolución Democrática. Entre ese vasto frente de clases y los sectores de la industria nacional no hay pugnas insalvables de intereses como para abrir un abismo entre ellos. Por lo contrario, los sectores industriales necesitan también que se tecnifique y democratice el Estado; se libere al campesino de las ataduras feudales, para que aumente la producción de materias primas y se incremente la capacidad de consumo de la población. Una política laboral de salarios altos y de seguridad social contribuyen también al ensanche del mercado interno para los productos que elabore la industria venezolana. Conviene también a ésta que el Fisco perciba los mayores ingresos de las explotaciones mineras, y que se regulen y condicionen las posibles nuevas inversiones de origen extranjero. Por todas estas razones, la Revolución Nacional-Democrática interesa no solo a las masas trabajadoras urbanas y rurales, a los técnicos, a las clases medias, sino también a los industriales del país, y así habrán de apreciarlo los elementos más lúcidos y evolucionados de ese estamento económico-social.

Sin oponernos a que otros grupos sociales se organizaran en partidos suyos, negamos desde nuestra incorporación al debate político que estuviera capacitado para orientar y conducir a las mayorías nacionales un partido nutrido de sectores reclutados en las solas clases poseyentes, o en el sólo proletariado.

Específicamente señalamos, desde el ya lejano año de 1938 en que el PDN aprobó y difundió su tesis política, que un partido de orientación demo-liberal, o exclusivamente proletaria, eran inaptos históricamente para agrupar bajo sus banderas y sujetar a su disciplina a todas las clases sociales interesadas en la transformación revolucionaria de la sociedad venezolana, en su actual estadio evolutivo.

La ausencia de una definida voluntad política en las capas venezolanas con mayor poderío económico no ha permitido que, hasta ahora, se organice un partido donde sus aspiraciones e intereses específicos estén directamente reflejados. Por esa circunstancia no se ha podido contrastar con los hechos la apreciación nuestra que con esos sectores se relaciona. En cambio, sí ha confirmado la experiencia de los últimos quince años la incapacidad de un partido específicamente proletario para agrupar y conducir a grandes sectores de la colectividad venezolana. El Partido Comunista, de restrictiva composición obrera y ortodoxa filiación marxista, no ha influido nunca sobre capas numerosas de la población. Y en marcado contraste, el PDN primero y luego Acción Democrática, con mayor amplitud, atrajeron a sus cuadros militantes, a vastos sectores de trabajadores y de clases medias, y aun grativaron en torno a sus consignas y simpatizaron con su programa grupos e individualidades del comercio, la industria y la agricultura. Acción Democrática se erigió así como el partido de las mayorías nacionales, lo cual queda evidenciado en los procesos eleccionarios libres celebrados en Venezuela en los años recientes.

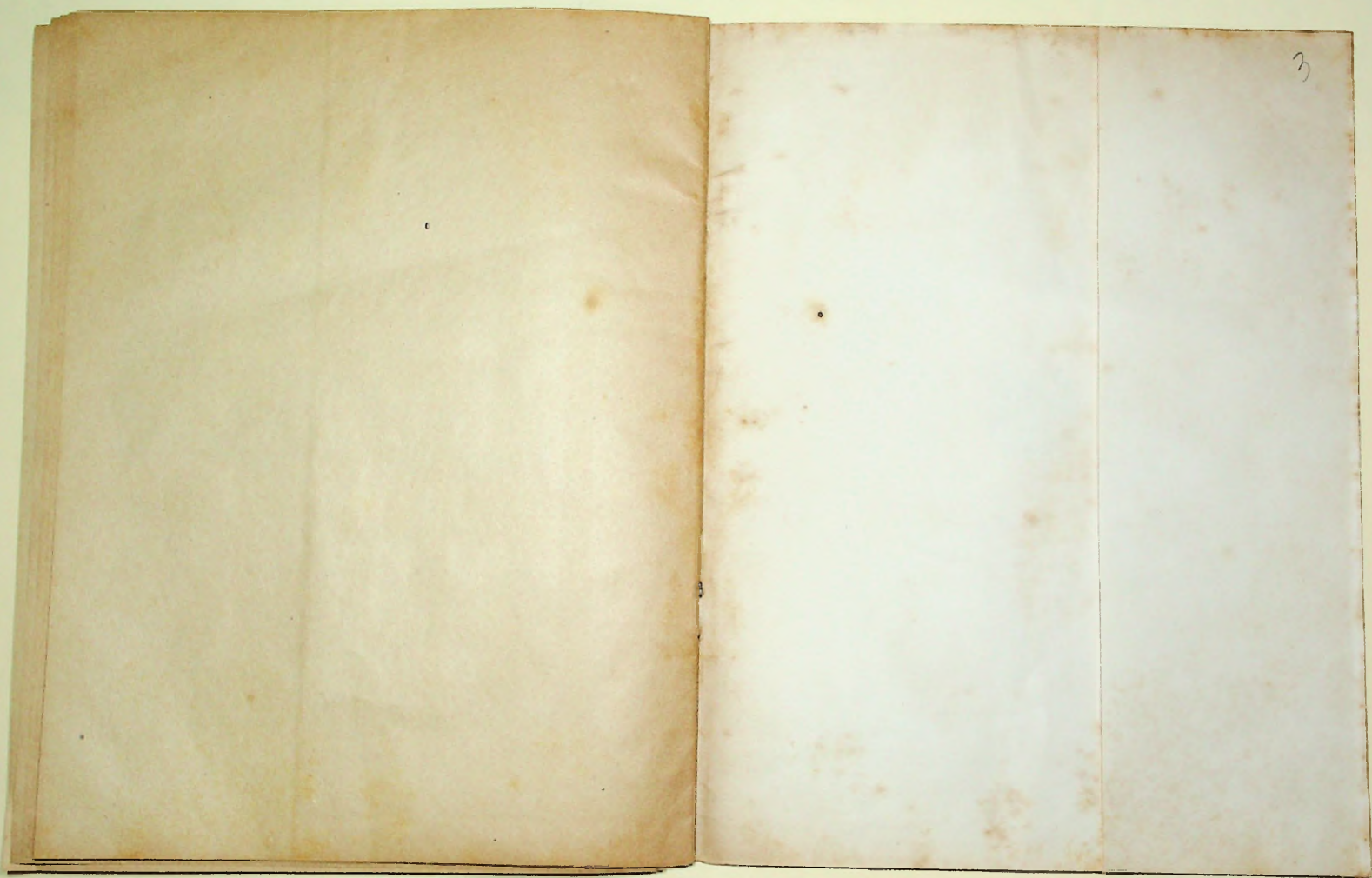
Este frente de clases explotadas que es A. D., constituido con el fin de realizar la revolución que reclama la realidad actual de Venezuela, no comporta una idea de transitoriedad o de provisionalidad. Al contrario, la razón fundamental del Partido radica en una voluntad inteligente dirigida hacia la conquista de todos los progresos que la historia depare, o haga asequibles o aconsejables para la comunidad nacional en el curso de su desarrollo. Si la voluntad se concreta en lo necesariamente, inmediato no renuncia por ello a las metas sucesivas que vaya descubriendo mediante los mismos métodos ya aludidos de investigación social y la confrontación de las siempre renovadas condiciones del mundo. Esta misión que A. D. reconoce como suya, debe asegurarle vigencia indefinida en el proceso político-social del país, así como debe asegurarle la adhesión de todos los sectores sociales que no lleguen a convertirse en rémora del progreso colectivo por apego a intereses, que dejarían de ser justos al oponerse al bienestar de las mayorías.

A. D. Partido Democrático con Disciplina Interna

DESPUES de ratificar, sumariado, el ideario y el programa de A. D., cabe una concreta referencia a su estructura interna de Partido.

Desde sus etapas organizativas iniciales, hace ya de ello dos décadas, nuestro Partido ha tenido una actuación pública consecuente con su doctrina y su programa. Eso ha sido posible no sólo por fidelidad de sus conductores y militantes a normas de ética política y de consecuencia ideológica, sino también a la disciplina interna que ha regido siempre la vida de la organización. Del Partido se han excluido siempre el mesianismo caudillista, el "culto de la personalidad" y la dirección unipersonal. El comando en equipo, la dirección colegiada de la organización por conductores libremente elegidos en las Convenciones regulares del Partido, han sido características inmodificadas de A. D. Pero, junto con ellas, y coincidiendo armónicamente con ellas, este Partido ha tenido y sigue teniendo una rigurosa disciplina interna. Es un frente orgánico de clases y no una federación de clases. Todos los militantes del Partido, sea cual fuere su extracción social, siempre que acepten su programa y acaten su disciplina, tienen unas mismas prerrogativas y aptitud para ocupar cualquier posición en los rangos dirigentes, cuando sus méritos personales los hagan acreedores a ese honor y a esa responsabilidad. Las corrientes fraccionalistas no se toleran, y después de haber sido trazada una norma colectiva de conducta política por los organismos estatutariamente capacitadas para hacerlo, esa norma es de obligatorio cumplimiento por toda la militancia.

Febrero de 1957.







ACCIÓN DEMOCRÁTICA
COMITÉ EJECUTIVO NACIONAL
SECRETARÍA GENERAL
CARACAS

24

12

PROYECTO DE ACUERDO PARA SER SUSCRITO POR UND, COPRI Y AD, SOBRE
CESAR DE MUTUOS ATAQUES EN LA PRENSA Y RADIO-PERIODICOS.-

Los partidos políticos signatarios del Pacto de Punto Fijo, en consideración de que pese a los esfuerzos por mantener en plena vigencia los compromisos unitarios, los cuales obligan por igual a nuestras respectivas organizaciones evitar en todo momento los rozamientos y discrepancias, choques y discusiones que pudieran entorpecer el verdadero clima de unidad nacional y tregua política que hemos venido proclamando, se constata no obstante en la actualidad una peligrosa desviación de tales propósitos; y por cuanto, tales desviaciones se vienen manifestando en los constantes ataques de prensa en que han incurrido militantes de nuestras organizaciones sin excepción, no solamente en esta capital sino también en el interior, contribuyendo en esta forma negativa a crear un ambiente de desconcierto y de pugna, impropio en momentos en que por razones obvias es necesario fortalecer la unidad y no permitir irresponsablemente el agrietamiento del frente civil, los partidos Unión Republicana Democrática, Social Cristiano (Copri) y Acción Democrática, convienen de mutuo acuerdo poner cese a todo ataque periodístico, ya emanado de las propias Organizaciones, o individualmente de sus militantes, editorialistas, columnistas o periodistas en general, inclusive radio-periodicos, a cuyo efecto cada partido instruirá suficientemente a su militancia nacional para que se abstenga

.....*



ACCION DEMOCRATICA
COMITE EJECUTIVO NACIONAL
SECRETARIA GENERAL
CARACAS

Pág. 2.-

en los sucesivos en incurrir en tales violaciones de los pactos suscritos con anterioridad en tal sentido.--

Como complemento de esta declaración, a la cual se le dará la mayor publicidad y sus propósitos unitarios entrarán en vigencia desde esta misma fecha, en caso de controversias relativas a publicaciones antiunitarias, suscritas por militantes de algunos de los partidos de la coalición o imputadas a ellos, se observará lo dispuesto en el numeral sexto del Documento de Reglamentación del Pacto Unitario, de fecha 24 de Julio del corriente año de 1959, a objeto de que el partido de que se trate adopte las medidas disciplinarias que juzgue convenientes.--

Queremos que sea la opinión pública quien juzgue los que de hoy en adelante violen el presente compromiso. En la práctica - las Direcciones Nacionales de los tres Partidos tienen la experiencia de que cuando se llama a un militante para censurarlo su actitud antiunitaria se excusa diciendo que lo hace porque militantes de las otras Organizaciones son los que inician el ataque. Por esta razón queremos liquidar definitivamente este círculo vicioso.--

Las Secretarías de Prensa y Propaganda de nuestras respectivas agrupaciones, tanto Nacionales como Seccionales, se encargarán de hacer cumplir este Acuerdo de Tregua Política que abarca no solamente publicaciones en la prensa, sino también es extensiva para los radio-periódicos y otros medios de difusión, ya oficiales de los partidos de la coalición, o dirigidos y redactados por militantes de nuestros respectivos partidos.--

.....*



ACCION DEMOCRATICA
COMITE EJECUTIVO NACIONAL
SECRETARIA GENERAL
CARACAS

Pág. 3.-

En virtud de lo cual, suscriben el presente Acuerdo, los
Presidentes, los Secretarios Generales, de Prensa y de Propaganda,
de los partidos de la coalición, en Caracas, a los tantos días del
mes de, etc, etc.-

**FUNDACIÓN RAÚL y MENCA DE
LEONI**

**ARCHIVO RAÚL LEONI OTERO
DOCUMENTOS OFICIALES
CARPETA B-159
(1958)**

Venezuela perdió sus libertades, su democracia y su justicia social cuando en un funesto noviembre de 1948, la traición de los mandos militares, encabezados por Pérez Jiménez, derrocó el régimen constitucional de don Rómulo Gallegos y aplastó y destruyó el sistema democrático que el pueblo venezolano con amor y decisión estaba construyendo para felicidad de toda la colectividad y para estímulo de los países hermanos. Y desde ~~ese~~ ese momento, Venezuela perdió su fisonomía de pueblo enamorado de la libertad, esa fisonomía que lo llevó a esguazar ríos, atravesar desiertos y ~~avanzar~~ jinete~~ar~~ el lomo de los Andes para crearle al mundo americano nuevas Patrias independientes, libres y soberanas. Pérez Jiménez así como traicionó su juramento de lealtad al Presidente de la República le dio la espalda a la más hermosa tradición libertaria de nuestro pueblo y se alió con Perón y los otros tiranuelos e riollos para crear la "internacional de las espaldas" y ~~combatir a muerte a~~ *trabaja en destruir a* ~~aqueles~~ *aqueles* gobiernos que en nuestro continente se mantenían ~~seman~~ *seman* apegados a las normas supranacionales de la democracia representativa. Pero esta ~~retrograda~~ *retrograda* actitud del sucesor de Juan Vicente Gómez, lejos de enajenarnos la simpatía de los pueblos americanos provocó más bien una simpática preocupación por los problemas políticos de nuestro país manifestada en las constantes muestras de solidaridad ~~y apoyo~~ para con nuestras luchas por la destrucción del régimen dictatorial que hoy nos oprime y avergüenza.

Porque Venezuela tiene una hermosa tradición de campeona de la democracia y la libertad continental, es que hoy toda América se mantiene en angustiosa expectativa ante las jornadas que en estos momentos trascendentes se están viviendo en la patria del Libertador de América.

Y Los que tenemos una fé inquebrantable en el civismo batallador del pueblo venezolano sabemos que este no abandonará esta ~~batalla~~ *lucha* sino cuando tenga en sus manos una victoria ejemplar: la reconquista de Venezuela para la consolidación de la democracia en América.

Esa fé se robustece a cada instante, a medida que, ~~apesar~~ *apesar* de la censura total que la dictadura militar tiene establecida para los despachos de prensa ~~se~~ *se* demostrando que la huelga general que se inició al mediodía

1

-5-
mucha patria

de hoy en la capital de ~~Venezuela~~ se ha ido extendiéndose a todo el territorio nacional. Las dudas que la dictadura ha ~~tratado~~ *en la opinión nacional,* de sembrar, sobre una supuesta apatía e indiferencia de los trabajadores de los campos petroleros acaba de tener el más ~~mentis~~ *mentis* rotundo mentís con la resuelta participación en la huelga general de los trabajadores petroleros de Monagas, Anzoátegui, Guárico, Barinas, Falcón y Zulia. Para los que hemos dedicado buena parte de nuestras vidas a trabajar por la organización sindical ~~de los trabajadores~~ *de los* venezolanos y que por ello conocemos bastante bien la alta conciencia política del trabajador venezolano, ~~mucho~~ *mucho* más elevada cuando se trata de un ~~trabajador~~ *trabajador* de la industria petrolera, la extensión de la huelga general a los campos petroleros es un estímulo reconfortante para no desmayar en nuestros esfuerzos para restablecer en ~~Venezuela~~ *mucha paz* un régimen respetuoso de la libertad y del derecho sindical.

La lucha del pueblo venezolano contra Pérez Jiménez es una lucha total, en la que todos los sectores sociales tienen que empeñarse hasta que desaparezca el único obstáculo para que se restablezca ~~en Venezuela~~ la convivencia nacional y para que la construcción de su futuro vuelva a estar en las manos mismas de todo el pueblo venezolano.

Esta es una lucha a muerte, en la que los trabajadores, particularmente los trabajadores petroleros no pueden retroceder un milímetro, porque un retroceso, un momento de vacilación sería una verdadera traición a la causa de la liberación nacional y a la causa de la democracia americana. Los trabajadores petroleros no pueden olvidar que cuando en 1936 apelaron a la huelga para defender sus legítimos derechos, ~~el pueblo~~ *Wader* ~~de Venezuela~~ *de Venezuela* ~~se~~ *se* volcó su corazón y su bolsa para ayudarlos a conquistar lo que con justicia plena reclamaban de un patrono opresor y egoísta.

En este combate decisivo del pueblo todo contra la dictadura de Pérez Jiménez cobra singular importancia la firme, recia y avasalladora participación del trabajador de la industria petrolera, ya que como es bien sabido ~~esta~~ *esta* es el nervio de la economía venezolana. Los ~~trabajadores~~ *trabajadores* tienen una responsabilidad mayor que cualquier otro sector de nuestro pueblo en el abatimiento ~~del único obstáculo~~ de la dictadura de Pérez Jiménez, porque la paralización de las actividades de la industria no so-

